

Franz Hartmann

MAGIA BLANCA Y MAGIA NEGRA

Magic, white and black

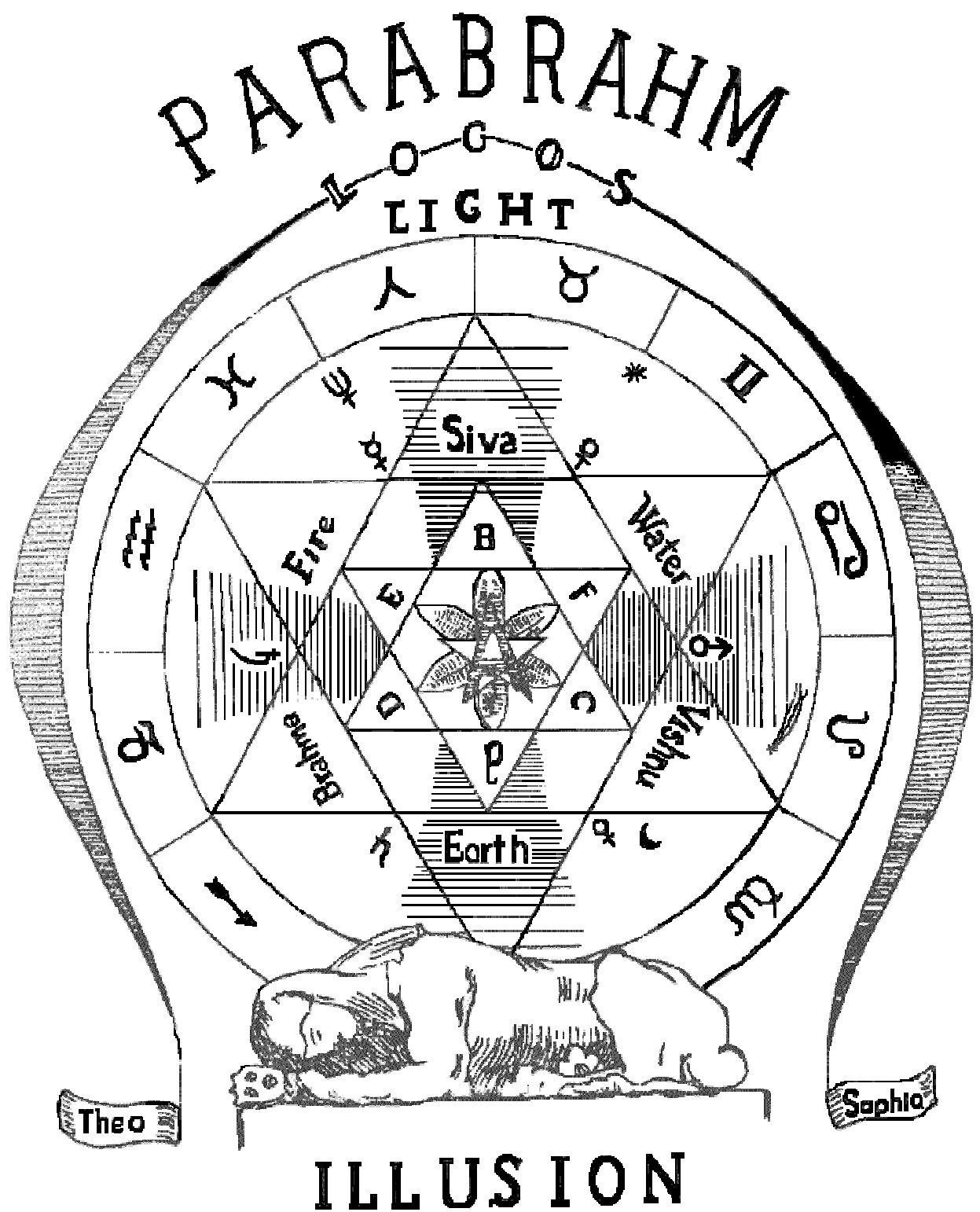
(1886)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 65



DESCRIPCION DEL FRONTISPICIO

Al pie del grabado se ve una esfinge dormida, cuyo cuerpo en forma humana, de cintura arriba, representa los principios superiores; mientras que de cintura abajo tiene forma de animal y simboliza los principios inferiores.

Sueña en resolver el gran problema de la formación del Universo y en la naturaleza y el destino de la Humanidad; y su sueño toma la forma de la figura que se ve sobre ella, representativa del Macrocosmos y del Microcosmos con su mutua acción.

Arriba, alrededor, en todo, sin principio ni fin, compenetrando cuanto existe, desde la ilimitada e inimaginable periferia hasta el invisible e incomprensible centro, está *Parabrahm*, el inmanifestado *Absoluto*, el supremo origen de todo poder ya manifestado o que en lo futuro se manifestará, por cuya actividad fue puesto el mundo en existencia y proyectado por el poder de *Su* propia voluntad e imaginación.

El *Omega* y el *Alpha*, en el centro, representan el “*Hijo*”, el *Absoluto* manifestado como *Logos Universal* o *El Cristo*, también llamado *Buddhi* o *sexto principio*, la causa del principio y fin de todo lo creado.

Es *Uno* con el “*Padre*”, manifestado como *Trinidad* en *Unidad* y es la causa de lo que llamamos *Espacio*, *Movimiento* y *Substancia*. Su manifestación suprema es la *conciencia del Yo*, por la que es posible llegar a la comprensión del *Hombre*. El hombre *espiritual*, cuya matriz es su propio cuerpo físico, se nutre del universal principio espiritual, de la misma manera que el feto físico se alimenta de la matriz de la madre, pues su *alma* está formada de las influencias *astrales*, o sea el *alma del mundo*.

Del *Logos Universal* dimana la “*invisible Luz*” del Espíritu, la *Verdad*, la *Ley* y la *Vida*, que abarcan y penetran el *Cosmos* y se manifiestan en la iluminada alma del *Hombre*, mientras que la luz visible de la Naturaleza es tan sólo su aspecto material o modo de manifestación, de la propia suerte que el sol visible es reflejo de su prototipo divino, el invisible centro de fuerza, o gran *Sol espiritual*.

El círculo, con los doce signos del Zodíaco, que limita el espacio en que se representan los planetas de nuestro sistema solar simboliza el *Cosmos*, lleno de las influencias planetarias que penetran en la *Luz Astral* y provienen de la mutua acción entre las emanaciones astrales de los cuerpos celestes y las de sus habitantes.

La actividad del *Cosmos* está representada por el triángulo entrelazado. Los dos exteriores representan las grandes potestades de creación, conservación y destrucción o *Brahmâ*, *Vishnu* y *Siva*, que actúan sobre los elementos Fuego, Agua y Tierra, es decir, sobre los principios originarios de las substancias y formas etéreas, fluidas y sólidas.

Los dos triángulos entrelazados interiores se refieren más especialmente al desarrollo de la Humanidad, B, C y D representan el *Conocimiento*, el *Conocedor* y lo *Conocido*, cuya trinidad constituye el *Conocimiento íntimo*. E, F y G representan el *Hombre físico*, el *Hombre Interno* o etéreo y el *Hombre Espiritual*. El centro representa el divino *Atma*,

idéntico al *Logos Universal* y como éste trino en uno¹. Es la semilla espiritual sembrada en el alma del hombre, por cuyo desarrollo se adquiere la vida inmortal. Su luz es la *Rosa de la Cruz* formada por la *Sabiduría* y el *Poder*. Debajo de todo está el reino de la *Ilusión*, que formado de los más groseros, densos y materializados pensamientos, se hunde en las Tinieblas y en la Muerte donde se descomponen y pudren, disolviéndose de nuevo en los elementos de los cuales el Universo surgió a la existencia.

¹ De las tres A entrelazadas sólo se distingue una en la figura.

PREFACIO

Fue escrita esta obra con el propósito de desengañar a ciertos indagadores crédulos que se figuraban que el ejercicio de los poderes espirituales puede enseñarse por medio de determinados hechizos y fórmulas de encantamiento. Tratábase de demostrar que al ejercicio de los poderes espirituales debe preceder su educación, y se quiso exponer las condiciones necesarias para su desenvolvimiento.

El propósito que se tuvo al escribir esta obra motivó el darle el título que lleva, porque “magia” significa el divino arte de ejercitar los poderes espirituales con que el despertado espíritu del hombre gobierna los invisibles elementos vivientes en la substancia anímica del universo, y sobre todo los de su propia alma, que son los más cercanos a él.

Si deseamos adueñarnos de una fuerza cualquiera necesitamos conocerla y saber de donde procede; y como para estudiar las cualidades de las fuerzas interiores no hay mejor medio que la observación de las que actúan en nosotros mismos, lo más apropiado para lograr nuestro objeto será percibir el proceso efectuado en nuestro organismo psíquico.

El arte de la magia es el ejercicio del poder espiritual obtenido por la práctica del dominio propio, y este poder no puede adquirirse por ningún otro medio, ni cabe enseñar a nadie el ejercicio de un poder que no posee porque todavía no lo ha educado. Únicamente podemos indicar el medio de actualizar las potencias psíquicas latentes en todo hombre. La constitución humana es idéntica en todos los individuos, y en cada cual están latentes o en germen los poderes mágicos, aunque no vale decir que existan antes de que se actualicen y manifiesten, primero interiormente y después en dirección externa. Al escribir esta obra su propósito no era compilar un *código de ética* y por lo tanto acrecer el montón de preceptos morales ya existentes, sino que se intentó auxiliar al aprendiz de ocultismo en el estudio de los elementos componentes de su propia alma, de modo que llegase a conocer su organismo psíquico. Se deseó con ello impulsar el estudio de una ciencia que podría denominarse: *anatomía y fisiología del alma*, cuyo objeto es investigar los elementos componentes del organismo anímico y la fuente de que manan los deseos y emociones del hombre.

Las ciencias físicas han adelantado a paso rápido en los dominios de los fenómenos superficiales y las ilusiones externas; pero la ciencia de la realidad interna y del hombre invisible es muy poco conocida todavía. Las fuerzas mecánicas y químicas de la naturaleza se han subordinado a las ciencias físicas, que pusieron un dogal en el cuello de esos gigantes llamados *Vapor* y *Electricidad* para atarlos a su carro triunfal. Las ciencias físicas han convertido el movimiento, el calor, la luz y el magnetismo en obedientes esclavos del hombre, al que con sus descubrimientos le han substraído hasta cierto punto de las condiciones impuestas por el tiempo y el espacio. Las ciencias físicas han dado realidad práctica a ideas que hace un siglo se diputaban por quiméricas fantasías de visionarios y soñadores.

¿Por qué habríamos de detenernos aquí? ¿Por qué no hemos de llegar todavía más lejos y rendir las semiconscientes y conscientes fuerzas que penetran nuestra alma y también el alma del mundo? ¿Por qué no ha de sernos posible plasmar por la omnipotencia de la

Voluntad los vivientes aunque informes *Elementales* y dar condensada forma a los vivientes y universales principios que si bien actualmente invisibles para nosotros no por ello dejan de existir? Todo esto lo realizaron hace miles de años los sabios orientales y también podremos realizarlo nosotros cuando alcancemos el estado de perfección que caracteriza a los *Adeptos*.

Para llegar a este fin no basta en modo alguno la lectura superficialmente intelectual de los tratados de ocultismo. Los divinos misterios de la naturaleza trascienden el poder conceptivo de la mente limitada y es preciso que los perciba el poder del espíritu. Quien no pueda percibir espiritualmente una verdad espiritual con los ojos del espíritu, tampoco podrá percibirla claramente por razonamientos intelectuales ni por estudio de libros que traten de estas materias y que nunca deben ser nuestros dueños sino nuestros servidores. Tan sólo son útiles los libros para describir los pormenores de lo que ya hemos descubierto en las profundidades de nuestra alma; son sencillamente auxiliares que sostienen ante nuestros ojos magníficos espejos en donde se reflejan las verdades cuya presencia sentimos en nosotros mismos.

El insigne filósofo Jacobo Boheme dice con respecto al estudio del ocultismo:

Si deseáis investigar los divinos misterios de la naturaleza, comenzad por investigar vuestra propia mente y preguntaos si son puras vuestras intenciones. ¿Queréis practicar en beneficio de la humanidad las buenas enseñanzas que recibisteis? ¿Estáis dispuestos a renunciar a todo apetito egoísta que anuble vuestra mente y os impida ver la clara luz de la verdad eterna? ¿Queréis ser instrumentos de manifestación de la divina Sabiduría? ¿Sabéis lo que significa estar unidos con vuestro verdadero Yo, desprenderos de vuestro ilusorio yo, identificaros con el viviente y universal poder de Dios y matar vuestra umbrosa e insignificante personalidad terrena? ¿O es que deseáis adquirir superior conocimiento tan sólo para satisfacer vuestra curiosidad y engreiros de vuestra sabiduría creyéndos superiores a los demás hombres? Considerad que los arcanos de la Divinidad sólo puede descubrirlos el espíritu que actúa en vosotros. De vuestro interior y no de lo exterior ha de dimanar el *verdadero conocimiento*, y quienes busquen la esencia de las cosas en lo externo podrán encontrar el color artificial de las cosas, pero no la verdadera cosa en sí misma.

Debemos educar la mente, pero más todavía el *corazón*. Hemos de comprender intelectualmente las leyes de todas las cosas; pero nuestro falible entendimiento no ha de ser el punto de partida de nuestras investigaciones. El hombre no debe dejarse dominar por razonables apariencias, sino que ha de subyugar su mente de modo que la luz de la divina sabiduría ilumine su entendimiento. Si nuestro juicio queda limpio de toda mácula egoísta y nuestra alma vibra en armonía con el eterno espíritu, nuestro percedero intelecto recibirá la inextinguible luz de la divina Sabiduría y será capaz de abarcar y resolver los más hondos problemas de la naturaleza. Si nuestros deseos y nuestra razón se apegan a la esfera del yo inferior, veremos tan sólo las ilusiones que nosotros mismos nos hayamos forjado; pero si la obediencia a la ley universal nos hace libres, nos identificaremos con la ley y veremos la verdad en toda su pureza.

A todo esto añadiremos, como advertencia para los investigadores, que es sumamente peligrosa y acarrea deplorables consecuencias la investigación científica de los ocultos misterios de la naturaleza, sin el firme fundamento de la verdadera espiritualidad. La percepción de las cosas espirituales es una facultad peculiar del hombre espiritualmente

evolucionado y ajena a los entendimientos semimateriales. Quien continuamente discurre sobre lo que no puede comprender es un soñador inepto para la vida práctica e incapaz de cumplir sus deberes cotidianos, con riesgo de caer en la locura o en el suicidio. La escuela del ocultista sólo está abierta para quienes se hayan graduado en la escuela de la vida terrena.

Por lo tanto, quienes anhelan adquirir poder espiritual o divino, han de tomar el consejo de elevarse *espiritualmente* a las supremas regiones del pensamiento y permanecer allí como en su habitual residencia. Han de perfeccionar su cuerpo físico y su constitución mental de suerte que la respectiva materia componente se vaya sutilizando y haciendo más receptiva a la divina luz del espíritu. Entonces se adelgazará más y más el velo que los separa del mundo invisible y echarán de ver que el círculo que limita su existencia terrestre y fenoménica es simplemente un corto segmento del máximo círculo en que se encierra su existencia como ser consciente en el plano espiritual. Según aumente su conocimiento trascendental, aumentará el hombre su poder espiritual, hasta que por la comprensión de las divinas leyes del universo llegue a ser colaborador de Dios y por su mediación obre Dios milagros.

La época actual es de controversia. La mayoría de las gentes instruidas viven, como si dijéramos, con la cabeza, y olvidan las necesidades del corazón. Predomina la fatuidad y sólo se oye a la sabiduría cuando no contradice los motivos egoístas. Los guardianes de una estrechamente limitada ciencia se engañan al creerse capaces de poner la infinita verdad al alcance de su finito entendimiento y niegan lo que no comprenden.

Los filósofos especulativos repugnan reconocer el poder eterno del amor universal cuya luz se refleja en el alma humana; desean examinar las eternas verdades a la vacilante luz de la razón intelectual según las percepciones de los sentidos; olvidan que la Humanidad es una *Unidad* y que un solo individuo no puede abarcar el Todo; y el ignorante exige la demostración científica de que el hombre ha de ser creyente y sincero, sin dar a sus propios intereses mayor importancia que a los ajenos. Se admite universalmente que el destino final de un individuo no puede depender de las teorías que éste se haya forjado mentalmente respecto de cosmología, neumatología, planes de salvación, etc., y que mientras no tenga conocimientos verdaderos, cualquier creencia u opinión puede serle tan útil como la otra. Sin embargo, no cabe negar que cuanto antes un individuo se libre del error y reconozca la verdad genuina, menos le estorbarán los obstáculos que se interpongan en el camino de su evolución superior y más pronto alcanzará la cima de su perfección final.

Por lo tanto, las cuestiones más importantes parecen ser las siguientes: ¿Es posible que un hombre sepa lo que está más allá de su percepción sensorial, si no se lo revela alguna presupuesta autoridad? ¿Puede desarrollarse la intuición hasta formar un conocimiento práctico sin posibilidad de error, o estamos destinados a depender de la opinión y conocimientos ajenos? ¿Puede algún individuo poseer poderes superiores a los que la ciencia moderna reconoce, y cómo pueden adquirirse esos poderes?

Las páginas que siguen se escribieron con objeto de procurar responder a semejantes preguntas, que tanto interesan a los que desean saber la verdad respecto a la verdadera naturaleza del hombre y de su lugar en el universo. Quienes ya sepan todo esto, no necesitan leer estas páginas; pero a los que quieran aprender, les pueden ser útiles, y les recomendamos los consejos que dio Gautama a sus discípulos: “No creáis nada que no

esté conforme con la razón, y no rechacéis nada, por más contrario a la razón que os parezca, sin examinarlo bien”.

En las siguientes páginas intentamos señalar el camino por donde el hombre puede llegar a ser instrumento de la divina Potestad de que la Naturaleza es obra. Forman estas páginas un libro que no lleva impropriamente el título de “Magia”, porque si el lector acierta a seguir prácticamente sus enseñanzas será capaz de atestiguar la mayor proeza mágica: la regeneración espiritual del hombre.

Este libro no lleva la intención de convencer a los escépticos de que los fenómenos ocultistas ocurrieron en el pasado y ocurren en la actualidad, por más que se ha intentado demostrar la posibilidad de los fenómenos psíquicos por medio de explicaciones de las leyes que los rigen. No se ha dedicado espacio a prolijos ejemplos demostrativos de los fenómenos, pues quienesquiera pueden hallarlos en los libros que se mencionan en las notas puestas al pie de las páginas.

**TODO CUANTO EN LA TIERRA EXISTE
TIENE SU ETEREA CONTRAPARTE
ENCIMA DE LA TIERRA; Y NADA HAY EN
EL MUNDO, POR INSIGNIFICANTE QUE
PAREZCA, QUE NO DEPENDA DE ALGO
SUPERIOR. ASI ES QUE SI LO INFERIOR
ACTUA, SU CORRESPONDIENTE PARTE
SUPERIOR, QUE LO PRESIDE, REACCIONARA
A ELLO.**

SOHAR WAJECAE.

LA MAGIA

INTRODUCCION

LA LEY ESPIRITUAL EN EL MUNDO DE LA NATURALEZA

“NO HAY RELIGION
MÁS ELEVADA QUE LA
VERDAD”

Cualquiera que sea la falsa interpretación que la ignorancia antigua o moderna haya dado a la palabra “Magia”, su único y verdadero significado es: *Ciencia Superior o Sabiduría fundada en conocimientos y experiencias prácticas*. Si dudáis de la Magia y deseáis una demostración práctica de ella, abrid los ojos y mirad en torno vuestro. Ved el mundo, los animales y las plantas, y preguntaos si todo ello podría existir sin el *poder mágico de la naturaleza*. El poder mágico no es un poder sobrenatural, si por “sobrenatural” se entiende un poder exterior o más allá de la naturaleza. Afirmar la existencia de semejante poder es absurdo y superstición contrarios a la experiencia: porque es evidente que todo organismo vegetal y animal crece por intususcepción, es decir, por la acción de fuerzas internas que se dirigen hacia el exterior, y no por yuxtaposición, es decir, por externas agregaciones a su substancia.

Una semilla no se convierte en árbol, ni un niño en hombre, por recibir de algún artífice exterior la substancia que acrece su organismo o como una casa que se edifica piedra sobre piedra, sino que los seres vivientes crecen por la acción de una fuerza que obra desde un centro interno de la forma. A este centro se dirigen las influencias procedentes del receptáculo universal de materia y movimiento de donde irradian de nuevo hacia la periferia y efectúan la labor constructora del organismo viviente.

Pero ¿qué otra cosa ha de ser ese poder sino un *poder espiritual*, puesto que penetra en el mismo centro de las cosas materiales? Actúa con arreglo a la ley y construye los organismos de conformidad con una ordenación establecida, por lo que ha de ser superior a una fuerza ciegamente mecánica.

No puede ser una fuerza meramente mecánica, porque sabemos que una fuerza mecánica deja de obrar tan poco como cesa el impulso que la origina. No puede ser una fuerza química, porque la acción química cesa después de afectada la combinación de las substancias. Ha de ser, por lo tanto, una fuerza viva, y como la vida no puede dimanar de una fuerza muerta, ha de ser la fuerza de la Vida una, que obra en los centros vitales de cada forma.

La naturaleza es un mago, y es mago toda planta, animal y hombre que inconsciente e instintivamente usa de sus fuerzas para construir su propio organismo; o de otro modo, todo ser viviente es un organismo en el que actúa el poder mágico de la vida; y si un hombre pudiera adquirir los conocimientos necesarios para dirigir este poder de vida y supiera emplearlos conscientemente en lugar de someterse inconscientemente a su

influencia, sería mago, capaz de gobernar las operaciones de la vida en su propio organismo.

Ahora bien; ¿es posible que un hombre adquiriera el poder de gobernar las operaciones de la vida? La respuesta depende del significado que se dé a la palabra “hombre”. Si significa el animal intelectual, según lo vemos diariamente pasar por la calle, diríamos que no, porque la mayoría de los hombres de nuestra generación, incluso las grandes *lumbreras* científicas, no saben nada absolutamente de su naturaleza íntima ni del universal poder de la *Vida una*; y muchos de ellos ni siquiera han formado su entendimiento, crean o no en la existencia del alma, pues como no pueden verla ni sentirla objetivamente, no saben qué hacer de ella.

Pero si por “hombre” entendemos aquel principio inteligente y activo en el interior del organismo del hombre, que constituye un ser humano y por cuya acción se distingue y es superior a los brutos, tengan forma humana o forma animal, entonces diremos que sí, porque el divino poder que actúa en el interior del organismo del hombre es idéntico al que actúa en lo íntimo de la naturaleza. Es un poder interno del hombre, peculiar de la verdadera naturaleza humana; por lo que cuando el hombre conoce los poderes propios de su esencial constitución y sabe cómo emplearlos, pasa del estado pasivo al activo y utiliza por sí mismo sus poderes.

Por absurdo que parezca, es no obstante lógica consecuencia de las fundamentales verdades relativas a la constitución humana, que si un hombre dominara el universal poder de vida, operante en su interior, podría prolongar cuanto quisiera la vida de su organismo; si lo gobernara y conociera las leyes de su naturaleza, podría densificarlo o sutilizarlo, concentrarlo en un reducido espacio o dilatarlo de modo que ocupara gran extensión.

En efecto, la verdad es más rara que la ficción, como podemos comprobar con sobreponernos a los estrechos conceptos y prejuicios que hemos heredado y adquirido por educación y percepción de los sentidos.

Continuamente ocurren en la naturaleza los más raros fenómenos sin que apenas llamen la atención; pero no nos parecen raros, aunque no los comprendamos, porque estamos acostumbrados a verlos todos los días. ¿Quién sería bastante insensato para creer que de una semilla nace un árbol (pues no hay tal árbol en la semilla) si la experiencia no le hubiese enseñado que los árboles nacen de las semillas a pesar de todo argumento en contrario? ¿Quien creería que una flor nace de una planta, si no lo hubiese visto, puesto que la observación y el raciocinio demuestran que el tallo no contiene flor alguna? Sin embargo, las flores nacen de la planta sin que nadie pueda negarlo.

Por doquier se manifiesta en la naturaleza la acción de una ley espiritual, aunque no podamos descubrirla. Por doquier vemos la manifestación de la sabiduría; pero quienes en su propio cerebro busquen el origen de la sabiduría, lo buscarán en vano.

La magia es el arte de emplear los agentes invisibles, llamados espirituales, en la obtención de determinados resultados visibles. Estos agentes no son precisamente entidades invisibles que planean por el espacio dispuestas a acudir a la evocación de cualquiera que haya aprendido fórmulas y ceremonias de encantamiento, sino que principalmente consisten en el invisible y no obstante poderoso influjo de la voluntad y

la emoción, de los deseos y pasiones, del pensamiento y la imaginación, del amor y del odio, del temor y la esperanza, de la fe y la duda, etc. Son las potencias del alma que por doquier empleamos todos cada día, consciente o inconscientemente, queriendo o sin querer. Pero los que no pueden resistir o subyugar tal influjo, sino que por él están dominados, son pasivos instrumentos o *médiums* por cuyo conducto obran las potencias invisibles de las que suelen ser involuntarios esclavos, mientras que quienes las dominan y por lo tanto saben dirigir las son, en proporción a su capacidad de dominio, verdaderos magos, poderosos y activos, que pueden emplear su poder en el bien o en el mal. Por lo tanto, vemos que, excepto los irresponsables, todo el que tiene potencia de voluntad y la ejercita es mago activo; mago *blanco* si emplea su potencia en el bien, y mago *negro* si en el mal.

Hay en Oriente, y no tanto en Occidente, quienes obran prodigios de los comúnmente llamados mágicos; pero de ello no se infiere que éstos sean magos conscientes, pues tan sólo demuestra la índole mágica del poder que por su conducto actúa, y bien cabe que el supuesto mago sea mero instrumento de las inteligentes potestades que operan aquellos prodigios, sin que él sepa siquiera quienes son.

En rigor no podemos decir que *tenemos vida*, porque la vida no nos pertenece ni nos es posible regularla o monopolizarla. Lo único que sin arrogancia ni presunción podemos decir es que somos instrumentos por cuyo medio la *única Vida universal* se manifiesta en forma de ser humano. Todos somos *médiums* por cuyo conducto actúa la única vida universal. Sólo seremos nuestros propios dueños, cuando conozcamos nuestro verdadero ser y dominemos el principio vital que nos anima. Se engaña quien cree que tiene algún poder de por sí, pues todos los poderes se los presta la naturaleza, o mejor dicho, aquel eterno y espiritual poder que actúa en el centro de la naturaleza y que los hombres han llamado Dios, porque en él ven la fuente de todo bien, la única Realidad en el universo y en todos los seres del universo.

Nadie negará que, además de sus poderes físicos, está temporalmente dotado el hombre de energías mentales y aún espirituales. Amamos, respetamos u obedecemos a una persona, no por la superioridad de su fuerza corporal, sino por sus cualidades intelectuales y morales, o mientras nos hallamos bajo el hechizo de alguna supuesta o real autoridad que le atribuimos. Un rey o un obispo no tienen de por sí más fuerza física que su paje o limosnero y deben hacerse respetar antes de hacerse obedecer. El capitán puede ser el hombre más endeble de toda la compañía, y sin embargo, le obedecen los soldados. Amamos la belleza, la armonía y la sublimidad, no porque sean materialmente útiles, sino porque satisfacen a su respectivo sentido íntimo, que no pertenece al plano físico. La civilización va ganando terreno más bien por virtud de influencias morales e intelectuales que por la fuerza de las bayonetas, y mucha verdad es que en nuestra época la pluma es más poderosa que la espada.

¿Qué sería del mundo sin el mágico poder del amor, de la belleza y de la armonía? ¿Qué sería un mundo construido con arreglo al patrón trazado por la ciencia moderna? Un mundo en que no se reconociese el universal poder de la verdad, no podría ser otra cosa que un mundo de maniáticos, henchido de alucinaciones. En semejante mundo no serían posibles la poesía ni la música, la justicia degeneraría en conveniencia, la honradez equivaldría a imbecilidad, la veracidad a locura y el yo sería el único dios digno de veneración.

Puede definirse la magia como la ciencia que trata de los poderes mentales y morales del hombre y le enseña la posibilidad de regular los suyos y los ajenos. Para estudiar los poderes del hombre, es necesario saber qué es el hombre y su relación con el universo. Si debidamente lo investigamos hallaremos que los elementos componentes del hombre son en esencia los mismos que constituyen el universo, es decir, que el universo es el *Macrocosmos* y el hombre su fiel reproducción o *Microcosmos*.

Uno mismo son el hombre microcósmico y la naturaleza macrocósmica, pues ¿cómo sería posible que el Macrocosmos contuviese algo no contenido en el Microcosmos, o que el hombre tuviese en su organismo algo que no pudiera hallarse en el gran organismo de la naturaleza? Si el hombre es hijo de la naturaleza, ¿puede haber algo en su constitución que no proceda de su eterna madre? Si la organización del hombre contuviese algo extraño a la naturaleza sería un monstruo que la naturaleza rechazaría. Todo cuanto está en la naturaleza ha de estar en el organismo del hombre, ya en germen, ya desarrollado, latente o activo, y puede percibirlo quien a sí mismo se conozca.

Hemos nacido en un mundo en que nos rodean objetos físicos; pero hay en nuestro interior un mundo subjetivo capaz de recibir y retener las impresiones del mundo exterior. Cada cual es de por sí un mundo relacionado con el espacio distintamente de los demás. Cada cual tiene sus luminosos días y sus tenebrosas noches no regulados por los días y las noches de los demás; tiene cada cual sus nubes y sus borrascas y formas y contornos de él peculiares.

Las enseñanzas científicas nos incitan a descubrir la verdadera naturaleza de estos mundos y las leyes que los gobiernan; pero las ciencias físicas tratan únicamente de las formas, que cambian de continuo, y tan sólo dan una parcial solución de los problemas del mundo objetivo, dejándonos casi del todo a oscuras respecto al mundo subjetivo. La ciencia moderna clasifica fenómenos y describe hechos; pero describir el cómo, no es lo mismo que explicar el por qué de un hecho. Descubrir las causas que de por sí son efectos de la desconocida Causa primordial, equivale a la substitución de una dificultad por otra. La ciencia describe algunas propiedades de las cosas y desconoce la causa eficiente de estas propiedades y seguirá desconociéndola hasta que su poder de percepción penetre lo invisible.

Aparte de la observación científica hay otro medio de conocer el aspecto misterioso de la naturaleza. Los instructores religiosos del mundo aseguran que han sondeado las profundidades a donde los científicos no pueden llegar. Muchos suponen que estos instructores recibieron su doctrina por revelación divina o angélica procedente de un supremo, infinito, omnipotente aunque personal y por lo tanto limitado Ser, cuya existencia no se demostró jamás. Aunque haya dudas sobre la existencia de este Ser, hubo en todos los países hombres que se aterrorizaron por supuestos mandatos y estuvieron dispuestos a degollar al prójimo a una orden suya y entregaron voluntariamente hacienda, honra y vida a los pies de quienes miraban como mensajeros o confidentes de un dios. Los hombres quisieron ser miserables o infelices en esta vida con la esperanza de recibir recompensa después de la muerte. Algunos emplean su vida en la anticipación de los goces de otra que no saben si existe o no existe y otros mueren por temor de perder lo que no poseen. Miles de hombres se ocupan en enseñar a los demás lo que ni ellos mismos saben y a pesar de los numerosísimos sistemas religiosos hay relativamente muy poca religión en la tierra.

La palabra religión deriva de la latina *religare* que significa *ligar* o *relacionar*. En recto sentido la religión es la ciencia que examina el enlace existente entre el hombre y la Causa que lo creó, o sea la ciencia que trata de las relaciones entre el hombre y *Dios*, porque el verdadero significado de la palabra *Dios* es *Suprema Causa Primera*, y la *Naturaleza* es efecto de su manifestación. Por lo tanto, la verdadera religión es una ciencia muy superior a la fundada en las percepciones sensorias; pero no ha de estar en discrepancia con la verdadera ciencia, porque en último término la verdadera religión y la verdadera ciencia son uno y lo mismo, y por lo tanto, igualmente verdaderas.

La religión que se nutre de ilusiones y la ciencia ilusoria son igualmente falsas, y cuanto con mayor obstinación se aferran a sus ilusiones, tanto más perniciosos son sus efectos.

Conviene distinguir entre *religión* y *religionismo*, entre *ciencia* y *cienticismo*, entre *ciencia mística* y *misticismo*.

El aspecto *superior* de la religión es *prácticamente* la unión del hombre con la suprema Causa primera, de que originariamente emanó la esencia humana.

En su aspecto *secundario*, la religión enseña teóricamente las relaciones entre la Causa primera y el hombre, o sea entre el Macrocosmos y el Microcosmos.

En su aspecto *inferior* se llama religionismo y consiste en la adulación de formas muertas, el culto de los fetiches, el estéril empeño de obtener el favor de alguna imaginaria divinidad y persuadir a Dios para que mude de pensamiento y nos conceda gracias incompatibles con la justicia.

La *ciencia*, en su aspecto *superior*, es el conocimiento real de las leyes fundamentales de la Naturaleza, y por lo tanto, es una ciencia espiritual basada en el conocimiento del espíritu humano.

En su aspecto *inferior*, es la ciencia del conocimiento de los fenómenos exteriores y de las secundarias o superficiales causas que los producen y que el moderno cienticismo toma por la Causa final.

En su *ínfimo* aspecto de cienticismo es un sistema de observación y clasificación de las apariencias exteriores, cuyas causas ignoramos por completo.

El religionismo y el cienticismo están sujetos a continuas mudanzas, pues como engendrados por la ilusión, mueren cuando la ilusión se desvanece. La verdadera ciencia y la verdadera religión son idénticas, y cuando están realizadas prácticamente forman, con la verdad en ellas contenida, la triangular pirámide cuya base se apoya en la tierra y cuya cúspide penetra en el reino de los cielos.

La *ciencia mística* en su verdadero significado es el conocimiento espiritual, o sea el anímico conocimiento de las cosas suprasensibles y espirituales que perciben las espirituales potencias del alma latentes en todos los hombres, aunque muy pocos las hayan desarrollado lo suficiente para utilizarlas.

El *misticismo* pertenece a las sutiles especulaciones del cerebro. Es ir en pos de la ilusión, el anhelo de escudriñar los divinos misterios que la mente interior no puede

comprender; la apetencia de satisfacer la curiosidad respecto de lo que un ser animal no debe conocer. Es el reino de las quimeras, de los sueños, el paraíso de los videntes de fantasmas y de los delirios espiritistas de todo linaje.

Pero ¿qué son la verdadera religión y la verdadera ciencia? Indudablemente hay una definida relación entre el hombre y la causa eficiente de la existencia humana; y por lo tanto, la verdadera religión o la verdadera ciencia será la que enseñe los verdaderos términos de esta relación. Si echamos una ojeada a los diversos sistemas religiosos del mundo, veremos que se contradicen unos a otros; advertiremos un cúmulo de absurdos y supersticiones con tal o cual granito de verdad. Ponderamos las doctrinas éticas y morales de nuestro favorito sistema religioso y metemos sus escorias teológicas en nuestro zurrón, sin recordar que la moral de casi todas las religiones es esencialmente la misma y que las escorias que las envuelven no son la verdadera religión.

Es evidentemente absurdo creer que un sistema sea verdadero, a menos que contenga la verdad; pero también es evidente que una cosa no puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo, porque la verdad sólo es *una* y jamás varía aunque nosotros variemos y varíe con ello nuestro aspecto de la verdad. Los diversos sistemas religiosos del mundo no pueden ser productos artificiales, sino que naturalmente resultan de la evolución espiritual del hombre en este mundo, y tan sólo difieren en cuanto difirieron las condiciones de las épocas de su respectiva aparición, mientras que sus dogmas se elaboraron artificialmente con hechos entresacados de la observación externa. Quien no esté obcecado por el prejuicio reconocerá intuitivamente que todas las religiones del mundo tienen algo de verdad; y como sólo puede haber una verdad fundamental, resulta que todas las religiones son ramas del mismo árbol aunque difieran las formas en que se manifiesta la verdad. El sol es siempre el mismo por más que su luz no sea igualmente intensa en todos los puntos de la tierra. En un lugar da crecimiento a las palmeras y en otro a los hongos; pero únicamente hay un sol en nuestro sistema. El procedimiento seguido en el mundo físico es análogo al del mundo espiritual, porque sólo hay una Naturaleza y una Ley.

Cuando alguien disputa sobre religión, da pruebas de que no posee el verdadero conocimiento, porque la verdadera religión es la práctica de la verdad. La única religión verdadera es la religión del Amor universal; y este amor es el reconocimiento de la divinidad de nuestro ser. El Amor es un elemento de la divina Sabiduría y por lo tanto no es posible la sabiduría sin el amor. Cada especie de aves cantan en el bosque con diferente tono; pero a todas les mueve a cantar el mismo impulso y ninguna se pelea con las demás porque le parezca mejor su canto. Además, las disputas religiosas, con sus consiguientes animosidades, son de lo más inútil del mundo, pues nadie puede disipar las tinieblas a garrotazos, sino que el único medio de disiparlas es encender una luz. De la propia suerte, el único medio de disipar la ignorancia espiritual es dejar que brille en todo corazón la luz del conocimiento dimanante del centro de amor.

Todas las religiones se fundan en una verdad interna y todas tienen un ropaje exterior distinto en cada sistema; y si al comparar unos sistemas con otros miramos por debajo de la superficie de sus formas exteriores, veremos que en una misma verdad se fundan todas las religiones, aunque en todas se halle velada esta verdad bajo una terminología más o menos alegórica y las impersonales e invisibles potestades se hayan personificado en imágenes escultóricas de piedra o madera y lo arrúpico y lo real se haya pintado en engañosas formas de letras, cuadros y estatuas, como medios de convertir hacia la

verdad la atención de las mentes ineducadas. Son estas representaciones en la infancia de los pueblos, lo que los libros con estampas respecto de los niños que todavía no saben leer; y tan necio sería arrebatar a los niños grandes sus imágenes antes de que pudieran leer en sus corazones, como quitar las estampas y grabados de las manos de los niños pequeños y darles a leer textos que no comprenden todavía.

Insignificantes y sin interés serían las narraciones bíblicas y las de otras Escrituras religiosas, si los acontecimientos allí relatados se refirieran a ciertos personajes que vivieron hace miles de años y cuya biografía no puede interesar hoy seriamente a nadie. ¿Qué nos importan los asuntos familiares de un hombre llamado Adán o de otro llamado Abrahán? ¿Qué necesidad tenemos de saber cuántos hijos legítimos y cuántos bastardos tuvieron los patriarcas judíos y qué fue de ellos? ¿Qué se nos da si a un hombre llamado Jonás lo arrojaron o no al mar y si se lo tragó o dejó de tragar una ballena? Lo que hoy ocurre en los países de Europa nos interesa muchísimo más que cuanto sucedió en las cortes de Nabucodonosor y Zorobabel.

Pero afortunadamente para la Biblia, y afortunadamente para nosotros si sabemos leerla, sus relatos no son biografías de personajes antiguos, sino alegorías y mitos de profundo significado apenas conocido por exegetas y expositores.

Los personajes del antiguo y nuevo testamento son mucho más que hombres y mujeres de carne y hueso, pues son personificaciones de las eternamente activas fuerzas espirituales que la ciencia profana desconoce, y las biografías se refieren a su acción y relaciones con el Macrocosmos y su contraparte el Microcosmos, para enseñarnos la historia de la evolución espiritual de la humanidad.

Si los filósofos positivistas estudiaran la Biblia y los antiguos libros religiosos de Oriente en su aspecto esotérico y espiritual, aprenderían muchas cosas que desean conocer. Sabrían qué son los verdaderos poderes todavía latentes en el “hombre interno” tan necesarios para producir a voluntad los fenómenos ocultos. Encontrarían instrucciones para transmutar el plomo o el hierro en oro puro y transformar los animales en dioses.

Pero es una verdad basada en leyes naturales que el hombre sólo puede ver lo que en su mente existe. Si un hombre cierra los ojos no ve nada, y si su mente está llena de ilusiones no quedará sitio para la verdad y los más profundos símbolos le parecerán descripciones sin significado.

Si nuestros hijos, grandes o chicos, miran tan sólo los grabados sin aprender el texto, creerán que ninguna otra cosa es posible representar y no tendrán en cuenta que las formas son ilusorias y que no es posible ver las realidades arrúpicas. Así resulta mucho más cómodo creer que pensar.

Los niños no deben detenerse en mirar las estampas hasta el punto de descuidar su educación superior. La humanidad ha transpuesto ya la infancia de su ciclo actual y demanda más intelectual alimento. Declina la época de las supersticiones y no se piden pareceres, sino conocimiento, que no se logra sin esfuerzo. Si examinamos los diversos sistemas religiosos descubriremos gran parte de verdad, pero no podremos reconocerla sin el conocimiento resultante de la experiencia. La opinión expuesta por una persona no determinará el convencimiento en otra, a menos que ésta la corrobore por la misma o

análoga experiencia, porque nadie puede verdaderamente creer sino lo que por sí mismo conoce, ni conocer sino lo que experimentó personalmente.

Crear una verdad es muy distinto de comprenderla, pues podemos creer la verdad con el corazón y rechazarla con el cerebro, esto es, que podemos sentir la verdad intuitivamente y no percibirla intelectualmente. Si los hombres de nuestra época ejercitasen la facultad de conocer la verdad por el corazón, y después examinaran lo que conocen por medio del entendimiento, más tarde tendríamos por doquier un mejor y más feliz estado social. Pero la mayor maldición de nuestra época es que las facultades intelectuales rechazan las verdades del corazón. La ciencia del cerebro suprime el conocimiento del alma e intenta abarcar lo que tan sólo alcanza el corazón.

En vez de vivir los hombres en el santuario de los templos que habitan, están siempre ausentes de allí y se acurrucan en el desván bajo el tejado para atisbar por sus ventanucos las teorías científicas y otras ilusiones de la vida. Allí pasan el día y la noche, vigilando cuidadosamente que ninguna de las pasajeras ilusiones escapen a su observación; y mientras atienden a aquellos frívolos fantasmas, entran cautelosamente los ladrones en la casa y sin que nadie los vea roban los tesoros del santuario. Después, cuando se desmorona la casa y llega la muerte, vuelve el alma al corazón y lo halla desolado y vacío, al paso que se desvanecen todas las ilusiones que ocuparon el cerebro durante la vida y queda el hombre pobre porque no descubrió la verdad en su corazón.

Por lo tanto, el genuino objeto de un sistema religioso debe ser la indicación del medio por el cual desarrolle el hombre el poder de percibir la verdad por sí mismo, independientemente de la opinión ajena. Exigir de un hombre que crea en lo que otro dice y se satisfaga con tal creencia es exigirle que permanezca en la ignorancia y que confíe en la opinión ajena más bien que en la experiencia propia. El ignorante no puede tener convicciones firmes ni por lo tanto verdadera fe, pues si acepta determinada teoría o sistema, es por efecto de las circunstancias en que nació y del ambiente que le rodea. Tiene más propensión a aceptar el sistema que sus padres y deudos profesan, y si abraza otro es casi siempre por puro sentimentalismo o por interés egoísta, con esperanza de obtener algún beneficio de la apostasía. Desde el punto de vista espiritual nada ganará en las nuevas condiciones, porque para acercarse a la verdad debe amarla por sí misma y no por el provecho personal que pueda allegarle, y desde el punto de vista intelectual muy poco o nada ganará al cambiar una superstición por otra. El único medio de alcanzar la verdad es amarla por ser verdad y desechar todo prejuicio y predisposición, para que la luz ilumine su mente.

¿Qué es el religionismo actual sino la religión del temor? Los hombres no desean evitar el vicio, sino el castigo consiguiente a caer en el vicio. La experiencia les enseña que las leyes de la naturaleza son invariables, y sin embargo persisten en obrar contra la ley universal. Alardean de creer en un Dios inmutable, y no obstante imploran su favor cuando ansían quebrantar la ley. ¿Cuándo se elevarán al genuino concepto de que el único Dios posible es el universal poder operante en la inderogable ley del espíritu en la naturaleza? Quebrantar la ley equivale a quebrantar nuestro Dios interno, y el único medio de reparar el quebranto es reponer la supremacía de la ley y erigir nuevamente a Dios en nuestro interior.

Conviene estudiar las opiniones ajenas y retenerlas en la memoria, pero sin creerlas de modo que formen nuestro conocimiento. Aún las enseñanzas de los más insignes

adeptos, por impecables que sean, servirán para instruirnos, mas no para darnos verdadero conocimiento. Nos señalarán el camino; pero nosotros hemos de dar en él los pasos.

Si tuviéramos las palabras de los adeptos como la última finalidad y las aceptáramos sin ulterior investigación interna, caeríamos de nuevo en un sistema dogmático autoritariamente establecido. El conocimiento fortalece y la duda paraliza la voluntad. Quien de antemano crea que no es capaz de dudar, no lo será en tanto que así lo crea; y quien *sepa* por experiencia que puede dominarse, se dominará a sí mismo y dominará todo cuanto le sea inferior, porque lo superior gobierna a lo inferior y nada hay superior al hombre conocedor del perfecto Yo.

El conocimiento del Yo equivale al conocimiento de uno mismo, independientemente de todo dogmatismo, sea cual sea la autoridad de que proceda. Si estudiamos las enseñanzas de una autoridad externa, sabremos a lo sumo la opinión de dicha autoridad respecto de la verdad; pero no llegaremos necesariamente por ello al íntimo conocimiento de la verdad. Si, por ejemplo, aprendemos lo que Cristo enseñó respecto de Dios, sabremos lo que Cristo sabía o creía saber respecto de Dios; pero todo ello no bastará a darnos el conocimiento de Dios mientras no lo descubramos en nuestro propio corazón. Aunque el hombre más sabio nos comunicara sus conocimientos, sólo sería para nosotros una opinión hasta tanto no la comprobáramos por experiencia propia. Mientras no podamos penetrar el alma humana, no conoceremos más allá de su forma corporal; pero ¿cómo penetraremos el alma ajena si no conocemos la propia?

Por lo tanto, el principio de todo conocimiento real es el conocimiento del Yo; el conocimiento del alma y no las divagaciones del cerebro.

¿Da la ciencia profana el verdadero conocimiento del hombre? Su potencia de observación está limitada por la perceptiva de los sentidos corporales, auxiliados por los instrumentos científicos, y así carece de medios para investigar lo que trasciende a los sentidos físicos ni puede entrar en el templo de lo invisible, sino que tan sólo conoce las formas en que mora la realidad. La ciencia sólo sabe lo que el hombre parece ser, pero no lo que *es*; nada sabe del hombre esencialmente real cuya existencia suele negar. En vano solicitamos de ella la solución del enigma que hace miles de años propuso la efigie antigua.

¿Dan las religiones confesionales el verdadero conocimiento del hombre? El concepto que la teología clásica tiene del misterioso ser llamado hombre es tan estrecho como el de la ciencia moderna. Considera la teología al hombre como un ser personal, aislado de los demás seres personales, en torno de cuya personalidad infinitamente pequeña gravita el interés de lo infinitamente grande. La teología olvida que, según enseñaron los fundadores de los principales sistemas religiosos, el hombre primario fue una potestad universal; el verdadero hombre es un todo indivisible; y la forma personal del hombre es tan sólo el temporáneo templo en que mora el espíritu.²

Los errores dimanantes del desconocimiento de la verdadera naturaleza del hombre son causa de que las vulgares opiniones religiosas, mantenidas por la generalidad de los

² San Pablo: *Corintios* – III – 16. “¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”.

teólogos en los países cristianos y paganos, estén basadas en el egoísmo y sean contrarias al espíritu de la verdadera religión. Cristianos y paganos impetran de imaginarios patronos tales o cuales beneficios presentes o futuros para la insignificante burbuja de jabón llamada “ser personal”.

Cada una de estas miopes nonadas necesita ante todo salvarse, pues la salvación de los demás es para él cosa de poca monta. Esperan obtener beneficios que no merecen, por el favor de alguna divinidad personal que en pro de ellos abogue ante Dios, para zafarse del condigno castigo de sus culpas y meter de contrabando sus imperfecciones en el reino de los cielos.

El único fin razonable de las religiones positivas es realzar al hombre desde un estado inferior a otro superior en el que forme mejor concepto de su dignidad como miembro de la familia humana. Si hay posibilidad de comunicar al hombre el conocimiento de su verdadero ser, debiera comunicársele en la iglesia, con la condición de que la verdad predomine sobre la forma y que los intereses de la religión no se confundan intercambiabilmente con los de la iglesia, para que vuelva la iglesia a estar fundada sobre la roca del conocimiento en vez de apetecer egoístamente beneficios personales en este mundo o en el problemático más allá.

Quien se deja llevar de egoístas consideraciones no puede ir a un cielo donde no cabe ningún interés personal. El que desdeña el cielo y se satisface donde está, ya tiene allí su cielo, mientras que el descontento clamará en vano por el cielo. Libre y feliz es quien no tiene personales deseos. El cielo no puede significar más que un estado libre y feliz. El que practica buenas obras con esperanza de recompensa, no es feliz si no la obtiene, y en cuanto la obtiene se le desvanece la felicidad. No caben descanso y felicidad permanentes mientras haya algo por hacer y cumplir, y el cumplimiento del deber lleva en sí su propia recompensa.

No es libre el hombre que obra bien con esperanza de recompensa. Es un servidor del yo que obra en beneficio del yo y no por amor a Dios. Así, no le recompensará el poder de Dios, sino que sólo le cabe esperar recompensa de sus transitorias circunstancias.

No es libre quien obra mal instigado por motivos egoístas. Tampoco es dueño de sí mismo quien apetece el mal y se contiene por temor. Sólo es libre quien reconoce en su propio corazón el supremo poder del universo. El que esclaviza la voluntad al yo inferior es esclavo de su personalidad; pero quien ha vencido al yo personal entra en la vida superior y se convierte en una potestad.

La ciencia de la vida consiste en subyugar lo inferior y realzar lo superior. La primera lección nos enseña a librarnos del amor al yo, el ángel malo, o como dice Edwin Arnold:

El pecado del yo que como un espejo ve reflejada en el universo su apasionada faz y exclama: ¡yo! Para que el mundo responda: ¡yo! Todo perecería si el yo prevaleciese.³

El yo es una falaz resultante de diversos egoísmos o entidades egoideas con sus respectivas apetencias, que tanto más crecen cuanto más nos esforzamos en

³ *Luz de Asia.*

satisfacerlas. Si permitimos que cobren bríos, las fuerzas semi-intelectuales desgarrarán el alma, y así debemos subyugarlas con el poder del verdadero dueño, del Yo superior, del Dios interno.

Estos egoísmos o entidades egoideas son los *elementales* de que tanto se habla en los tratados de ocultismo. No son quimeras, sino fuerzas vivas que puede percibir quien sea capaz de mirar en su propia alma. Cada una de estas fuerzas corresponde a un deseo animal, y si dejamos que éste se vigorice, tomará la forma del ser más adecuado a su índole. Al principio son formas tenues y vaporosas; pero según vamos cediendo al deseo que las plasma, se densifican y concretan en el alma, hasta que, nutridas por la voluntad, cobran mayor fuerza al convertirse el deseo en pasión.

Los elementales más vigorosos devoran a los más débiles, es decir, que los deseos de poca intensidad quedan desvanecidos por los más vehementes, y en último término prevalece contra todos el más poderoso o sea la pasión dominante.

Los elementales forman los temibles *moradores en el umbral*, que impiden la entrada en el paraíso del alma. Los ocultistas atribuyen a los elementales formas de culebras, tigres, cerdos y lobos; pero como suelen ser la resultante de una mezcla de elementos animales y humanos, no revisten formas exclusivamente animales, sino que aparecen como animales con cabeza humana o como hombres con miembros de animal en infinitad de formas, porque infinitas son las entremezclas y correlaciones de la lujuria, avaricia, codicia, amor sensual, ambición, cobardía, miedo, terror, odio, orgullo, vanidad, presunción, estupidez, voluptuosidad, egoísmo, celos, envidia, arrogancia, hipocresía, astucia, falacia, imbecilidad, superstición, etc.

Estos elementales viven en el reino del alma humana mientras vive el hombre, creciendo a expensas de su principio vital y nutriéndose de la substancia de los pensamientos. Puede ocurrir que los elementales tomen forma objetiva si en un paroxismo de temor o por efecto de alguna enfermedad salen de su habitual esfera. No los matan las ceremonias piadosas ni los desvanecen las exhortaciones del sacerdote, pues únicamente la *espiritual* voluntad del hombre divino puede aniquilarlos como la luz disipa las tinieblas, como un rayo de sol rasga las nubes.

Tan sólo quienes hayan despertado a la divina conciencia espiritual poseen aquella espiritual voluntad ignorada del no regenerado. Pero quienes todavía no estén tan adelantados pueden matar los elementales privándolos del alimento que los nutre, es decir, no deseando su presencia ni gozándose en ella, de modo que la voluntad no consienta su existencia. Entonces comenzarán a debilitarse y consumirse hasta que, separados del cuerpo anímico, mueran y se desintegren como miembro gangrenoso que se amputa del cuerpo cuyo sufrimiento causó.

Estas descripciones no son quiméricas ni alegóricas. Teofrasto Paracelso, Jacobo Boehme y otros ocultistas trataron de los elementales, y la debida comprensión de sus enseñanzas nos explicaría satisfactoriamente muchos sucesos mencionados en la historia y en las vidas de los santos.

Pero no tan sólo hay gérmenes animales en el reino del alma humana. Todo hombre tiene en sí la potencia embrionaria que puede convertirlo en un Shakespeare, un Washington, un Goethe, un Voltaire, un Gautama o un Jesús de Nazareth.

Tiene también los gérmenes de un Nerón, una Mesalina o un Torquemada. Cada germen puede desarrollarse, tomar forma y hallar por fin su expresión y reflejo en el cuerpo externo, en cuanto lo permita la lentitud con que se plasman los densos átomos materiales, pues cada índole tiene su forma peculiar y cada forma su índole característica.

El microcosmos humano es un jardín donde medran toda especie de plantas. Unas son ponzoñosas; otras saludables. Al hombre le corresponde resolver qué plantas ha de cultivar para convertirlas en árbol vivo.

La obra de espiritualización no necesita que el hombre sea misántropo ni que se retire a un yermo para alimentarse allí con los productos de su morbosa imaginación.

La lucha motivada por las mínimas molestias de la vida cotidiana es la mejor escuela en donde ejerciten la voluntad quienes no hayan subyugado todavía el yo inferior. “Renunciar a las vanidades del mundo” no significa el desprecio de los adelantos materiales ni desdeñar el estudio de las matemáticas y de la lógica ni no tomarse interés por el bienestar de la humanidad ni eludir los deberes de la vida ni desatender el cuidado de la familia. Semejante conducta sería enteramente inversa al propósito, pues acrecentaría el amor al yo y encerraría al alma en un foco insignificante en vez de dilatarla por el mundo. “Renunciar a sí mismo” significa trascender el sentimiento de la personalidad y libertarse del amor a las cosas que la personalidad apetece. Significa “vivir en el mundo” pero no “según el mundo”; substituir el amor personal por el universal y considerar los intereses colectivos muy superiores a los individuales. A la renunciación del yo sigue necesariamente el desarrollo espiritual. A medida que nos olvidamos de nuestra personalidad concedemos menos importancia a lo personal y nos miramos, no ya como entidades permanentes e inmutables, aisladas entre otras también aisladas entidades y separados de ellas por impenetrables corazas, sino que nos consideramos como manifestaciones del infinito poder que abarca el universo, enfocado en los cuerpos que temporáneamente habita, en los que de continuo fluye y de los que sin cesar emanan los rayos de una infinita esfera de luz cuyo centro está en todas partes y cuya superficie no está en ninguna.

En el reconocimiento y realización de esta verdad se funda la única Ley verdadera, la *Religión del universal amor de Dios en todos los seres*. Mientras el hombre sólo atiende a su yo inferior y a él convierte sus pensamientos y acciones, necesariamente ha de estrecharse su esfera mental. Todas las sectas religiosas populares se fundan en consideraciones egoístas y todos sus creyentes anhelan beneficios espirituales, cuando no materiales, para sí mismos. Todos desean que otro los salve; pero anteponen la salvación propia a la del prójimo. La verdadera religión del amor universal no conoce el yo inferior.

Aún el levantado y loable anhelo de ir al cielo o de entrar en el nirvana es al fin y al cabo un anhelo egoísta, y mientras el hombre tenga deseos egoístas, su mente sólo percibirá la personalidad; y cuando deseche su limitado y engañoso yo, será su Dios interno tan ilimitado y omnipotente como el Espíritu de sabiduría. Quien anhele conocimiento ilimitado debe trascender toda limitación.

Mirada desde esta altura, la personalidad resulta sumamente insignificante y de mínima importancia. El hombre parece entonces la centralización de una idea y pueblos e individuos son como vivientes granos de arena en la playa de un océano infinito. Fortuna, fama, amor, riquezas, son burbujas de jabón que el alma no vacila en desechar como frívolos juguetes infantiles. Ni siquiera merece tal renunciación el nombre de sacrificio, así como los niños ya crecidos no sacrifican sus juguetes, sino que los abandonan porque ya no los necesitan, y a medida que se dilata su mente ansían algo de mayor utilidad. De la propia suerte, cuando se explaya el alma humana, todo su ambiente y aún el mismo planeta en que vive le parecen pequeños, como un paisaje visto desde muy lejos o desde la cima de una altísima montaña, al paso que se agiganta su concepto del infinito. Esta expansión de nuestra existencia “nos subtrae de la patria y del hogar”⁴ para constituirnos en ciudadanos del universo, y desvanece el afecto ilusorio que sentimos por las mortales y perecederas formas de nuestros parientes y amigos, para unirnos sempiternamente con sus verdaderas individualidades, como nuestros inmortales hermanos. Esta expansión de nuestra existencia nos eleva desde las estrechas lindes de la ilusión al ilimitado reino del ideal, y libertando al hombre de su deleznable cárcel de arcilla, lo conduce a la sublime y esplendorosa libertad de la vida universal y eterna.

Toda forma de vida, sin exceptuar la humana, no es más que un foco en que se concentran las energías del universal principio de vida; y cuanto más concentradas están y más apegadas a la forma, tanto menos capaces son de manifestar su actividad, de crecer y explayarse. El hombre que emplea sus facultades en propósitos egoístas, las contrae a sí mismo, y en el grado en que las contrae pone mayores limitaciones a su mente y se hace más insignificante, de modo que, según pierde de vista el conjunto, se aparta el conjunto de él. Si, por el contrario, el hombre vive en continuo ensueño y dirige sus fuerzas a la región de lo desconocido, diseminándolas por el espacio sin haber vigorizado la mente, sus pensamientos vagarán como sombras por el reino del infinito, para perderse estérilmente. Ni el ególatra positivista ni el soñador visionario e idealista alcanzan la verdad. El desenvolvimiento armónico requiere la correspondiente acumulación de energía.

Hay quienes tienen mucha intelectualidad y poca espiritualidad. Otros mucha espiritualidad y poca intelectualidad. Los elegidos son aquellos en quienes la energía intelectual está apoyada por la fortaleza espiritual.

Para ser prácticos hemos de comprender primero por la observación y las enseñanzas recibidas lo que debemos practicar. La comprensión resulta de la asimilación y el desenvolvimiento y en modo alguno de la memoria. La verdad es el alimento del alma. Es como el despertar a un estado en que tenemos conciencia de la naturaleza de las cosas que vienen a formar parte de nuestro ser. Si un viajero llega por la noche a un país extraño, difícilmente sabrá donde se encuentra al despertar por la mañana después del sueño, pues como tal vez haya estado pensando en su hogar y en quienes en él dejó, sólo echará de ver el sitio donde se halle cuando abra los ojos y despierte a la plena conciencia de su nuevo y extraño alrededor. De la propia suerte es preciso que desaparezcan los viejos errores antes de conocer las nuevas verdades. El hombre no empieza a existir como ser espiritualmente consciente, hasta que empieza a experimentar la vida espiritual.

⁴ Bulwer-Lytton – *Zanoni*.

El logro de la espiritualidad requiere que vayan par a par la salud del cuerpo, el desenvolvimiento de la mente y la actividad del espíritu. A la intuición ha de acompañar una inteligencia inegoísta, y la mente sana ha de estar sostenida por un cuerpo sano. Para realizar esto no sirven las enseñanzas científicas que tan sólo tratan de efectos ilusorios ni las creencias religiosas basadas en quimeras, sino que únicamente puede enseñarlo la Teosofía, la secular *Religión de la Sabiduría*, fundada en la Verdad y cuya aplicación práctica es el supremo objeto de la existencia humana.

La religión de Sabiduría fue y aún es hoy la herencia de los santos, profetas, videntes e iluminados de todas las naciones, independientemente de su externa confesión religiosa. Los sacerdotes indos, egipcios y judíos enseñaron antiguamente la religión de Sabiduría en las criptas de los templos; la predicaron Gautama el Buda y Jesús de Nazareth; fue la enjundia de los misterios eleusinos y báquicos de los griegos; y en ella se funda la verdadera religión del Cristo eterno. Es la religión de la humanidad que prescinde de opiniones y fórmulas. Ahora como en la antigüedad los que se erigen en maestros de hombres tergiversan y adulteran las verdades de la religión de Sabiduría. Los fariseos y saduceos del *Nuevo Testamento* fueron los antetipos de los modernos clérigos y científicos. Ahora como entonces el espíritu ha dejado vacía la forma, ahuyentado por los que aprenden la letra y desconocen el espíritu. La religión de Sabiduría será siempre una *ciencia secreta* para los idólatras adoradores de la forma, aunque la oyeran predicar desde las azoteas y en medio de la plaza pública. Así como el codicioso de dinero, absorto en los intereses materiales, no es capaz de sentir las bellezas naturales por muchas que le rodeen, de la propia suerte el razonador especulativo andará tras un signo sin advertir los signos que de continuo le rodean. El corazón de la humanidad es el sepulcro del que ha de resucitar el Salvador. Si el Dios latente en la humanidad despierta a la plena conciencia de su divinidad, aparecerá como un sol que derrame su luz sobre mejores y más dichosas generaciones.⁵

Pocos negarán el mágico poder de la benevolencia, y si se admite la existencia de la *magia blanca* o benévola, no es en modo alguno improbable la existencia de la *magia negra* o malévola.

No es el *hombre* quien ejerce buenos o malos poderes mágicos, sino que el interno espíritu obra bien o mal mediante el organismo humano. Considerado como Causa suprema, es Dios el bien o el mal, según su actuación; porque si en Dios no se sintetizaran igualmente el bien y el mal dejaría de ser universal. Dios obra bien o mal según la modalidad de su actuación, de la propia suerte que el sol es bueno cuando en primavera descuaaja las nieves y estimula el brote de yerbas y flores de la obscura tierra, y es malo cuando resuella la piel del viajero en el África tropical o nos mata de un tabardillo. Dios determina el saludable crecimiento de un miembro y el morbosos crecimiento de un cáncer por el poder de su inteligente naturaleza material, que no actúa por capricho sino de conformidad con la ley.

La Sabiduría divina no se manifiesta en lo que no es divino o espiritual. La conciencia no puede revelarse en un cuerpo inconsciente. Tan sólo cuando el espíritu del hombre despierta a la conciencia y al conocimiento es capaz el hombre de dirigir sus fuerzas espirituales y aplicarlas al bien o al mal.

⁵ Véase *Bhagavad Gitâ* XI.

Quien haya educido conscientemente sus fuerzas espirituales puede emplearlas en el bien o en el mal. Sabemos que hay hombres muy inteligentes que empeñan su talento en malvados propósitos. Vemos quienes se valen de la vanidad, la codicia, el egoísmo o la ambición de los demás para subordinarlos a sus intentos. Les vemos cometer crímenes e instigar a la guerra con fines egoístas para lograr los objetos de su ambición. Pero todo esto se relaciona más o menos con la lucha por la existencia y no entra de lleno en la esfera de la magia negra, pues generalmente el móvil de dichas acciones no es el amor al mal en absoluto, sino la apetencia de beneficios personales. Los verdaderos magos negros practican el mal por el mal mismo y dañan a los demás sin que del daño inferido esperen recibir beneficio personal alguno.

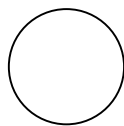
A este linaje pertenecen los habituales maldicientes, calumniadores, difamadores y seductores que se gozan en levantar enemistades en el seno de las familias, entorpecen el progreso y fomentan la ignorancia, por lo que se les ha dado el merecido nombre de *Hijos de las Tinieblas*, mientras que a quienes practican el bien por amor al bien se les ha llamado *Hijos de la Luz*.

La lucha entre la Luz y las Tinieblas es tan antigua como el mundo, pues no puede manifestarse la luz sin las tinieblas ni hay mal sin bien. El bien y el mal son la luz y la sombra del único y eterno principio de vida, y cada uno de ellos es necesario para que se manifieste el opuesto. Existe el bien absoluto; pero nosotros no podemos conocer el bien si no conocemos la presencia del mal. El mal absoluto no existe, pues está refrenado por el poder del bien. Contra un alma en que no existiese el bien prevalecería la más leve cólera, y las fuerzas constituyentes de semejante entidad se aniquilarían unas a otras. El redentor del hombre es su poder para el bien. Este poder atrae a él todo lo bueno, y cuando la suprema fuente de todo poder de la cual emanó en un principio la vida, resuma al fin en sí misma esta actividad, se desvanecerán las potestades tenebrosas, y los Hijos de la Luz quedarán identificados con su propio origen.

Tal es la ley de evolución: que lo inferior ha de transmutarse en lo superior; y esto sólo puede cumplirse en virtud de la potencia suprema latente en la forma que del exterior recibe el impulso.

El alma requiere alimento lo mismo que la forma física, y el alimento del alma desciende de lo alto como la lluvia, al paso que la baja tierra suministra las condiciones de asimilación.

Tal es la ley del espíritu en el mundo de la naturaleza: que toda forma se ha de alzar hasta el espíritu, mientras la materia ofrece las etapas de ascensión. Este desenvolvimiento y realce se efectúa en el grado en que el hombre despierta su conciencia divina y le infunde el sentimiento de su divina naturaleza que ha de conducirlo al conocimiento de Dios.



CAPITULO I

EL IDEAL

DIOS ES ESPÍRITU Y QUIENES
LE ADOREN HAN DE ADORARLE
EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

S. JUAN IV-24

La perfección es el supremo deseo que un hombre puede acariciar y el mayor derecho que puede reivindicar. Conocerlo y amarlo todo, de suerte que todo le conozca y ame, poseer y dominar todo cuanto existe; tal es la condición que hasta cierto punto cabe colegir intuitivamente, pero cuya posibilidad está más allá del alcance de la inteligencia de los mortales. Un anticipo de tan felicísima condición puede experimentar quien, siquiera brevemente, goce de completa felicidad. El que no está oprimido por la tristeza ni excitado por deseos egoístas y tiene conciencia de su fuerza y albedrío, puede considerarse dueño de mundos y el rey de la creación; porque en tales momentos él es su gobernante en lo que a él se refiere, aunque los vasallos no se percaten de su existencia.

Pero cuando despierta de su sueño y mira al mundo exterior por las ventanas de sus sentidos y empieza a razonar sobre lo que le rodea, se le desvanece la ilusión y se ve hijo de la tierra, forma mortal atada con multitud de cadenas a un manchón de polvo en el universo, a una pelotilla de materia llamada planeta que flota en la infinitud del espacio. El mundo ideal que un momento antes se le representaba como gloriosa realidad, le parece ahora la inconsistente fábrica de un sueño en que nada hay real, y la existencia física con todas sus imperfecciones es para él la única e incontrovertible realidad y sus más caras ilusiones lo único digno de su atención. Se ve rodeado de formas materiales y le parece descubrir de entre estas formas las correspondientes a su ideal supremo.

El más vehemente deseo del hombre es lograr en toda su plenitud lo que considera como su más alto ideal. Un hombre sin ideal es inconcebible. Ser consciente equivale a reconocer la existencia de algún ideal, pues sin ideal perecería el mundo. El hombre sin anhelo por algún ideal sería inútil en la economía de la naturaleza, porque quien tiene satisfechos todos sus anhelos, no necesita vivir más, ya que de nada le serviría la vida. Todos estamos ligados a nuestro ideal; el que lo tiene perecedero debe morir cuando su ideal perezca; el que lo tiene imperecedero debe alcanzar la inmortalidad para lograrlo.

El supremo ideal de todo hombre ha de ser su Yo superior. El yo inferior, cuya expresión es la forma física, no constituye el hombre completo. Podemos considerar al hombre como un invisible poder o rayo que desde el Sol espiritual se extiende hasta la tierra, pero del que sólo es visible el extremo inferior en donde fecunda un organismo material por cuyo medio el rayo invisible entresaca fuerza de la baja tierra. Si toda la

vida y la fuerza mental desarrolladas por el contacto con la materia se gastan en el plano material, nada ganará con ello el Yo superior, como le sucedería a una planta que sólo desarrollase su raíz. Cuando la muerte rompe la comunicación entre lo superior y lo inferior, perece el yo inferior y el rayo sigue siendo lo que era antes de fecundar a un morador del mundo material.

En dos mundos vive el hombre: en su mundo interior y en el mundo exterior. Cada uno de estos mundos tiene sus peculiares condiciones, y el mundo en que vive es para él la única realidad mientras en él vive. Cuando durante el profundo sueño o en momentos de perfecta abstracción se retrae el hombre a su mundo interior, se desvanecen las formas percibidas en el mundo exterior; pero cuando despierta en el mundo exterior olvida las impresiones recibidas en su interno estado o a lo sumo dejan éstas sus indecisas sombras en el cielo. Tan sólo puede vivir simultáneamente en ambos mundos quien logra entrefundir armónicamente en uno de sus dos mundos interior y exterior.

Lo que llamamos real corresponde rara vez a lo ideal, y a menudo ocurre que después de varios fracasos en el intento de realizar sus ideales en el mundo exterior, se retrae disgustado el hombre a su mundo interior y da de mano a todo nuevo intento; pero si logra su ideal, se siente feliz por algún tiempo y nada más existe para él, pues el mundo exterior está identificado entonces con su mundo interior, su conciencia se absorbe en el goce de ambos mundos y, sin embargo, sigue siendo hombre.

Artistas y poetas están familiarizados con esta situación. El inventor que ve aceptado su invento, el soldado que vuelve victorioso de la guerra, el amante unido con el objeto de su amor olvidan su propia personalidad y se arroban en la contemplación de su ideal.

El santo que en éxtasis ve ante él al Redentor, se anega en un océano de arrobamiento y su conciencia se enfoca en el ideal que forjó en su propia mente, pero tan real para él como una forma de carne viva. La Julieta de Shakespeare ve realizado su ideal terreno en la juvenil forma de Romeo. Unida a él pierde Julieta la noción del tiempo, no se da cuenta de que acaba la noche y confunde con el del ruiseñor el canto de la alondra que anuncia el alba. La felicidad no mide el tiempo ni conoce el peligro. Como el ideal de Julieta es terreno, perece, y perdido su ideal ha de morir Julieta; pero los inmortales ideales de ambos amantes se identifican en uno cuando por la puerta de la muerte corporal entran en el reino de la inmortalidad.

Así como el sol apuntó demasiado pronto para Julieta, así se desvanecen los fugaces ideales realizados en el mundo externo. El ideal realizado deja de ser ideal. Mueren las formas etéreas del mundo interior cuando la ruda mano de los mortales las plasma en materia. La naturaleza mortal del hombre ha de morir antes de alcanzar su imperecedero ideal.

Pueden morir los bajos ideales; pero su muerte da existencia a otros semejantes. De la sangre de un vampiro muerto brotan un enjambre de vampiros. Un egoísta deseo satisfecho cede su lugar a otros análogos; una pasión consumida es reemplazada por otra de su misma índole; un apetito sensual calmado despierta otros de parecido linaje. La felicidad terrena dura muy poco y suele acabar en desdicha; tan sólo es inmortal el amor de lo inmortal. Los bienes materiales perecen, porque toda forma es transitoria y ha de morir. Las prendas intelectuales se desvanecen, porque sujetos a mudanza están

los frutos de la imaginación, las teorías y opiniones. Varían los deseos y las pasiones y se marchitan los recuerdos.

Quien se adhiere a viejas memorias se adhiere a cosas muertas. El niño se hace hombre, el hombre se hace viejo y el viejo vuelve a ser niño. Los juegos infantiles ceden sitio a los goces intelectuales, y cuando éstos han dado su provecho se nos muestran tan inútiles como aquellos, porque únicamente las realidades espirituales son verdaderas y perdurables.

En el siempre revuelto caleidoscopio de la naturaleza mudan incesantemente de aspecto las formas ilusorias.

Lo que un siglo escarneció por supersticioso lo acepta el siguiente como fundamento científico, y lo que parece hoy sabiduría tal vez se menosprecie mañana por absurdo. Sólo es permanente la verdad.

Pero ¿en dónde hallará el hombre la verdad? Si profundiza lo suficiente en sí mismo, allí se le revelará, pues todo hombre es capaz de conocer su propio corazón. Puede dirigir un rayo de la luz de la inteligencia a las profundidades de su alma para escudriñar su fondo y ver que es tan infinitamente profundo como el cielo que se extiende sobre su cabeza. Puede hallar perlas y corales o también monstruos abismales. Si su pensamiento se mantiene firme y fijo entrará en el íntimo santuario de su templo y verá la invelada diosa. No todos pueden llegar a tales profundidades, porque con facilidad se desvía el pensamiento; pero quien vigorosa y perseverantemente indague, descorrerá velo tras velo hasta que en el intérrimo centro descubra el germen de la verdad, que conscientemente despertado crecerá en él hasta convertirse en sol que ilumine su mundo interior.

Esta meditación y realce de pensamiento en el intérrimo centro del alma es la única *plegaria* verdadera. La adulación de una forma externa viva o muerta, objetiva o subjetivamente imaginaria, no sirve más que de engaño. Muy fácil es asistir a las ceremonias del culto externo; pero la verdadera adoración al Dios vivo requiere un gran esfuerzo de voluntad y mucho vigor de pensamiento, pues consiste en el ejercicio del espiritual poder recibido de Dios. En nuestro interior se ruega Dios a sí mismo. Nuestra tarea está en guardar continuamente la puerta del sagrado recinto para que no entren en la mente siniestros pensamientos perturbadores de su tranquilidad, pues si los reflejos del pasado no enturbian sus aguas veremos centellear en el fondo la imagen de la eterna verdad. Conocer la verdad en toda su plenitud es alcanzar la vida inmortal; perder la facultad de conocer la verdad equivale a morir. En quien todavía no ha despertado a la vida espiritual, la voz de la verdad es la “callada y quieta voz” que el alma escucha resonar en el corazón, como entre sueños escuchamos el tintineo de lejanas campanillas⁶; pero en quienes ya son conscientes de la vida y han recibido el bautismo de la primera iniciación, administrado por el espíritu de Dios, no tiene ciertamente son la voz oída por el renacido ego, sino que se convierte en la poderosa *Palabra* del Maestro. La despertada verdad es consciente de sí misma y a sí misma basta, pues sabe que existe. Supera a todas las teorías y a todos los credos y aventaja en alteza a la ciencia, sin que necesite corroboración de “autoridades reconocidas” ni tenga en cuenta las opiniones ajenas ni pueda haber apelación contra sus decisiones. No conoce la duda

⁶ Véase Blavatsky: *La voz del silencio*.

ni el temor, sino que descansa en la calma de su majestad suprema. No se muda ni altera; siempre fue y es la misma, percíbala o no el hombre mortal. Puede compararse la verdad a la luz del sol que no deja de iluminar a la tierra aunque el hombre se sustraiga a sus rayos.

Podemos cerrar los ojos a la verdad sin que por ello la verdad varíe. Ilumina las mentes de quienes han despertado a la vida inmortal. Un aposento reducido necesita poca luz y un vasto aposento necesita mucha luz para su alumbrado; y sin embargo, en uno y otro brilla la luz igualmente clara. De la propia suerte, la luz de la verdad brilla en el corazón de los iluminados con la misma claridad, pero con distinta potencia según su individual capacidad.

Sería enteramente inútil el intento de describir esta iluminación interior, pues para nosotros sólo existe aquello que con nosotros se relaciona y no existe lo que no conocemos. Al ciego no es posible demostrarle la existencia de la luz ni tampoco cabe dar prueba alguna de conocimiento trascendental a los incapaces de trascender el reino de las externas apariencias.

Nada hay superior a la verdad; y por lo tanto, la adquisición de la verdad debe ser el supremo ideal del hombre. El supremo ideal en el universo debe ser un ideal universal.

La constitución humana obedece a una ley universal y el supremo ideal ha de ser el mismo para todos y asequible a todos, por lo que todos han de esforzarse unidamente en su logro. Mientras el alma humana no eche de ver el supremo ideal del universo, considerará como su más elevado ideal el mayor que sea capaz de reconocer; pero en tanto haya otro que le supere, se verá inconstantemente atraído por él, a no ser que con obstinada persistencia repugne su atracción.

Tan sólo el logro del supremo ideal en el universo puede darnos eterna y permanente felicidad, porque una vez logrado, nada nos cabrá ya desear. Mientras haya un ideal más elevado para el hombre, sentirá la aspiración de lograrlo, y una vez logrado el superior, cesa toda atracción, se identifica con él y nada más le es posible desear. Debe haber un estado de perfección que todos podemos alcanzar y más allá del cual no quepa progreso alguno hasta que el universo en conjunto progrese más allá de él. Todo hombre tiene el mismo derecho a lograr lo superior; pero no todos tenemos desarrollada la misma potencia, y así algunos lo alcanzan pronto, otros se arrastran por el camino y la mayoría tal vez caen y han de empezar de nuevo al pie mismo de la escala. Toda bellota que del roble se desprende madura tiene la inherente potencia de convertirse en roble aunque no todas hallan las mismas condiciones de medro. Algunas germinan, otras crecen hasta ser árboles; pero la mayoría se pudren y con su descomposición proporcionan materia a nuevas formas.

El hombre mortal no conoce la plenitud de la verdad suprema. Quienes alcanzaron el estado de perfecta conciencia de la verdad infinita no están presos en una forma ilimitada, sino que pertenecen a una hueste arrúpica, pues no podrían identificarse con el universal principio si estuvieran atados con las cadenas de la personalidad. Un alma explayada hasta el punto de no caber ya en la cárcel de carne, no necesitará más de esta cárcel. La carne y la sangre sólo sirven para guarecer al espíritu en la infancia de su evolución hasta que llegue a la plenitud de su poder. Los “vestidos de piel”⁷ fueron

⁷ Génesis III, 2-1.

necesarios para proteger al espíritu contra las destructoras influencias elementarias de la maligna esfera, mientras no pueda sobreponerse al mal. Una vez conocido el mal y logrado el poder de subyugarlo y habiendo por el reconocimiento de la verdad “comido del árbol de vida y alcanzado substancialidad”⁸ ya es capaz de protegerse por su propio poder y no necesita más vestiduras de carne.

El hombre imperfectamente evolucionado, a no ser que haya caído en la abyección, presiente intuitivamente la verdad, aunque no la conozca por percepción directa. Los positivistas, que tan sólo razonan movidos por las percepciones sensorias, están distanciadísimos del reconocimiento de la verdad, porque confunden con lo real las ilusiones producidas por sus sentidos y repugnan las revelaciones de su propio espíritu. El filósofo incapaz de ver la verdad, intenta alcanzarla con apoyo de la lógica y puede acercarse más o menos a ella. Pero aquel en quien la verdad es plenamente consciente conoce la verdad porque se ha identificado con ella. Tal estado es incomprensible para la mayoría de los hombres, así sean científicos y filósofos como ignorantes; y sin embargo, hubo y hay hombres que lo alcanzaron. Son los verdaderos teósofos, pues no es teósofo todo el que estudia teosofía, como no todos los cristianos son *Cristos*. Pero un verdadero teósofo y un verdadero cristiano se equivalen mutuamente, porque ambos son formas humanas en que se manifiesta la universal alma espiritual, el Cristo, a la luz de la Sabiduría divina.

Las denominaciones de *cristiano* y *teósofo*, como muchas análogas, han perdido casi del todo su verdadero significado. Hoy día se llama cristiano al que está inscrito en el registro bautismal de alguna Iglesia cristiana y practica las ceremonias prescritas por su respectiva confesión religiosa, mientras que al teósofo se le tiene por soñador y visionario.

Pero un verdadero *cristiano* es algo por completo diferente del que lo es sólo en apariencia. Los primeros cristianos formaban una sociedad secreta, una escuela de ocultistas, que adoptaron ciertos símbolos y signos para representar las verdades espirituales y comunicarse unos con otros.

Un verdadero *teósofo* no es un soñador, sino un hombre excelentemente práctico cuya pureza de vida le faculta para percibir verdades más elevadas que las percibidas por la generalidad de las gentes, y comprende cuanto ve porque tiene espiritual poder alcanzado por virtud de más de una vida de abnegación en sucesivas encarnaciones.

Como quiera que la verdad fundamental de la vida sólo es una, los hombres de todos los países en quienes la verdad ha llegado a ser consciente, tienen la misma percepción. Esto explica por qué son idénticas las revelaciones de los sabios que alcanzaron el mismo grado de poder. Las verdades reveladas por Jacobo Boehme, Eckhart o Paracelso, en Alemania, son esencialmente las mismas que las reveladas por los adeptos tibetanos, con la sola diferencia de sus términos y modos de expresión. Un verdadero santo cristiano de Inglaterra o Francia dirá lo mismo que un brahmin de la India o un sabio piel roja de América, porque los tres, en igual estado de clarividencia, verán exactamente lo mismo. La verdad está visible para todos los que sean capaces de percibirla; pero cada uno describirá lo que vea según su modo de pensar y en su propia manera de expresión. Si, como creen los ignorantes, las visiones de los santos, lamas, sanyásis y derviches fueran alucinaciones y fantasías, no habría dos de aquellos que,

⁸ Génesis III, 2-2.

sin saber nada uno de otro, tuviesen la misma visión. Un árbol siempre es un árbol para los capaces de verlo; y si tienen la vista clara, ninguna opinión preconcebida puede transmutarlo en una ostra. Una verdad se percibe como tal verdad por cuantos sean capaces de percibirla, y ningún prejuicio podrá alterarla o variarla en mentira. Conocer la verdad entera es conocer todo cuanto existe; amar la verdad sobre todas las cosas es unirse con todas las cosas; expresar la verdad en su plenitud es tener poder universal; estar unido con la verdad inmortal es ser inmortal.

La percepción de la verdad depende del sosiego del ánimo. Mientras el ánimo no despierte al reconocimiento de la verdad, sólo podrá soñar en ella como en algo existente en otro mundo. El sonido de la voz de la verdad no puede penetrar a través del ruido causado por las tormentas del corazón; su luz no puede rasgar las nubes de las falsas teorías ni el humo de las opiniones aposentadas en el cerebro. Para comprender esta voz y mirar esta luz claramente y sin mezcla extraña, el corazón y el cerebro deben estar en sosiego. Para percibir la verdad, deben hermanarse la pureza de corazón y el dominio propio, y por esto se nos enseña que los hombres han de volverse tan ingenuos como niños y tan fuertes como leones, antes de entrar en la esfera de la verdad. El corazón y el cerebro unidos son *Uno*; pero en oposición, forman el absurdo *Dos* que produce ilusiones.

El maniático emocional sólo se guía por el corazón; el indiscreto intelectual sólo escucha los dictámenes del cerebro; vive en su cabeza y desconoce el corazón. Pero ni la turbulencia de las emociones ni el fanatismo intelectual descubren la verdad; sólo en “la calma que sigue a la tormenta”⁹, cuando se restablece la armonía, queda demostrada la verdad. El que sólo sigue los dictados de las emociones, se asemeja a quien al subir a una montaña siente el vértigo y perdiendo la serenidad cae en un precipicio. Quien se guía por las percepciones de los sentidos que influyen en su intelecto, se pierde fácilmente en la vertiginosa agitación de multiformes ilusiones. Se asemeja al que en una isla del Océano, examinara una gota de agua del mar, sin reconocer la existencia del Océano, del cual la ha tomado. Pero si el corazón y el cerebro conciertan con las divinas armonías del reino invisible de la naturaleza, entonces la verdad se revelará al hombre, y verá su propia imagen reflejada en el supremo ideal.

Algunos se jactan de que les domine la inteligencia y otros de que les gobiernen las emociones; pero el hombre *libre* no se somete al dominio de una ni de otras, sino que es el gobernante de su corazón y de su mente. Por el poder del bien que en él reside, domina las operaciones intelectuales del cerebro, no menos que las emociones del corazón. El corazón y el cerebro no son el verdadero hombre. Son los instrumentos que nos ha prestado el Creador. No deben gobernarnos, sino que los debemos gobernar, usándolos según los dictados de la sabiduría. El hombre materialmente enterrado en su crisálida de barro, sólo puede sentir y no ver los espirituales rayos dimanantes de la esfera de la infinita verdad; pero si acalla sus emociones quedará en sosiego, y si regula su inteligencia no caerá en engaño y será capaz de dilatar sus sentimientos hasta el reino del espíritu. Su corazón debe servirle de piedra de toque para examinar las conclusiones del cerebro al tratar de lo invisible, y debe emplear el cerebro como balanza en que pesar las decisiones del corazón; pero cuando la luz de la divina sabiduría venga en su ayuda no habrá más discrepancia entre el cerebro y el corazón, y las percepciones del uno armonizarán con las aspiraciones del otro, porque ambos estarán unidos en la luz.

⁹ Mabel Collins: *Luz en el Sendero*.

Por lo general, el hombre se guía por la inteligencia y la mujer por las emociones; el hombre representa la inteligencia y la mujer la voluntad. Le ha sido necesario al hombre razonar sobre las apariencias externas, a consecuencia de su organización material, que como una cáscara encierra su alma; pero si el hombre interno, el verdadero espíritu latente en todo corazón despierta a la vida, irradia una luz que penetra en la materia e ilumina la mente. Si despierta el germen de divinidad oculto en el centro de nuestro ser, emite una luz espiritual que alcanza desde el hombre hasta las estrellas y hasta los más distantes límites del espacio; y con ayuda de esta divina luz escruta y esclarece la mente los más profundos misterios del Universo. Quienes reconocen la verdad por percepción directa, no necesitan estudiar libros, pues toda región visible o invisible está abierta ante ellos, como abiertas páginas de la historia del mundo. Conocen todas las manifestaciones de vida, porque se hallan en unidad con el manantial de vida de que dimanar las formas. No tienen necesidad de estudios literarios porque la *Palabra* en sí misma vive en ellos. Son los instrumentos con que la sabiduría eterna se revela a los sepultados en la materia; pero no es que el Maestro revele la verdad, sino que la verdad se revela a él. Estos son los verdaderos *iluminados*, *teósofos*, *salvadores*, *adeptos*, *rosacruces*, y *mahatmas*; no los presuntuosos que aparentan lo que en realidad no son.

¡Cuán lastimosa ha de parecer a los iluminados la lucha de opiniones exacerbada entre quienes la humanidad diputa por guardianes del conocimiento y de la sabiduría! ¡Cuán insignificantes parecen aquellas luces ante el sol de la verdad! Lo que al ignorante le parece luz, es para el iluminado tinieblas y humo; y la sabiduría mundana es locura¹⁰ a los ojos de la verdad. La ostra en su concha puede creerse en el pináculo de la perfección sin presentir existencia superior a la de que goza en el fondo del Océano. Así el científico orgulloso de su saber se llena de vanidad sin echar de ver cuán poco sabe. Muchos científicos modernos olvidan que los más importantes inventos no se deben a guardianes profesionales de la ciencia, sino a hombres de clara percepción a quienes miraron con desprecio. Han de recordar que muchos inventos útiles prevalecieron a pesar de la oposición de los profesionales. Acaso desagrade la evocación de recuerdos ingratos, pero no podemos olvidar que los inventores del ferrocarril, del buque de vapor y del telégrafo, fueron ridiculizados por los científicos, que se rieron de la creencia en la redondez de la tierra; que algunos de los presumidos guardianes de la *verdad*, se distinguieron con frecuencia por su equivocada interpretación de las leyes de la naturaleza y por su enemiga a la verdad cuando contrariaba sus prejuicios.

Muchos descubrimientos útiles se debieron al poder de la intuición; otros fueron llevados a cabo por razonadores no intuitivos y sus resultados son todavía una maldición para el género humano. Durante siglos, las profesiones científicas prosperaron a costa del sufrimiento humano, y muchos de sus secuaces, confundiendo lo inferior con lo superior, prostituyeron su erudición. El temor de un ilusorio diablo externo al hombre, sirvió para llenar la bolsa de brahmines y sacerdotes, mientras que iban creciendo los verdaderos diablos internos residentes en la naturaleza pasional del hombre. Durante siglos, muchos de los titulados ministros de Dios adoraron únicamente al becerro de oro de su naturaleza animal, alimentando a sus prosélitos con falsas esperanzas de inmortalidad y especulando con las egoístas inclinaciones del hombre. Aquellos de quienes la humanidad espera protección contra los males del cuerpo, y por lo tanto deberían comprender más que nadie la constitución humana, hacen, por lo

¹⁰ San Pablo I – Corintios III 19.

general, experimentos en la forma física para buscar la causa de la enfermedad, ignorando que la forma es expresión de la vida, el producto del alma, y que los efectos exteriores no pueden cambiar sin cambiar primero las causas internas. Muchos de ellos repugnan creer en el alma y buscan la causa de la enfermedad en su expresión exterior, donde no existe. Las enfermedades son resultados necesarios de la desobediencia a las leyes de la naturaleza; son consecuencia de "pecados" que no se pueden perdonar, sino que han de redimirse por virtud de nuevas acciones en armonía con las leyes naturales. En vano recurrirán los ignorantes a la asistencia de los guardianes de la salud para defraudar lo que deben a la naturaleza. Los médicos pueden restablecer la salud si restauran la supremacía de la ley; pero mientras sólo conozcan una parte infinitesimal de la ley, sólo podrán curar una parte infinitesimal de las enfermedades que afligen a la humanidad. Con frecuencia suprimen la manifestación de una enfermedad, provocando otra peor todavía. En vano buscaran los investigadores las causas de las epidemias en los lugares donde se propagan y no se originan. El alma del mundo en que residen dichas causas no puede verse con microscopio; sólo puede reconocerla el hombre capaz de percibir la verdad.

El verdadero concepto de la naturaleza humana nos llevará a comprender que, siendo el hombre microcosmos, imagen, reflejo y símbolo del macrocosmos, la naturaleza ha de tener la misma *organización* que el hombre, aunque no la misma *forma* externa. Como quiera que tiene los mismos órganos con iguales funciones regidas por las mismas leyes, el organismo de la Naturaleza está expuesto a enfermedades análogas a las del organismo humano. La Naturaleza tiene sus hinchazones hidrópicas, sus sacudidas nerviosas, sus afecciones paralíticas, por las cuales se despueblan los países civilizados, sus inflamaciones, sus contracciones reumáticas, sus períodos de calor y de frío, sus erupciones y terremotos. Si los médicos conocieran la naturaleza humana, conocerían también la organización de la Naturaleza en conjunto y sabrían más respecto al origen de las epidemias que hoy sólo conocen por sus efectos externos.

¿Qué sabe la medicina moderna de la constitución del hombre, cuya vida y salud se confían a los conocimientos médicos? Conoce la forma del cuerpo, la disposición de los músculos, huesos y órganos en general, cuyas partes constitutivas designa con nombres que inventó para distinguirlas. Como carece de percepciones superiores a los sentidos, no reconoce el alma humana, sino que cree que el cuerpo es el hombre esencial. Si no estuviera ciega, vería que este cuerpo visible no es más que la envoltura del "inmaterial", y sin embargo, substancial y verdadero hombre cuya alma-esencia irradia en el espacio y cuyo espíritu sin límites no está encerrado en el cuerpo, sino que más bien el cuerpo está en la esfera del espíritu. Reconocería que en el principio vital residen la sensación, la percepción, la conciencia y todas las causas que producen el crecimiento de la forma. Perturbados por su fatal error, se empeñan en curar lo que no está enfermo, mientras que desconocen al verdadero paciente. En estas circunstancias, no es extraño que los más insignes médicos de nuestra época opinen que nuestros actuales métodos terapéuticos son más bien maldición que bendición para la humanidad, y que las drogas y medicinas resulten perjudiciales, porque continuamente se aplican con desacierto. Así lo han declarado frecuentemente médicos ilustres.

El médico ideal del porvenir conocerá la verdadera constitución humana y no le engañarán las apariencias externas ilusorias, porque sus desarrollados poderes internos de percepción le facilitarán examinar las causas ocultas de todo efecto exterior. Las

adquisiciones de la ciencia materialista no le servirán de guías, sino de auxiliares. Su guía será su conocimiento y no una teoría, y su conocimiento le dará poder.

Si los estudiantes de medicina emplearan en fomentar el amor a la verdad parte del tiempo que desperdician en diversiones serían capaces de descubrir en el organismo ciertos procesos que en la actualidad son para ellos simples materias especulativas que no pueden descubrirse por ningún medio físico.

Pero el médico moderno supera en sus actos a sus conocimientos, pues aunque no tenga fe se sostiene por la fe; porque si las gentes no creyeran que las ha de curar no le llamarían, y si los enfermos no confiaran en que los había de aliviar, no harían lo que les prescribiese. Un médico sin intuición ni confianza en sí mismo, en quien nadie tiene fe, es enteramente inútil, aunque haya estudiado mucho en las aulas. Nada se logra sin fe, y no hay fe posible sin conocimiento espiritual. Sólo podemos hacer lo que confiamos cumplir, y sólo podemos abrigar esta confianza cuando sabemos por experiencia que tenemos el necesario poder.

¿Qué sabe la ciencia profana de la mente? Según la definición común, la mente es el “poder intelectual del hombre”, y como *hombre* significa para la ciencia una forma visible, resulta que esta definición nos dice que la mente es algo recluido en aquella forma visible. Pero si fuera verdadera esta idea, no podrían transmitirse a distancia ni la voluntad ni el pensamiento. No se puede oír sonido alguno en un espacio sin aire, y ningún pensamiento puede pasar de un individuo a otro, sin que sirva de conductor entre ambos la materia correspondiente; pero hoy día está casi universalmente admitida la posibilidad de transmitir el pensamiento, como así lo han comprobado los mismos niños en sus juegos y lo reconocen los más escépticos observadores¹¹. Además, quien dudase de la posibilidad puede convencerse sugiriendo en silencio sus pensamientos a otros; o si es de naturaleza impresionable, dejando que otros se los sugieran a él.

¡Cuán infinitamente más grandioso y razonable es el concepto expuesto por la ciencia antigua, según el cual todo cuanto existe es expresión de los pensamientos de la Mente universal, que llena el infinito espacio! Este concepto erige la *mente* en una fuerza del reino de lo infinito que opera por medio de instrumentos vivos e inteligentes y convierte al Hombre en un poder intelectual, una expresión de la Mente universal, capaz de recibir, reflejar y modificar los pensamientos de ella, como un diamante que brilla por la influencia del sol. No hay razón alguna para engañarnos creyendo que una mente inteligente exista sólo en forma visible y tangible a los sentidos externos. Puede haber, pues no lo conocemos todo, indecibles millones de seres inteligentes o semiinteligentes en el Universo, formados de otro modo que nosotros, que vivan en planos de existencia diferentes de los nuestros, y por ellos sean imperceptibles a nuestros sentidos físicos, pero que estén dotados de mente y pueda percibirlos la superior facultad de percepción que corresponde al espíritu despierto. Tampoco es la existencia de semejantes seres mera especulación, porque los han percibido quienes tienen percepción interna.

Todo lo que podemos comprender respecto a los objetos externos, son las imágenes que producen en nuestra esfera mental. Los seres astrales o espirituales no proyectan reflexión en la retina; pero su presencia es sensible cuando entran en la esfera mental del observador y pueden percibirse con los ojos del alma.

¹¹ Informe de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas – Londres 1884.

El científico ideal del porvenir que haya alcanzado la percepción espiritual, reconocerá esta verdad.

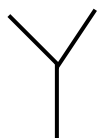
Si creemos que el objeto de la vida es simplemente dar satisfacción a nuestro yo material y mantenerle en regalo, y que de la comodidad material depende la más elevada condición de felicidad posible, confundiremos lo inferior con lo superior y la ilusión con la verdad. Nuestro modo material de vivir es consecuencia de la constitución material de nuestros cuerpos. Somos “gusanos de la tierra” porque dirigimos todas nuestras aspiraciones a la tierra. Si entráramos en un sendero de evolución que nos hiciese menos mentales y más etéreos, muy distinta sería nuestra civilización. Las cosas que ahora nos parecen indispensables y necesarias cesarían de ser útiles, y si pudiéramos transferir nuestra conciencia con la rapidez del pensamiento de una a otra parte del globo, ya no necesitamos los actuales medios de comunicación y transporte. Cuanto más profundamente nos hundamos en la materia, más materiales tendrán que ser los medios de obtener el bienestar; porque el hombre interno no es material en el ordinario sentido de esta palabra, sino independiente de las restricciones propias de la materia.

¿Cuáles son las verdaderas necesidades de la vida? La respuesta depende enteramente de lo que cada cual crea necesario. Los ferrocarriles, los buques de vapor, la luz eléctrica, etc., nos son ahora necesarios; y sin embargo, millones de gentes han vivido largo tiempos felices sin conocerlos. Para uno serán necesarios una docena de palacios, para otro un carruaje, para otro una pipa o una botella de ron. Pero todas las necesidades de esta índole son ficticias y constituyen el estado en que el hombre se encuentra satisfecho y le incitan a permanecer en él, sin desear algo superior, por lo que pueden ser estorbo más bien que impulso en su evolución. Si nos eleváramos a más alto estado, que no exigiese nada artificioso, todas las cosas facticias dejarían de ser necesarias y no las desearíamos; pero la apetencia de placeres groseros en que tiene fijo su pensamiento impide al hombre entrar en la vida superior.

Elevar al hombre perezoso a la perfecta condición ideal del hombre permanente, es el gran objeto de la vida; el *arcano* que no se puede aprender en los libros; el gran secreto que un niño puede entender, pero que permanecerá incomprensible para quien viviendo enteramente en la región de las percepciones sensorias, no sea capaz de comprenderlo. La adquisición de lo más alto es el *magnum opus*, la gran obra de que dijeron los *alquimistas* que pueden necesitarse miles de años para llevarla a cabo, pero que también puede cumplirse en un momento, aún por una mujer rueca en mano. Consideraron los alquimistas la mente humana como un gran alambique en el que las fuerzas antagónicas de las emociones pueden purificarse al calor de las aspiraciones santas y por el supremo amor a la verdad. Dieron instrucciones para que el alma del hombre mortal pudiera sublimarse y purificarse de las atracciones terrenales y se vivificaran libremente sus inmortales principios para que los purificados elementos ascendieran hasta el origen supremo de la ley, y descendieran de nuevo en *derramamientos de névea blanca*, visibles a todos, porque santos y puros fueron todos los actos de su vida. Enseñaron de qué modo los metales inferiores, símbolo de las energías animales del hombre, se transforman en el oro purísimo de la verdadera espiritualidad, y cómo, al lograr la vida espiritual (representada alegóricamente por el “Elixir de la Vida”), las almas recobran su juventud e inocencia haciéndose inmortales. Estas verdades, como tantas otras, se entendieron mal, y las ridiculizaron los necios y las repudiaron los ignorantes que continuamente piden la verdad y la rechazan cuando se les presenta, porque están ciegos

y no pueden verla. La Teología y la Masonería, cada cual a su modo, han continuado las enseñanzas de los alquimistas, y dichoso puede llamarse el sacerdote o el masón que entiende lo que enseña. Porque hay pocos discípulos verdaderos. Los sistemas en que se incorporaron las antiguas verdades todavía subsisten; pero la sofistería y el materialismo han puesto sus heladas manos sobre las formas exteriores de esas verdades y el espíritu ha huido de su interior. Los doctores y los sacerdotes ven sólo la forma exterior, y son pocos los que descubren el recóndito misterio que llamó estas formas a la existencia. La clave del santuario interno la perdieron aquellos a quienes se confió su custodia, y la verdadera palabra simbólica no la han descubierto de nuevo los discípulos de Hiram Abiff. El enigma de la esfinge egipcia todavía espera solución, y no se le revelará a nadie que no tenga fuerzas suficientes para descifrarlo por sí mismo.

Pero siempre vive la verdadera *Palabra*. Todavía resplandece la luz de la verdad en las profundidades del mundo interno del hombre y extiende su divina influencia por los valles; y doquiera que estén abiertas las puertas y ventanas para recibirla, disipará las tinieblas haciendo al hombre consciente de sus atributos divinos y guiándole por el sendero de perfección, hasta que cesada la lucha y restablecido el imperio de la ley halle la perdurable felicidad en el logro del más elevado ideal del universo: el reconocimiento de su divino ser.



CAPITULO II

LO REAL Y LO IRREAL

¡ALLAH! BP-SMP'-LLAH!
DIOS ES UNO.

CORÁN

En la dilatada expansión del universo vemos por doquier una casi infinita diversidad de formas pertenecientes a distintos reinos y especies que ofrecen ilimitada variación de aspectos. De lo poco que sabemos, inferimos que estas formas están substancialmente constituidas por la misma materia primordial, aunque las cualidades de los distintos cuerpos difieran entre sí; porque más razonable es suponer que la única y eterna materia primordial aparece en el curso de la evolución en diversidad de formas, que admitir originariamente cierto número de substancias creadas de la nada o por cualquier otro procedimiento creador. No sabemos qué sea esta substancia inmaterial o primordial esencia¹², pues tan sólo la conocemos por su manifestación en las formas objetivas. Todo lo que halla expresión en una u otra forma es para nosotros un objeto, y todo objeto o cosa puede mudar de forma sin que se altere la substancia. El agua se solidifica en hielo o se convierte en vapor, que a su vez se descompone químicamente en oxígeno e hidrógeno; pero en las debidas condiciones, la energía que previamente formó el agua volverá a formarla de nuevo, es decir, que las formas y las propiedades cambian y los elementos permanecen siempre los mismos y vuelven a combinarse en proporciones definidas con arreglo a la ley de afinidad.

Como quiera que nuestros sentidos no pueden percibir las propiedades de este hipotético principio o substancia primordial, no nos es posible conocer la verdadera esencia de las cosas. Aunque alteremos la forma de una cosa y la privemos de alguna cualidad, seguirá siendo la misma cosa mientras conserve su carácter; y cuando al destruir la forma se disgregue su materia constitutiva, subsistirá la idea en el mundo subjetivo, donde no podemos destruirla, sino, por el contrario, revestirla de nuevas cualidades y reproducirla en otra forma en el mundo objetivo. Una cosa existe mientras subsiste su carácter, y únicamente cuando cambia de carácter transmuta su naturaleza esencial. Las cosas materiales no son ni más ni menos que símbolos o representaciones de una idea, y aunque les demos un nombre, la idea permanece oculta tras el velo. Si en el mundo físico lográramos privar a una cosa de su carácter y darle otro distinto, transmutaríamos un cuerpo en otro, como, por ejemplo, los metales viles en oro; pero mientras no podamos mudar el carácter de una cosa, el cambio de forma sólo influirá en su aspecto.

¹² El akâsa de los brahmanes; el *iliaster* de Paracelso; el *Proteo* universal.

Pongamos por ejemplo un bastón de madera, que aunque no fuese de esta materia, sino de otra, sería también bastón. No percibimos el bastón en sí; tan sólo echamos de ver sus atributos, su tamaño, color y peso y el ruido que da al romperlo. Podemos alterar cada una o todas estas cualidades, y sin embargo seguirá siendo un bastón mientras no pierda este carácter, porque lo que constituye su carácter esencial es su aplicación y propósito, esto es, una idea independiente de toda cualidad. Si damos a esta idea distinta aplicación, transmutaremos su carácter y habremos mudado nuestro ideal bastón en lo que quisimos convertirlo.

En el mundo físico no podemos transmutar el cobre en oro ni convertir un hombre en niño; pero sí podemos ir transformando diariamente nuestros deseos, anhelos e inclinaciones, esto es, nuestro carácter, si acertamos a dar nuevo propósito a nuestra vida. Al hacerlo así convertimos al hombre en otro ser, aún en el mundo físico.

Nadie vio jamás al verdadero hombre, pues tan sólo descubrimos sus peculiares cualidades. El hombre no puede verse a sí mismo. Habla de *su* cuerpo, de *su* alma, de *su* espíritu, esto es, de los tres elementos que lo constituyen; pero el verdadero *Ego*, donde reside el carácter, es algo cuya naturaleza tan sólo conocemos cuando advertimos el propósito de su existencia. El Ego, como idea, y con propósito definido, desciende al mundo de la materia para asumir nueva personalidad y obtener mayor experiencia y conocimiento al pasar por las vicisitudes de la vida, y a través del valle de la muerte entrará otra vez en aquel reino donde con el transcurso del tiempo se desvanecerá su forma externa para reaparecer en otra nueva cuando suene la hora de su salida a escena. El cuerpo y la personalidad mudan de propósito; y sin embargo, el Ego permanece esencialmente el mismo, aunque modificado por las nuevas cualidades adquiridas durante la vida, que alteran sus características.

La recta comprensión de la esencial naturaleza del hombre demostrará que es de necesidad científica la repetida *reencarnación* de la mónada humana en sucesivas personalidades. ¿Cómo le sería posible al hombre alcanzar la perfección si el período de su desenvolvimiento espiritual se contrajese a una breve existencia en la tierra? Si le fuese posible progresar sin cuerpo físico ¿qué necesidad tendría entonces de él? Absurdo es suponer que el germen *espiritual* de un hombre comienza a existir en el momento de nacer físicamente o que los padres del niño pueden ser los progenitores de la mónada espiritual. Si la mónada espiritual existía ya antes de que naciese el cuerpo y pudo desenvolverse sin él ¿a qué encarnar en el cuerpo?

Vemos que una planta cesa de medrar cuando la desarraigamos del suelo y que vuelve a crecer en cuanto la replantamos. De la propia manera, el alma humana arraiga en el organismo humano con propósito de alcanzar plena conciencia y va formando su carácter; pero cuando la muerte la desarraiga, el alma descansa y cesa de progresar hasta que halla nuevo organismo para adquirir nuevas cualidades y continuar su desenvolvimiento.

Este Yo interno que vive después de la muerte y progresa durante la vida ¿qué puede ser sino un rayo espiritual de Vida cuya conciencia se va desenvolviendo en contacto con la materia? ¿Hay hombre alguno convencido de su propia existencia? Todas las pruebas que podamos tener de que existimos están en la conciencia de nuestro ser, en el sentimiento del *yo soy*, que nos convence de nuestra existencia. Cualquier otro estado de conciencia está sujeto a mudanza. La conciencia difiere en cada momento del momento anterior, según se alteren las circunstancias y varíen nuestras sensaciones. Ansiamos la

mudanza y la muerte porque la inmutabilidad nos sería tortura. A las viejas sensaciones suceden otras nuevas y nos complace ver que las viejas mueren y las substituyen las nuevas. Nosotros no nos forjamos nuestras sensaciones sino que las recibimos del mundo exterior. Si fuese posible que dos hombres nacieran y se educaran en idénticas condiciones, de modo que tuviesen el mismo carácter y recibieran las mismas sensaciones, su conciencia sería idéntica y les podríamos considerar como una sola entidad. El hombre que olvidara todas las sensaciones mentales hasta entonces recibidas y no recibiera otras nuevas podría existir siglos enteros en perpetua imbecilidad, sin otra conciencia que la del *yo soy*, que no se desvanecería mientras su personalidad fuese capaz de reconocerse a sí misma.

Tal sería la única condición en que pudiera existir el hombre que no hubiese alcanzado conocimiento espiritual y cesara de recibir sensaciones del mundo exterior. Semejante a este estado puede ser el hombre después de muerto el cuerpo, si durante la vida no adquirió mayor conocimiento del relativo a las cosas perecederas. Como no tendría conciencia espiritual no podría tener tampoco percepciones espirituales; y por lo tanto, sólo llevaría al mundo espiritual su propia ignorancia. Sus sensaciones acaban con la muerte y se le desvanecen las imágenes mentales recibidas en vida. Se extinguirán las fuerzas intelectuales puestas en acción por sus empeños científicos, y aunque en vida haya sido intelectual insigne, quedará después de la muerte como imbécil en tinieblas, atraído irresistiblemente a la reencarnación para renacer en circunstancias que le substraigan a la inanidad y le restituyan a la existencia activa.

En cualquier forma que resida es la vida tan sólo relativa. La piedra, la planta, el animal, el hombre, Dios, tienen cada cual de por sí existencia propia y únicamente existen para los demás mientras éstos sean conscientes de su existencia. El hombre considera incompleta la existencia de los seres inferiores y éstos apenas se dan cuenta de la de él. Muy poco sabe el hombre respecto de los seres superiores, y sin embargo tal vez haya alguno que le mire tan compasivamente como él mira a un ser inferior, por ejemplo, un mono todavía inconsciente de su propia naturaleza.

Quienes tienen suposición de sabios nos dicen que en el universo no hay ser superior al hombre consciente de su divina e inmortal naturaleza; pero sí hay innumerables seres invisibles muy superiores o muy inferiores al hombre terreno. En otros términos: los seres superiores del universo son los que ya fueron hombres; pero el hombre de la presente civilización ha de progresar aún durante millones de siglos para llegar al estado de perfección de los seres superiores.

RELATIVIDAD DE LA EXISTENCIA. Hay en mí algo que me mueve a vivir y pensar. Llámelo *Yo* o *Dios* será intelectualmente incomprensible y no tendré conciencia de que existe mientras no me percate de la relación entre ese algo desconocido y mi humana naturaleza. Sin embargo, existe; porque si nada fuese, no me movería a vivir y pensar. Es la fuente de mi ser, y por tanto, es mi existencia cuya manifestación es mi naturaleza.

Al convencerme de que existo, es para mí una realidad la existencia, y el convencimiento de la divinidad de mi ser equivale al estado de perfección.

Tenemos la costumbre de disputar por real cuanto percibimos con nuestros sentidos y por irreal todo lo demás, a pesar de que la experiencia cotidiana nos enseña a no confiar en

los sentidos si deseamos distinguir lo verdadero de lo falso. Vemos salir el sol por Oriente y cruzar el firmamento durante el día para desaparecer por Occidente; pero hasta los niños saben ya que este movimiento ilusorio proviene de la rotación de la tierra. Vemos de noche sobre nuestras cabezas las estrellas que llamamos fijas y parecen insignificantes en comparación de mares y continentes; y sin embargo, sabemos que son brillantes soles en cuya comparación resulta mota de polvo nuestra madre tierra. Nada nos parece tan quieto y firme como las sólidas rocas que hollamos con nuestros pies; y no obstante, el planeta en que vivimos gira con tremenda velocidad en el espacio. Las montañas parecen eternas; pero los continentes se hunden bajo las aguas del océano y otros nuevos se alzan de su fondo. Bajo nuestros pies se mueve en flujos y reflujos la fundente entraña de nuestra en apariencia sólida madre tierra. Sobre nuestras cabezas no hay al parecer nada tangible; y sin embargo, vivimos en el fondo del océano aéreo, sin conocer lo que tal vez viva en sus corrientes o en su superficie. Un río de luz parece descender del sol a nuestro planeta; y no obstante, se dice que entre el sol y la atmósfera terrestre reinan las tinieblas por no haber materia meteórica que determine la reflexión, cuando estamos rodeados de un océano de luz de orden superior, que nos parece oscuridad porque los nervios de nuestro cuerpo no son lo suficientemente delicados para recibir la influencia de la *luz astral*. La imagen reflejada en el espejo le parece real a la mente inculta y la voz del eco puede confundirse con la voz humana. A menudo soñamos despiertos y dormimos cuando creemos estar despiertos.

RELATIVIDAD DE LA PALABRA “CONCIENCIA”. No es correcto decir que *dormimos* mientras no sabemos *quién* somos. Tan sólo podemos decir que tales o cuales funciones del organismo físico o del psíquico, que llamamos nuestras, están dormidas o inactivas mientras otras están activas y despiertas. Podemos estar completamente despiertos para una cosa y dormidos para otra. El cuerpo del sonámbulo se halla en un estado parecido a la muerte, mientras que su conciencia superior está completamente vívida y muestra mayor lucidez de percepción que si estuviese empleada en cumplir las funciones del organismo inferior.

RELATIVIDAD DE LOS TÉRMINOS “MATERIA” Y “MOVIMIENTO”. Ambos conceptos se refieren a manifestaciones de algo que no conocemos y podemos llamar “Espíritu”. No hay movimiento sin materia ni materia sin movimiento; y por lo tanto, toda fuerza es substancial. Una masa sólida de materia es energía condensada que representa cierta cantidad de fuerza latente, y toda fuerza es una substancia invisible en movimiento.

RELATIVIDAD DEL ESPACIO, EXTENSIÓN Y TIEMPO.

Las cualidades de estos conceptos varían según sea nuestro tipo de medida y nuestra modalidad de percepción. Al infusorio puede parecerle un océano la gota de agua en que vive, y para el insecto tal vez sea un mundo la hoja en que reside. Si durante el sueño se redujera el mundo visible al tamaño de una nuez o agrandara mil veces el que tiene, no advertiríamos la mudanza al despertar, pues el cambio habría afectado igualmente todas las cosas, incluso a nosotros mismos.

El niño que no concibe la relación del espacio, quiere asir la luna con la mano, y el ciego de nacimiento que cobra la vista, no aprecia debidamente las distancias. Nuestro pensamiento no tiene cuenta del espacio cuando cruza de uno a otro punto del globo. El concepto de nuestra relación con el espacio está fundado en la experiencia y recuerdos adquiridos en nuestra actual condición. Si nos moviéramos en condiciones

completamente diferentes, nuestra experiencia y por lo tanto nuestros conceptos serían también diferentes. El espacio, en cuanto a las formas que concebimos, sólo tiene tres dimensiones, porque todas las formas constan de las tres dimensiones de longitud, latitud y altura.

La conciencia en el Absoluto es inconciencia con relación a las cosas. No cabe concebir un ser consciente no relacionado con alguna cosa. Una conciencia en relación consigo misma es autoconciencia.

El Absoluto es independiente de sus manifestaciones; pero toda manifestación depende de la presencia de lo manifestado. Dios puede existir en su propia naturaleza divina sin revelar Su presencia a las criaturas; pero las criaturas no pueden existir sin Dios. Sabemos que existe el espacio; pero no lo podemos concebir sin que se nos revele por medio de una forma. Las formas son el espacio objetivado. Sin la manifestación de los cuerpos de tres dimensiones no podríamos formarnos concepto del espacio. Conocemos que Dios existe; pero no podremos concebir Su existencia a menos que Su naturaleza se revele trínicamente en nosotros.

Las dimensiones del espacio existen en nuestra mente. No concebimos dimensiones en el punto matemático, y análogamente la auto-conciencia existe en sí misma sin relación con cosa alguna. Por lo tanto, podríamos llamar a esto el espacio de una sola dimensión. Respecto al espacio de dos dimensiones, todos conocemos la diferencia que hay entre el bien y el mal, el amor y el odio, etc., y al advertir esta diferencia concebimos el espacio de dos dimensiones. El espacio de tres dimensiones es el mundo de las formas corpóreas; pero también hay una cuarta dimensión del espacio, conocida tan sólo de los iluminados que saben cuadraturar el círculo, porque *cuatro* es el número de la verdad y *tres* lo es de la forma.

Relativo como nuestro concepto del espacio es también nuestro concepto del tiempo. No tenemos conciencia del tiempo, sino de su medida, y el tiempo nada es si no está relacionado con nuestra asociación de ideas. La mente humana solo puede recibir un corto número de sensaciones por segundo; si solo recibiéramos una sensación por hora, nuestra vida parecería muy corta; y si pudiéramos recibir, por ejemplo, la de una simple onda de un rayo amarillo de luz, cuyas vibraciones suman 509 billones por segundo, un solo día de nuestra vida nos parecería una eternidad sin fin¹³. Al preso ocioso en su cárcel, el tiempo le parece muy largo, mientras que para quien está activamente ocupado, pasa muy pronto. Durmiendo, no tenemos idea del tiempo; pero una noche de insomnio y sufrimiento nos parece muy larga. Al soñar pasamos en muy pocos momentos por experiencias que necesitarían regular número de años en el ordinario curso de los sucesos, mientras que en estado de inconciencia el tiempo no existe para nosotros¹⁴.

¹³ Car du Prel. *Los habitantes de los planetas*.

¹⁴ En los libros místicos, encontramos a menudo relatos de personas que han soñado en un momento cosas que exigirían horas enteras para soñarlas. Por ejemplo: “Un viajero llega a altas horas de la noche a una estación. Está muy fatigado, y al abrir el conductor la puerta del vagón, entra, se sienta y se queda dormido. Soñaba que estaba en su hogar con su familia; que amaba a una señorita y se casó con ella: que vivía feliz hasta que se metió en política y lo prendieron acusado de traición contra el Gobierno. Lo juzgaron, lo condenaron a ser pasado por las armas y

Los que actúan plenamente en el mundo subjetivo no reciben impresiones del mundo objetivo. Quienes, como en sueños y locura, actúan sólo parcialmente en el mundo subjetivo, mezclan las sensaciones transportadas al semi-consciente cerebro con las ideas nacidas en el mundo subjetivo y producen imágenes contrahechas y caricaturescas. En tal estado, cuando las experiencias del mundo interno se entremezclan con las sensaciones de la conciencia externa, resultan las más erróneas impresiones, porque el intelecto funciona, pero la razón no actúa con vigor suficiente para discernir lo verdadero de lo falso.

¿Cuál es, pues, la diferencia entre los estados subjetivo y objetivo de existencia? Nuestro cuerpo no cesa de vivir mientras dormimos, pero en cada uno de aquellos estados tenemos diferente percepción. La idea vulgar es que las sensorias percepciones objetivas son las verdaderas, y que las subjetivas resultan de la imaginación; pero reflexionando un poco, comprenderemos que toda percepción, tanto objetiva como subjetiva, resulta de la “imaginación”. Al mirar un árbol no se nos entra en los ojos, sino que se retrata en la mente; al mirar una forma, percibimos la impresión causada en la mente por la imagen de un objeto existente más allá de los límites del cuerpo; al mirar una imagen subjetiva forjada por nosotros mismos, percibimos su impresión en la mente. En cualquiera de ambos casos las imágenes existen en la mente y percibimos sus impresiones.

Todo aparece objetivo o subjetivo, según el estado de conciencia del que percibe; y lo que en un estado le parece enteramente subjetivo, en otro puede parecerle objetivo. Las supremas verdades ideales tienen para quien las comprende una existencia objetiva, mientras que las más groseras formas materiales no existen para quien no las percibe.

Aquí se origina una importante cuestión: ¿Quién o qué es este desconocido ser que percibe las imágenes existentes en su propia mente y las sensaciones transmitidas a su conciencia? ¿Qué esto que llamamos nuestro Yo, que conoce cuanto nosotros conocemos y también conoce nuestra ignorancia? ¿Qué es este ser que no es cuerpo ni mente, sino que de ambos se vale como de instrumentos? Quien conociese este invisible ser, podría soltar desde luego este libro, que nada le diría de nuevo, porque conocería a Dios y sería el más sabio de los hombres.

Toda manifestación de poder mágico tiene por base el conocimiento de las relaciones entre los estados objetivo y subjetivo de conciencia y la fuente de que dimanen. Si concebimos mentalmente una cosa ya vista, aparecerá en nuestra mente su forma objetiva compuesta de substancia de nuestra propia mente. Si por continuada práctica adquirimos poder bastante para mantener esta imagen e impedir que la ahuyenten o disipen otros pensamientos, llegará a ser relativamente densa y se proyectará sobre la esfera mental de los demás, hasta el extremo de creer que ven objetivamente lo que sólo existe como imagen en nuestra mente; pero el incapaz de mantener un pensamiento y dominarlo a voluntad, no puede reflejarlo en la mente ajena, y así fracasan estos experimentos, no por imposibles, sino por debilidad de los experimentadores, que no pueden dominar sus pensamientos y plasmarlos lo suficiente para transmitirlos.

lo llevaron al lugar de la ejecución. Llegado allí dieron la voz de fuego y los soldados dispararon, despertándose él al cerrar el conductor la puerta del vagón”.

Todo es real o ilusorio según lo consideremos. Las palabras real e irreal son términos relativos; y lo que parece real en un estado de existencia, parece ilusorio en otro. El dinero, el amor, el poderío, etc., les parecen muy reales a quienes los necesitan; pero son ilusorios para quien ha trascendido su necesidad. Lo que comprendemos es para nosotros verdadero, aún cuando aparezca ilusorio a los demás. Si mi imaginación es bastante poderosa para representarme la presencia de un ángel, el ángel estará allí viviente y verdadero, porque es mi propia creación, aunque sea invisible e ilusoria para otro. Si vuestra mente es capaz de crear un paraíso en un desierto, este paraíso existirá objetivamente para vosotros.

Todo cuanto existe tiene existencia en la mente universal; y si la mente individual tiene conciencia de su relación con una cosa, comienza a percibirla. Nadie puede tener idea de una cosa extraña a su experiencia ni puede conocer aquello con lo que no esté relacionado. Para percibir son necesarios tres elementos: la percepción, el perceptor y el objeto de percepción. Si estos elementos están en distintos planos sin relación mutua, no será posible la percepción. Si quiero verme la cara y no puedo salir de mí, he de valerme de un espejo para establecer una relación entre mí mismo y el objeto de mi percepción. El espejo no siente y no puedo verme en él sino en mi mente. La reflexión en el espejo produce para mi mente individual otra objetiva que yo percibo.

La consideración de estos hechos nos dan la clave para comprender la naturaleza original del hombre y la necesidad de que “cayera de su estado de gracia”. No podemos ver objetivamente la luz o la verdad, mientras estemos en el cuerpo de una o de otra. Sólo cuando nos alejamos de la esfera de la luz vemos su fulgencia y cuando caemos en error aprendemos a estimar la verdad. Mientras el hombre primitivo estuvo unido al poder universal del cual emanó en un principio, como rayo o entidad espiritual, no podía reconocer la divina fuente de que dimana. La voluntad y la imaginación de la Mente universal eran su propia voluntad e imaginación. Sólo al “salir de su divino ser” existió como ser individual, y al obrar contra la ley advirtió su vigencia. Ilusoria es la existencia del hombre independientemente de la existencia de Dios; pero es necesario que el hombre se convenza experimentalmente de esta ilusión y se capacite para trascenderla y reconocer su unidad con Dios. Un Dios inconsciente de su divina naturaleza no sería capaz de gozarla. Cuando el hombre, como entidad espiritual, logra la perfección y vuelve a su origen, pierde todo sentimiento de separación y adquiere conocimiento. Para ver una cosa es necesario que sea objetiva. Para saber qué es amor necesitamos apartarnos del ser amado. Cuando comprendemos acabadamente una cosa, nos unimos a ella y la conocemos por conocernos a nosotros mismos.

Un ejemplo explicará la ley fundamental de la creación. La gran Causa primera viene a ser su propio espejo y al desdoblarse se relaciona consigo misma. “Dios” ve su rostro reflejado en la Naturaleza; la Mente universal se ve reflejada en la mente individual del hombre. Dios se relaciona conscientemente con su propia naturaleza; pero cuando de nuevo se retraiga en Sí mismo, cesará la relación y volverá a ser uno consigo mismo sin relatividad de conciencia. “Brahma dormirá” hasta que amanezca el nuevo día de la creación. Pero así como el hombre sabe que continúa existiendo aún después de cesar de relacionarse con el mundo exterior y no necesita mirarse continuamente a un espejo para recordar este hecho, así también la absoluta conciencia del supremo *Yo soy* es independiente de la objetiva existencia de la Naturaleza, pues como dice el Apocalipsis:

Y vi un gran trono blanco y uno que estaba sentado sobre él, de cuya vista huyeron la tierra y el cielo¹⁵.

Las superiores facultades de la percepción interna, las posee el *hombre interno* y se desarrollan luego que éste despierta a la conciencia de sí mismo. Corresponden dichas facultades a los sentidos del hombre externo: vista, oído, tacto, gusto y olfato. Las percepciones sensorias son necesarias para percibir las cosas objetivas; las percepciones internas son necesarias para percibir las cosas internas. La materia física es tan invisible para la visión espiritual, como los cuerpos astrales para la física; pero como todo objeto físico tiene su duplicado astral en la forma física, es posible ver, oír, tocar, gustar y oler con los sentidos astrales, y conocer así los atributos de los objetos físicos tan bien o mejor que el hombre físico con los sentidos corporales; pero ni éstos ni los astrales pueden percibir cosa alguna si no están animados por la energía del espíritu.

En general consideramos una cosa verdadera, cuando varias personas la ven del mismo modo, mientras que si sólo la ve uno y no los demás, la consideramos ilusoria; pero como toda impresión produce cierto estado mental, quien la reciba ha de hallarse en condición de relacionarse con el estado mental producido por la impresión. Todos los que se hallen en el mismo estado mental y reciban igual impresión percibirán lo mismo; pero si sus estados mentales son diferentes, también lo serán sus percepciones, aunque la impresión sea la misma. Cuantos tengan los sentidos normalmente desarrollados verán de la misma manera un caballo o un león si se hallan todos en el mismo estado mental; pero si uno de ellos está excitado por el terror, su percepción diferirá de la de los demás, porque su estado mental altera la impresión recibida. Un beodo en estado de *delirium tremens* puede creer que esta viendo gusanos y serpientes sobre su cuerpo; y aunque la experiencia le dé a entender que no existen externamente, son para él horribles realidades como productos de su estado mental, pero no existen para quienes no se hallan en el mismo estado, por más que quienes estuvieran en análoga condición verían los mismos gusanos y serpientes.

Por lo tanto, nuestras percepciones difieren, no sólo según difieren las impresiones provenientes de los objetos de percepción, sino también según nuestra capacidad de recibir las impresiones, o según nuestro estado mental. Si pudiéramos desarrollar un nuevo sentido de percepción, nos crearíamos en un mundo nuevo, y si nuestra capacidad para recibir impresiones se limitase a un solo sentido, sólo podríamos concebir aquéllo que se nos pudiera manifestar por medio de tal sentido. Supongamos un ser capaz tan sólo de determinado estado de conciencia, por ejemplo el del odio. Como tendría concentrada su conciencia en dicha pasión dominante, nada conocería sino el odio y fuera cual un “dios del odio”, incapaz de mudar de estado mental ni de percibir más que lo relacionado con él. A semejante ser el mundo entero le parecería oscuro y vacío, y los mares y montañas, bosques y ríos no tendrían para él existencia; pero cuando un hombre o un animal se enfurecieran, acaso percibiría en las tinieblas un lóbrego resplandor que llamándole la atención y atrayéndolo, al acercarse a él podría estallar en llamas que consumieran al enfurecido. Cualquier otro estado mental o pasión de ánimo puede servir de ejemplo. El odio atrae aborrecimiento y el amor atrae amor; y una persona llena de odio es tan incapaz de amar como otra llena de amor es incapaz de odiar.

¹⁵ Apocalipsis XX - 11

Dice el Bhaqavad Gita:

Los hombres de naturaleza demoníaca ignoran la acción y la omisión. Ni pureza ni honradez ni verdad hay en ellos. Así dicen: “En el universo nada hay que sea verdad ni tampoco hay Dios alguno que lo rija. Todos los seres proceden de la sexual unión sin más causalidad que la lujuria”.¹⁶

Quienes suponen que todo existe a consecuencia de la inconsciente atracción de dos principios, olvidan que no podría haber atracción sin causa que la produjese, y que dejaría de existir tan pronto como ésta cesara. Son los engañados discípulos de una doctrina en que no pueden creer seriamente. Están de acuerdo en que nada puede salir de la nada; y sin embargo, creen que la atracción inconsciente puede engendrar conciencia. Son los discípulos del absurdo *Dos*, que no tiene existencia real, porque el eterno Uno dividido en dos partes, no serían dos *Unos*, sino dos mitades del Uno dividido.

Uno es el número de unidad, y *Dos* es división; el Uno dividido en dos cesa de existir como Uno, y por lo tanto nada nuevo produce. Si el plan de la construcción del mundo obedeciese a las ideas de los partidarios del dualismo, nada podría haber venido a la existencia, porque la acción y la reacción hubieran sido iguales, aniquilándose una a otra, sin que hubiera podido realizarse el actual progreso.

Pero tras las manifestaciones del poder está el eterno poder en sí mismo, la fuente de toda perfección manifestable. Es la real Unidad en que no existe división y de la que todo procede y a la que todo ha de volver. Se le llama “Bien” considerado como la fuente de perfección a que todas las cosas propenden y anhelan alcanzar.

Sea lo que fuere este poder del bien, no es capaz el hombre de describirlo ni de darle nombre apropiado, porque está más allá de nuestra comprensión. Dar nombre a lo que todo lo incluye es limitar el todo a una de sus partes. Se le ha llamado “*Dios*”, y en este concepto tiene “muchas fases”, porque su aspecto varía según el punto de donde lo miramos. Es la *Causa suprema* de cuanto existe y por lo tanto ha de ser *conciencia absoluta, sabiduría, poder, amor, inteligencia y vida*, porque estos atributos existen en sus manifestaciones y no podrían existir sin El.

Es necesariamente uno e ilimitado, y por lo tanto no puede conocerlo la limitada inteligencia del hombre. Solo puede ser conocido por Sí mismo; pero si se revela en nuestra alma, participará ésta de su conocimiento. Así dijo Angel Silesio:

Dios mora en una luz lejanísima de la humana percepción. Sé tú esta luz y podrás verlo.

Cuando le rogaron a Gautama el Buddha que describiese el origen supremo de todos los seres, quedó silencioso, porque los que han logrado la condición que les facilita conocer la realidad no tienen palabras para describirla¹⁷, y los que no la han logrado no podrían comprender la descripción. Para describir lo Absoluto, tendríamos que revestirlo de atributos comprensibles, y entonces sería *relativo*. Así toda discusión teológica respecto a la naturaleza de “Dios” es inútil, porque “Dios” es el Todo y no difiere de cosa alguna,

¹⁶ XVI - 7

¹⁷ 2 Corintios XII. 4.

aunque no todas las cosas son Dios, pues no todas las cosas son conscientes de su divina naturaleza o sea el reconocimiento de la presencia de Dios. Negar la existencia de Dios es un absurdo equivalente a la negación de nuestra existencia, porque toda existencia es prueba de Dios, que sólo puede ser conocido espiritualmente y no descrito científicamente, por lo que la lucha entre deístas y ateos es una disputa sobre palabras sin definido significado.

Todo hombre es una manifestación de Dios; y así como el carácter de cada cual difiere del de los otros, así la idea de cada uno respecto a Dios es diferente, pues cada uno tiene su Dios (su ideal) propio. Cuando todos nos unamos en el supremo ideal, tendremos todos el mismo Dios.

El poder de Dios no existe para quien no lo posee; pero Dios existe para quien percibe su presencia y nada podría arrancarle su convencimiento. No puede el ignorante darse cuenta de la existencia del conocimiento hasta que por sí mismo conozca; mientras que a quienes conocen nada podrá quebrantarles el conocimiento. Las caricaturas de dioses, establecidas por varias iglesias como representaciones del solo y verdadero Dios, son conatos para describir lo indescriptible. Así como todo hombre tiene un ideal superior (su Dios) símbolo de sus aspiraciones, así toda iglesia tiene su dios especial; resultante de sus necesidades ideales.

Para ellos son verdaderos dioses, porque les sirven en lo que necesitan, y conforme se cambian las necesidades de la iglesia, así cambian también sus dioses, desechando los viejos y reemplazándolos con nuevos.

El Dios de los cristianos difiere del de los hebreos, y el Dios cristiano del siglo XIX es muy distinto del que en tiempo de Torquemada y Pedro Arbues se complacía en los tormentos y autos de fe. Mientras los hombres sean imperfectos, también lo serán sus dioses; al perfeccionarse los hombres, los dioses irán tomando mayor perfección; y cuando todos los hombres sean igualmente perfectos, todos tendrán el mismo perfecto Dios, el mismo supremo ideal espiritual y la misma realidad universal reconocida por la ciencia y por la religión; porque no puede haber mas que un Ideal supremo, una Verdad absoluta, cuya realización es la Sabiduría, cuya manifestación es el poder expresado en la Naturaleza y cuyo perfectísimo resultado es el hombre ideal.

Siete peldaños tiene la escala que representa el desarrollo religioso de la humanidad. En el primer peldaño, el hombre parece un animal, consciente sólo de sus instintos y deseos corporales, sin concepto alguno del elemento divino. En el segundo, empieza a presentir la existencia de algo superior. En el tercero, busca este superior elemento, pero los inferiores todavía preponderan sobre sus aspiraciones superiores. En el cuarto, los deseos superiores e inferiores se equilibran; a veces busca los superiores; a veces le atraen los inferiores. En el quinto, busca con anhelo lo divino; pero como lo busca en el exterior, no lo encuentra, y entonces lo busca en sí mismo. En el sexto, encuentra el elemento divino en sí mismo, y se desenvuelve la conciencia espiritual del Yo, que en el séptimo es conocimiento de sí mismo. Al llegar al sexto, se avivan activamente sus sentidos espirituales, de modo que puede reconocer la presencia de otras entidades espirituales existentes en el mismo plano. Entonces, su *voluntad* se liberta de todo deseo *egoísta*, su *pensamiento* se somete a la voluntad y su *palabra* se convierte en acción. Este ser espiritual puede vivir con cuerpo humano en la tierra sin manifestar declarada superioridad respecto de los demás hombres, porque su personalidad no es Dios. Vive y sin embargo no vive, pues vive en él Dios, el divino Yo, la eterna Realidad.



CAPITULO III

FORMA

“EL UNIVERSO ES UN
PENSAMIENTO DE DIOS”.

PARACELSO

Según Platón, la esencia primordial es una emanación de la *Mente demiúrgico*, que desde la eternidad contiene en sí la idea del mundo natural y la manifiesta objetivamente por el poder de Su voluntad. Esta doctrina parece ser casi tan antigua como la razón humana, pues expresa esencialmente la misma verdad enseñada por los *rishis* y expuesta (aunque tal vez en otros términos) por los más profundos pensadores de todas las épocas, desde el primer *espíritu planetario* que apareció en la tierra, hasta los filósofos modernos para quienes el mundo es efecto de ideación y voluntad.¹⁸

El gran místico cristiano Jacobo Boehme dice que la gran Causa primordial es una trinidad compuesta de voluntad, pensamiento y acción. Esta doctrina es análoga a la enseñada en Oriente respecto a las tres emanaciones de Brama, aunque Boehme ignoraba esta circunstancia y necesariamente había de ignorarla en aquella época, y concebirla tan sólo por ser *iluminado*. Dice en su obra: *Los Tres Principios*, que por la actividad de la *Voluntad-Fuego* en el *Centro*, la Conciencia eterna se reflejó en el espacio como en un espejo, y de esta actividad nacieron *Luz* y *Vida*. Después declara cómo la acción que irradia del incomprensible Centro hacia el elemento de la Materia, y la subsiguiente reacción de la periferia al Centro, determinaron la rotación, y cómo tomó existencia en el *Éter* el mundo de las formas y fue creciendo en densidad material. Así por la acción del Padre en el Hijo se manifestó el Espíritu Santo, y su manifestación es la unidad del Universo tanto visible como invisible, con todos sus soles, estrellas, planetas, formas, habitantes, Ángeles, demonios, devas, elementales, hombres y animales, es decir, con todas las energías y potencias y formas de los aspectos visible e invisible de la Naturaleza.

Esta trinidad se manifiesta en tres distintos *planos* o *modos de acción* a saber: *Materia*, *Alma* y *Espíritu*; o según el simbolismo de la antigua ciencia oculta: *Tierra*, *Agua* y *Fuego*. El *Uno* se manifiesta en los *Tres*; pero los *Tres* son un todo que no consta de tres partes sucesivas, sino que brotan simultáneamente a la existencia. La *reacción* no puede existir sin la acción, y ambas derivan de una *Causa* o *Potencia* co-existente.

¹⁸ Schopenhauer: *Die Welt als Wille und Vorstellung*. (El mundo como voluntad y manifestación).

El *Espíritu* o Fuego es inmaterial, sin forma y universal, que manifiesta su poder en formas. Es el Creador, el gran Arquitecto del universo, e Padre de Cristo, cuya madre es *Maya*, la siempre virgen Naturaleza.

El *Alma* o Agua es un elemento semimaterial y sin forma en su original estado. Es el elemento organizador de las formas corpóreas. Penetra y rodea los planetas del mismo modo que rodea y penetra los cuerpos de los hombres y de los animales y todos los demás cuerpos y formas que perecen en cuanto el alma cesa de actuar en ellas.

Materia o Tierra (llamada *akâsa* en su primordial estado) es un invisible elemento material que penetra todo el espacio. Condensada por el poder organizador del alma, plasma las formas de ésta última y las hace visibles en el plano físico.

De la interacción de los tres elementos primordiales: Espíritu, Alma y Materia, derivan cuatro principios intermedios que, añadidos a los tres primordiales, constituyen siete principios que no existen separadamente, sino que son los siete aspectos de un mismo elemento, de la propia suerte que las siete notas de una octava son siete modificaciones de una misma vibración acústica. El hombre es una unidad; pero también es una trina expresión capaz de cuatro distintos estados de conciencia y existencia, un compuesto de cuatro elementos unidos al quinto o elemento *uno* para constituir un armonioso acorde de cinco notas. También puede considerarse como la manifestación de tres potencias superiores y otras tres inferiores en las que se ha de manifestar la inmanifestada séptima potencia. Todas estas divisiones son legítimas y no arbitrarias, porque se fundan en la acción de ciertas leyes naturales.

1. A. Elemento de *Materia* (*Akâsa*), representado por *Tierra*.
2. A B. Combinación de Materia y Alma, llamada *cuerpo astral*; mezcla de “Tierra y Agua”.
3. B. *Alma* o principio animal del hombre, representado por “Agua”.
4. A B C. La *Esencia de Vida*; combinación de Materia, Alma y Espíritu; “Tierra, Agua y Fuego”.
5. A C. *Mente*; combinación de Materia y Espíritu, o “Tierra y Fuego”, (principio de intelectualidad).
6. B C. *Alma Espiritual*, combinación de Alma y puro Espíritu, o “Agua y Fuego”, (principio de inteligencia espiritual).
7. C. *Espíritu* puro o “Fuego”¹⁹.

La división adoptada por Paracelso y la del “Buddhismo Esotérico” es casi idéntica a la precedente, de este modo: 1. El cuerpo físico. 2. Vitalidad (Mumia). 3. Cuerpo astral (Cuerpo sidéreo). 4. Alma animal. 5. Alma intelectual. 6. Alma espiritual. 7. Espíritu.

Se dice que los antiguos hebreos conocieron esta división y que con arreglo a ella compusieron su alfabeto de veintidós letras; porque el *tres* en *siete* estados produce *doce* símbolos, y $3+7+12=22$. Esta séptuple división de principios, que representa la constitución del hombre, así como la del universo en conjunto, fue también conocida de los egipcios, quienes la describieron como sigue:

¹⁹ Los términos sánscritos, de los siete principios, son: 1. Prakriti. 2. Lingasarira. 3. Kamarupa. 4. Jiva. 5. Manas. 6. Buddhi. 7. Atma. (Véase: *Cinco años de Teosofía*).

- I. *chat* Cuerpo físico.
- II. $\left. \begin{array}{c} \textit{bas} \text{ (corazón)} \\ \text{y} \\ \textit{nif} \text{ (aliento)} \end{array} \right\}$ Vida física.
- III. *ka* Cuerpo astral (Personalidad).
- IV. *ab* Deseo (Kama) Centro.
- V. *ha* Alma (Manas).
- VI. *chaib*. Sombra del Espíritu (Buddhi).
- VII. *chu*. Espíritu (Atma).

Los alquimistas representaban las mismas ideas que los símbolos de los siete planetas.

Saturno. Elemento material.

Júpiter. Poder de Vida.

Marte. Voluntad; Fuerza.

Sol. El centro; la fuente de todos los planetas.

Venus. Amor. En su inferior modalidad de deseo.

Mercurio. Mente; inteligencia.

Luna. Espiritualidad.

Las cualidades de estas potencias difieren en su combinación según el preponderante influjo de una sobre otra, y de aquí proviene que sean buenos o malos sus aspectos. Son malos en las condiciones siguientes:

Si la espiritualidad está avasallada por la materialidad.

Si la mente está dominada por la obcecación.

Si el amor está supeditado a la pasión.

En condiciones contrarias los aspectos serán buenos.

El sol ocupa el centro de estos planetas, puesto que es su padre y ninguno de ellos puede dominarlo.

Juana Leade adopta una séptuple división de principios en orden inverso, conviene a saber:

- 1. *Espíritu*. La palabra. El Creador.
- 2. *Viento*. Aliento de vida.
- 3. *Agua*. Viento condensado (alma).
- 4. *Luz*. Inteligencia.
- 5. *Cielo*. Mundo astral.
- 6. *Aire*. Vida física.
- 7. *Tierra*. Matriz o centro.

A estos siete principios corresponden cuatro planos de existencia o estados de conciencia, que son:

- I. Mundo físico.
- II. Mundo astral.
- III. Mundo espiritual.

IV. Plano divino de existencia.

Cada uno de estos mundos tiene su peculiar modalidad de ser y toda forma existente en cualquiera de ellos contiene los referidos siete principios fundamentales inseparablemente unidos, con la sola diferencia de que, según el plano donde exista la forma, están unos activos y otros latentes.

Así, en una piedra o en un Arbol, los principios superiores están del todo latentes y como si no existieran, mientras que en una forma del plano superior sólo están manifiestos los principios superiores y ha cesado ya la actividad de los inferiores.

El cuadro siguiente da una idea aproximada de esta teoría. El principio activo en cada mundo está impreso en mayúsculas; los menos activos en cursiva y los latentes o los que han cesado en su actividad en redondo.

Mundo físico	Mundo emocional	Mundo mental
MATERIA FISICA	Materia Fisica	Materia Fisica
VIDA FISICA	Vida Física	Vida física
<i>Vida astral</i>	VIDA ASTRAL	Vida astral
<i>Vida kámica</i>	VIDA KAMICA	Vida kamica
<i>Manas inferior</i>	<i>Manas inferior</i>	Manas inferior
Manas superior	Manas superior	MANAS SUPERIOR
Buddhi	Buddhi	<i>Buddhi</i>
Atma	Atma	<i>Atma</i>

Por supuesto, que el grado de actividad difiere según los individuos y hay muchas variaciones.

En la tierra pueden manifestarse los siete principios en el hombre capaz de vivir alternativa o sucesivamente en uno u otro de estos cuatro estados de conciencia. Su espíritu pertenece a Dios; su mente al cielo; sus deseos al alma del mundo y su cuerpo a la tierra. Después de la muerte cesa la actividad de los principios inferiores y el hombre asciende en la escala del ser, según como se haya armonizado con ella durante su vida.

No conocemos ni queremos especular sobre las condiciones del divino estado de existencia. Nuestro propósito debe ser más bien alcanzarlo que conturbar nuestro cerebro con el intento de satisfacer una curiosidad científica en este punto. Cabe suponer que en el plano divino sólo están en actividad Atma, Buddhi y Manas superior; pero Jacobo Boehme nos dice que los “siete Espíritus de Dios han nacido uno de otro sin que haya primero ni último, pues los siete son igualmente eternos”²⁰, También dice que el tercer principio reaparece en el séptimo y que en esto consiste la “resurrección de la carne”, por lo cual un ser *divino* no es un espíritu insubstancial, sino que posee el “cuerpo de Dios”, “En la séptima forma manifiestan su actividad todas las demás formas de la naturaleza”. Por lo tanto, el elemento terreno se vuelve a manifestar en la octava superior; y esto nos descubre el verdadero significado de las palabras de San Pablo al hablar de “un cuerpo sembrado en corrupción y levantado en gloria”²¹ que seguramente no es la forma astral de un fantasma.

²⁰ Vida y doctrina de Jacobo Boehme.

²¹ I-Corintios-I-5.

Todas las formas son expresión de uno o más de estos principios elementales y existen mientras sus respectivas potencias obran en ellas. No es necesario que sean visibles, porque su visibilidad depende de su capacidad de reflejar la luz. Los gases invisibles pueden solidificarse visible y tangiblemente por la presión y el frío, y las sustancias sólidas pueden hacerse invisibles e intangibles por la acción del calor. Los productos del pensamiento cósmico no son todos visibles al ojo físico, y no vemos más que los que están en nuestro plano de existencia.

Todos los cuerpos tienen sus esferas invisibles. Las visibles están limitadas por la periferia de sus formas visibles; las invisibles se extienden más allá en el espacio. Aunque no siempre las descubren los instrumentos físicos, existen, sin embargo, y bajo ciertas condiciones pueden percibirse los sentidos. La esfera de un cuerpo odorífero puede percibirse por el órgano del olfato; la de un imán por la aproximación del hierro; la de un hombre o de un animal por el delicadísimo instrumento del alma sensitiva.

Estas esferas son las auras magnéticas, caloríficas, odorantes, lumínicas, y demás emanaciones correspondientes a los objetos del espacio que se ven a veces como la *aurora boreal* en las regiones polares de nuestro planeta o como la fotosfera del sol durante un eclipse. El nimbo que rodea la cabeza de los santos no es meramente una ficción poética, como no lo es la esfera de luz que irradia de una piedra preciosa. Así como todo sol tiene sus planetas que giran alrededor de él, así todo cuerpo está circundado de menores centros de energía que salen del centro común y participan de sus atributos. Por ejemplo, el cobre, carbón y arsénico tienen auras rojas: el plomo y azufre, azules; el oro, plata y antimonio, verdes; y el hierro, de todos los colores del iris. Las plantas, animales y hombres emiten los colores correspondientes a sus caracteres; las personas de carácter elevado y espiritual tienen hermosa aura de variados matices, blanco, azul, oro y verde, mientras que los caracteres viles emiten principalmente emanaciones rojo-oscuros, que en las personas brutales, groseras o abyectas son casi negras. Las auras colectivas de grupos de hombres, plantas, animales, ciudades y países corresponden a sus caracteres más sobresalientes; y quien tenga la percepción bastante desarrollada colegirá la condición intelectual y moral de un lugar o país, de la esfera de sus emanaciones.

Estas esferas se extienden del centro, y su periferia crece en proporción a la intensidad de la energía que obra en el centro. Conocemos la esfera de una rosa por la fragancia que despidе si tenemos el sentido del olfato, y conocemos el carácter mental de un individuo si penetramos en la esfera de sus pensamientos.

La calidad de las emanaciones psíquicas depende del estado de actividad del centro que las origina. Son símbolos de los estados del alma de cada forma e indican el estado de las emociones. A cada emoción corresponde determinado color: al amor corresponde el azul; al deseo el rojo; a la benevolencia el verde; y estos colores pueden despertar las correspondientes emociones en otras almas. El azul tiene efecto calmante y puede tranquilizar a un demente o aliviar una fiebre; el rojo excita la pasión; un toro se enfurece al ver un paño colorado, y el populacho se irrita al ver sangre. Esta química del alma no es más maravillosa que los fenómenos de la química física, pues estos procesos obedecen a la misma ley por la cual el cloruro argéntico expuesto a la luz se vuelve negro.

Los pensamientos de la Mente universal expresados en materia del plano físico abarcan todas las formas de los reinos mineral, vegetal y animal de la tierra, descritos por las ciencias naturales. Toda forma material contiene en sí su duplicado etéreo, que bajo ciertas condiciones puede separarse de la parte densa o ser extraído por un Adepto. Estas partes astrales pueden replasmarse visiblemente en akâsa condensado y de este modo puede duplicar un objeto quien sepa manejar las fuerzas invisibles²².

Las formas astrales persisten después de muertas sus formas densas. El clarividente ve las formas astrales de los muertos, flotantes sobre las tumbas, con apariencia de vivos.

A estas formas se les puede infundir artificialmente vida y conciencia por medio de prácticas necrománticas, así como también se las puede evocar en las reuniones espiritistas en simulación del espíritu de los muertos.

Hay personas en quienes el cuerpo astral, a consecuencias de ciertas peculiaridades de constitución, o por alguna enfermedad, no está bien ligado al cuerpo físico y puede separarse de él durante corto período²³. Estas personas tienen aptitud mediumnímica en las llamadas materializaciones espiritistas, y sus contrapartes etéreas pueden aparecer separadas de sus cuerpos y tomar la semejanza de la forma visible de otra persona viva o muerta. Reciben una máscara por medio de los pensamientos inconscientes o conscientes de las personas que asisten a la reunión y por el reflejo de sus recuerdos y pensamientos, así como pueden representar otros personajes por medio de influencias invisibles para el ojo físico.

Como el cerebro es el órgano central de la circulación del fluido nervioso, de la propia suerte que el corazón lo es de la circulación de la sangre, así también el bazo es el órgano del que toman su vitalidad los elementos astrales; y en ciertas enfermedades, cuando la función del bazo está impedida, el astral de una persona puede involuntariamente separarse del cuerpo. No es raro que un enfermo se sienta “como si no fuera él mismo”, o como si otro estuviera acostado con él, y el mismo fuera aquél otro. Estos casos de fantasmas, apariciones, espectros, etc., causados por la separación del cuerpo astral, se encuentran en muchas obras que tratan de los fenómenos místicos de la naturaleza²⁴.

Por lo general, estas formas astrales son inconscientes y sin vida propia; pero se les puede dar vida y conciencia, quitando la vida del cuerpo físico y concentrándola en el astral. Quien logra esto puede salir de su cuerpo físico y vivir independiente de él. Un adepto puede hallarse enteramente fuera de su cuerpo físico y seguir viviendo en su etéreo e invisible cuerpo²⁵.

²² Sinett: *El Mundo oculto*.

²³ La íntima relation entre los cuerpos astral y físico se demuestra frecuentemente en las llamadas comunicaciones de los mediums espiritistas. Si una forma materializada se mancha de tinta o de hollín, la materia colorante se encuentra después en la parte correspondiente del cuerpo del *médium*, porque al volver el astral al cuerpo físico deja la mancha en las correspondientes partes del último.

²⁴ Adolfo D'Assier: *La humanidad póstuma*.

²⁵ Aquí pudieran servir de ejemplo los relatos de faquires enterrados vivos durante meses y después resucitados. Son tan conocidos estos casos que no hay necesidad de repetirlos. Además, los fenómenos, por bien atestiguados que estén, jamás suplantán el conocimiento ni explican las misteriosas leyes de la naturaleza. Su realización no prueba más sino que ocurren. El verdadero

Pero también hay formas, cuya natural morada es el plano astral, que las ciencias físicas desconocen porque sólo pueden verse mediante la percepción astral que hoy día únicamente poseen escaso número de gentes. El plano astral tiene, como el físico, sus reinos mineral, vegetal, animal y sus cuatro elementos; y así como en nuestro mundo están poblados la tierra, el aire y el mar, así también en el mundo astral hay habitantes, los espíritus de la naturaleza, que residen en los elementos tierra, aire, agua y fuego. Son producto de arrúpicas ideas de la Mente universal, plasmadas en formas organizadas por el poder creador de la Naturaleza y se ven objetivamente unas a otras mientras existen en el mismo plano.

Las formas individuales del plano astral pueden a menudo hacerse visibles a los hombres y a los animales pero son invisibles en circunstancias ordinarias, por más que las vean los clarividentes y en ciertas condiciones sean además tangibles. Sus cuerpos están constituidos por una substancia elástica y semimaterial, lo bastante etérea para que la vista física no pueda descubrirlos, y cambian de forma según ciertas leyes.

Dice Bulwer Lytton:

“La vida es un principio omnipenetrante, y lo que parece morir y descomponerse engendra vida nueva y toma nuevas formas de materia. Razonando por analogía, si no hay hoja ni gota de agua que no sea, como la más lejana estrella, un mundo habitable, el sentido común bastaría para enseñarnos que el Infinito que nos circunda, el impalpable e ilimitado espacio que separa a la tierra de la luna y de las estrellas, estará lleno también de correspondiente y apropiada vida...”.

“En la gota de agua vemos diversidad de animálculos, algunos de ellos monstruosos y terribles en comparación con otros. Así sucede con los habitantes de la atmósfera. Unos son de sobresaliente sabiduría, otros de malevolencia horrorosa; los hay hostiles para el hombre como demonios y otros benignos como mensajeros entre tierra y cielo”²⁶.

Nuestra escéptica época admira en estas descripciones la “fantasía” del autor, sin advertir que su intención fue declarar una verdad; pero muchos atestiguarían, si necesario fuese, la existencia de estos seres invisibles, aunque substanciales y de variadas formas, que la educada voluntad humana puede hacer conscientes, inteligentes, visibles y útiles al hombre.

Esta afirmación está apoyada en el testimonio de los rosacruces, cabalistas, alquimistas y adeptos, así como los antiguos libros de la sabiduría oriental y la Biblia cristiana.

Sin embargo, tales entidades no son necesariamente seres personales, pues pueden ser fuerzas impersonales que adquieren vida, forma y conciencia por su contacto con la humanidad. Los gnomos, sílfides, ondinas y salamandras no pertenecen del todo al reino de la ficción, aunque son algo muy distinto de lo que creen los ignorantes. ¡Cuán insignificante y pequeño aparece el hombre en la infinidad del universo!; y sin embargo, los sentidos no le revelan más que una parte comparativamente mínima del universo. Si le fuera posible ver los mundos dentro de otros mundos, arriba, abajo, por todas partes, hormigueantes de seres cuya existencia ni siquiera sospecha, mientras ellos tal vez

conocimiento, jamás se adquirió por la observación de los fenómenos externos, sino por el conocimiento de la ley.

²⁶ Bulwer Lytton: *Zanoni*.

ignoran que él existe, se desmayaría de temor e impetraría la protección divina. Con todo, ninguno de aquellos seres aventaja en potencia o elevación al hombre espiritual consciente de sus poderes²⁷.

Los seres del plano *espiritual* fueron antes hombres; pero su constitución no pueden comprenderla los que les son inferiores, y sus formas etéreas son de inconcebible perfección. Otros seres todavía más elevados han trascendido la necesidad de manifestarse en forma y pasan al estado arrúpico. Podemos considerar al ser humano como una nota de la Bran sinfonía universal, y aún *Dhyan Chohan*²⁸, como una cuerda entera o como una agrupación de notas en la sinfonía de los dioses. Así como en música hay notas disonantes y las tinieblas son contrarias a la luz, así también hay entidades malévolas.

El reino del alma es el reino de las emociones, que no provienen tan sólo de procesos fisiológicos cuyas causas derivan del plano Físico, sino que pertenecen a una forma de vida en el plano astral, y a menudo surgen y decaen sin causa aparente. Las condiciones atmosféricas o circunstancias sobre las cuales no tenemos dominio pueden causar ciertas emociones. Una persona que entra en una habitación donde otras se han echado a reír, es susceptible de participar de la alegría común sin conocer la causa; todo un concurso se conmueve por la intensa emoción de un orador, aunque no se entienda bien lo que dice; una sola mujer histérica, en una sala de hospital, puede provocar una epidemia de histerismo entre las demás enfermas; y todo un auditorio puede conmoverse por la arenga de un predicador vehemente, aunque diga necedades. La repentina acumulación de energía emotiva en el plano astral puede matar tan prontamente coma una explosión de pólvora. Cuando, como suele decirse, queda alguien “mudo de terror”, o “paralizado por el miedo”, adquiere la conciencia astral una actividad anormal a expensas de la física y puede cesar la actividad de la vida en este plano determinando el desvanecimiento y aún la muerte.

Todas las formas surgen a la existencia con arreglo a ciertas leyes. El microscopio muestra que en una solución salina se forma un centro de materia que atrae y cristaliza a su alrededor las partículas análogas. Cada sal cristaliza siempre en determinado sistema geométrico peculiar a su índole. En el reino vegetal sabemos que la semilla de una planta atrae las fuerzas necesarias para producir otra planta de la misma especie; la semilla del manzano no produce otro árbol sino el manzano, y de la bellota solo nace el roble. Los caracteres principales de un animal serán los de sus padres, y el aspecto exterior de un hombre corresponde más o menos al de su raza y familia.

Así como todo punto matemático del espacio puede desarrollarse en un ser vivo, consciente y visible, luego de formado cierto centro de energía, así en el reino invisible del alma, las formas astrales pueden surgir a la existencia doquiera encuentren las condiciones necesarias para su crecimiento. De la misma manera que un germen viviente en el plano físico atrae materia para su desenvolvimiento, así un germen psíquico atrae en su torno en el plano astral la invisible pero substancial entidad del pensamiento. Y de la propia suerte que las formas del plano físico corresponden a los caracteres de sus gérmenes, así las formas del plano astral expresan los caracteres de las

²⁷ Paracelso, Cap. V.

²⁸ Hijo de Sabiduría. Espíritu planetario.

emociones prevalecientes en este plano y se manifiestan en formas hermosas o repulsivas, porque toda forma es símbolo o expresión del carácter que representa.

Las formas animales expresan las fuerzas que actúan en el plano animal. Algunas tienen peculiar conciencia y se percatan de su existencia, pero en las circunstancias ordinarias no son más inteligentes que los animales ni pueden obrar con inteligencia. Obedecen a una atracción ciega, como hierro atraído por el imán, doquiera encuentran condiciones apropiadas para su crecimiento. Así vemos que si no se domina una emoción en cuanto apunta, crece hasta ser ingobernable. Unas personas han muerto de pesar y otras de alegría.

Pero si en estas ininteligentes formas se infunde la inteligencia humana, llegan a ser inteligentes y obran conforme a los dictámenes del maestro de quien reciben su voluntad e inteligencia y puede emplearlas indistintamente en el bien o el mal. Toda emoción nacida en el individuo puede combinarse con las fuerzas astrales de la naturaleza y crear un ser perceptible como entidad activa y viviente por quienes tengan facultades supernormales de percepción. Todo sentimiento expresado en palabra o acción puede engendrar una entidad viva en el plano astral. Algunas de estas formas pueden ser muy duraderas, según la intensidad y permanencia del pensamiento que las creó, mientras que otras son creaciones momentáneas que perecen al instante.

Varios casos dan a conocer como el que ha cometido algún crimen de ve perseguido durante años por un demonio vengativo, que se le aparece de cuando en cuando objetivamente. Aunque estos demonios estén involuntariamente engendrados por la imaginación de sus víctimas, siempre son verdaderos para ellas²⁹. Se les puede engendrar por medio de la memoria y del remordimiento; y como sus imágenes existen en la mente, pueden hacerse objetivas por el temor, porque el temor es una emoción repulsiva que instintivamente rechaza el objeto de terror, y la imagen se plasma al repelerla del centro a la periferia mental.

Algunos se han suicidado para evadir la persecución de estos demonios, que a veces toman forma tangible; séanlo o no, la substancia que los forma es solamente una proyección de la substancia de la persona a quien se aparecen. Son, por decirlo así, la misma persona³⁰.

²⁹ Un vecino de París se volvió loco y fue encerrado en un manicomio de Italia, donde por haberle sobrevenido un acceso de furor le confinaron a una celda de castigo. Al cabo de algún tiempo recobró la razón repentinamente y se le permitió restituirse a París. Meses después supo que la celda que había ocupado en el manicomio estaba frecuentada por su propio espectro, visto por varias personas, que no cesaba de delirar y mover estrépito. Curioso de ver su propio espectro volvióse nuestro hombre al manicomio y quedó tan obsesionado por él que de nuevo le acometió la locura y murió orate.

³⁰ En La Vida de los Santos y en la historia de la hechicería se encuentran ejemplos de apariciones astrales en formas visibles y a veces tangibles. Esto les puede ocurrir a los médiums, si por emociones contrarias la voluntad se divide en dos direcciones y proyecta dos formas; porque la voluntad espiritual del hombre, consciente a inconscientemente, crea formas subjetivas que bajo ciertas condiciones pueden hacerse objetivas y visibles. Como ejemplo de esta ley entresacaremos del Acta Sanctorum un episodio de la vida de Santo Domingo. Una vez fue llamado a la cabecera de un enfermo quien le participó que Cristo se le había aparecido. El santo respondió que eso era imposible, y que la aparición era obra del diablo, porque sólo los santos podían ver la aparición de Cristo. Al decir esto le asaltó una duda acerca de si la aparición sería o no verdadera, y en seguida se produjo una división de conciencia que ocasionó

Un adepto dice en carta dirigida a Sinnett:

“Todo pensamiento emanado de un individuo pasa a otro mundo y se convierte en entidad activa al asociarse o mejor dicho unirse con un elemental, o lo que es lo mismo, con una de las fuerzas semiinteligentes de los reinos. Sobrevive como inteligencia activa, coma criatura engendrada por la mente durante un período más o menos largo en proporción a la intensidad originaria de la acción cerebral que la engendró. Así es que un buen pensamiento se perpetúa como una activa y benéfica potencia y un mal pensamiento como una entidad maléfica. De este modo el individuo está siempre poblando una corriente en el espacio, de cuanto propagan sus fantasías, deseos, impulsos y pasiones; una corriente que, en proporción a su intensidad dinámica, reacciona sobre toda organización sensitiva con que se pone en contacto. El Adepto emana estas formas conscientemente; los demás hombres inconscientemente³¹.

Este testimonio está corroborado por otro de distinta procedencia, en prueba de que para crear formas subjetivas no es necesario proporcionar a nuestros pensamientos forma distinta por medio de la imaginación, sino que todo sentimiento o pensamiento puede tomar forma subjetiva, estemos o no conscientes de su existencia. La forma es condición mental, y también lo es el sentimiento; de modo que todo sentimiento estará expresado por la forma correspondiente³².

que el doble de Domingo apareciese al otro lado de la cama del enfermo. Los dos Domingos fueron vistos por el enfermo que los oyó disputar uno con otro, y mientras uno declaraba que la aparición era causada por el diablo, el otro sostenía que era el verdadero Cristo. Los dos Domingos eran tan idénticos, que el enfermo no sabía distinguir al verdadero santo de su imagen, y no podía determinarse a creer ni una ni otra cosa, hasta que por fin el santo rogó que Dios le ayudase, es decir, concentró de nuevo la potencia de su voluntad en sí mismo, y en consecuencia, recobró la unidad, desapareciendo el astral.

Por absurdos que parezcan tales relatos en “nuestra ilustrada época”, dejan de serlo cuando se comprenden las leyes ocultas de la naturaleza y los hechos que evidencian el desdoblamiento de la conciencia.

³¹ A. P. Sinnett: *El Mundo Oculto*.

³² El clarividente Whitworth relata que en su juventud, al estar un profesor alemán tocando el órgano, vio un ejército de apariciones que se movían sobre el teclado, verdaderos duendes liliputienses, hadas y gnomos asombrosamente pequeños, aunque tan perfectos de forma y rostro como las personas que se hallaban en la habitación. Los vio de ambos sexos y vestidos de una manera fantástica; pero su forma, aspecto y movimientos correspondían perfectamente al tema.

En los tiempos apresurados bailaron como locos agitando sus sombreros y abanicos, y pasando de uno a otro lado con rapidez inconcebible, llevando con los pies el compás en acordes movimientos, de sonido análogo al de la caída de la lluvia. Con la rapidez del relámpago al cambiarse el tono en marcha fúnebre, los seres etéreos desaparecieron y en su lugar acudieron gnomos vestidos con mantos negros como monjes de cogulla parecidos a puritanos de rostro agrio, o enlutados de entierro. Lo más asombroso fue que sus caritas expresaban el sentimiento de la música; así es que entendí en el acto la idea del tema musical. En una atronadora prorrupción de dolor, se arrojaron una porción de madres llorosas, con los cabellos en desorden, golpeándose los pechos y sollozando con piadosas lamentaciones por sus queridos muertos. Siguiéron caballeros de sombrero emplumado, con escudos y lanzas y un ejército de tropas indómitas, montadas o a pie, con las manos teñidas en sangrienta batalla, al sonar la ruidosa música marcial en el teclado; y siempre, al cambiarse el tema, nueva clase de duendes acudían, desapareciendo los otros en el aire con la misma rapidez con que aparecían. Al resonar alguna discordancia se presentaba un duende enano y giboso, de miembros torcidos, vestido con desaliño, de voz gutural y cascajosa y movimientos rudos y desagradables.

Después cuenta que habiendo llegado a la edad madura, vio duendes que salían de entre los labios de personas que hablaban, los cuales denotaban en todas sus acciones el mismo

Pero aunque las formas son manifestaciones de vida, no tienen vida por sí mismas, porque la vida es una fuerza universal, sino que son creaciones del pensamiento humano al actuar sobre el akâsa. Las creaciones del hombre se mantienen vivas por medio de la fuerza que irradia del centro vital humano. Son como sombras que se desvanecen cuando se agota la fuente de luz de que se alimentan. Cuando cesa la acción psíquica del hombre que les proporcionó la vida, o cuando la acción obra de otra manera, se desvanecen más o menos pronto, como se desvanece también la forma humana en cuanto le falta la vida procedente de Dios. Pero así como un cadáver no se descompone luego que pierde el principio vital, sino que se destruye más o menos rápidamente según su densidad y cohesión molecular, del mismo modo las formas astrales creadas por los deseos humanos requieren tiempo para disgregarse y siguen existiendo mientras el hombre les infunde vida y conciencia con su pensamiento y voluntad, y una vez adquirida fuerza, pueden unirse al hombre aunque éste no desee su compañía.

Del hombre depende la vida de estas formas cuya lucha por la existencia las obliga a permanecer en el manantial de su vitalidad. Si se separaran de él, morirían, por lo que les es necesario quedarse, y como fantasma franconiano, persiguen a sus creadores con su importuna presencia. Para evadir semejante compañía, el perseguido debe dirigir la fuerza de sus aspiraciones y pensamientos por más elevado rumbo, y matar los otros por falta de alimento. De este modo el principio espiritual de todo hombre le sirve de *Redentor* y por medio de la transformación del carácter le libra de las consecuencias de sus culpas y con su pura luz desvanece las ilusiones creadas por las atracciones inferiores, como se desvanece la nieve bajo la influencia del sol.

Puesto que las formas elementales son siervas de su creador y su propio ser, puede utilizarlas para buenos o malos fines. El amor o el odio pueden crear formas subjetivas hermosas o feas, e infundiéndoles conciencia, darles vida y emplearlas en el bien o el mal. Por su medio puede el mago mezclar su propia vida y conciencia con la persona a quien quiere afectar. Una trenza de cabello, un pedacito de ropa o algún objeto que haya sido llevado por la persona en quien desee influir, puede servir de lazo. Lo mismo puede conseguirse si aquella persona posee algo perteneciente al mago, porque donde quiera que exista algo que haya estado en contacto con el mago, existirá parte de sus propios elementos como eslabón magnético entre él y la persona que posea la prenda. Si tiene desarrollados los sentidos astrales, no le impedirá la distancia observar a la persona con

sentimiento expresado por las frases pronunciadas. Si las palabras estaban inspiradas en buenos sentimientos, los duendes aparecían soberanamente hermosos; si por malos sentimientos, nacían criaturas horrorosas. Vio expresado el odio por serpientes que silbaban y demonios negros y feroces; las palabras de engaño producían figuras hermosas de frente y de detestable fealdad por detrás; el cariño produjo formas blancas, argentinas y llenas de belleza y armonía.

En una ocasión inolvidable presenciaba yo afligido una escena de viva fidelidad por una parte y de doblez por otra. Una linda joven se acercó a su amante para despedirse antes de partir él a un largo viaje. Las palabras de la joven engendraron duendes hermosos y resplandecientes; pero las del joven, si bien eran por el frente de igual belleza y sonreían con la radiante apariencia de cariño eterno, por detrás aparecían negras y diabólicas, con ígneas serpientes y lenguas ahorquilladas de color rojo, que salían de sus crueles labios, y sus ojos brillaban medio cerrados de soslayo con resplandores de malévola astucia. El tenebroso reverso de los duendes era de horrible aspecto y se encorvaban como si quisieran esconderse para sostener al exterior lo brillante y sincero hacia la joven confiada y mantener oculto el negro engaño. Y era de notar que mientras rodeaba un resplandor a las apariencias del anverso, un manto de vapor denso caía como pabellón de impenetrable obscuridad sobre el reverso.

quien está ligado; si sabe proyectar su forma astral a distancia, puede estar presente ante la persona a que afecta, aunque ésta no pueda verle³³.

La imagen astral de una persona puede proyectarse consciente o inconscientemente a lo lejos. Si se fija intensamente en cierto lugar, su pensamiento estará allí, y en consecuencia, él mismo, porque el pensamiento de un hombre es su parte principal. Dondequiera que esté la conciencia de un hombre, allí estará el hombre mismo, esté allí o no su cuerpo físico.

La historia del espiritismo y del sonambulismo proporciona vehementes indicios de que una persona puede estar conscientemente en un lugar mientras su cuerpo físico está dormido en otra parte. Así Francisco Javier, Apolonio de Tiana y otros que se mencionan en la historia antigua y moderna fueron vistos a un mismo tiempo en dos lugares distintos.

El elemental enviado por un mago es parte esencial del mismo mago, y si la persona afectada por el es vulnerable por estar dotada de mediumnidad, o por no tener bien ligados sus propios principios con su razón y voluntad, puede recibir daño de aquél. Pero también una fuerza física puede dañar la forma astral del mago en cuyo cuerpo físico repercutirán los daños recibidos por la forma astral.

El mago que por la potencia de su voluntad logra dominar las fuerzas semiinteligentes de la Naturaleza, puede emplearlas en el bien o en el mal. El inconsciente médium en quien se manifiesta el poder oculto, no puede provocar ni regular estas manifestaciones ni tampoco dominar a los elementales, sino que está dominado por ellos. Los elementos de su cuerpo sirven de instrumento a la actuación de las entidades astrales, puesto que el médium rinde su voluntad y entrega el supremo albedrío de su alma. Se somete a una condición pasiva y espera lo que quieran hacer los elementales a quienes inconscientemente provee de vida y de facultad de pensar, por lo que sus pensamientos y los de los circunstantes pueden reflejarse en las formas astrales, capacitándolas para aparentar inteligencia.

Un medium espiritista es tan solo instrumento de fuerzas invisibles que no domina.

A los mejores médiums se les ha inculcado injustamente de “fraude” voluntario, porque sería tan imposible un médium sin “fraude”, como un espejo que no reflejara los objetos. El médium recibe y refleja los pensamientos en las personas que le rodean con el propósito de descubrir sus “fraudes”, y así no es el médium quien engaña, sino que los concurrentes se engañan por medio de él. Un espejo que no reflejara *todos* los objetos que se pusieran delante de él, sería engañoso; un *médium* que reflejara sólo aquellos pensamientos que le fueran agradables, sería un impostor como tal médium, porque siendo capaz de ejercitar su voluntad no estaría en la pasiva condición peculiar de la mediumnidad.

El mago adepto no es esclavo de las fuerzas ocultas, sino gobernador de ellas por la potencia de su voluntad. Conscientemente puede infundirles vida, conciencia e inteligencia y las hace obrar como quiere; le obedecen, porque forman parte de él mismo. El médium actúa inconscientemente, y en las reuniones espiritistas acostumbran

³³ Lytton: *Zanoni y Una historia extraña*.

los circunstantes a cantar en coro, creídos de que cuanto más armoniosas sean las condiciones establecidas, más perfectas serán las manifestaciones; pero la verdadera razón de esto es que cuanto más abstraído esté el pensamiento de los asistentes y menos dominio mental haya en ellos, más fácil les será a los elementales obsesionarlos.

Los elementos astrales de que se valen los elementales en las reuniones espiritistas para producir fenómenos físicos, no son extraídos sólo del *médium*, sino de los circunstantes de constitución endeble y por lo tanto fáciles de vampirizar. En las sesiones de *materialización*, se extraen también elementos astrales de la ropa de los concurrentes, que así prestan materia adecuada para el ropaje de los “espíritus”, siendo de notar que dicha ropa se desgasta más pronto que de ordinario.

La sangre recién vertida intensifica en alto grado las “materializaciones”; y de aquí las horribles prácticas de magia negra todavía usuales en varias partes del mundo, aunque el público lo ignore, y los sacrificios de animales en las ceremonias religiosas. Un verdugo que desgraciadamente tenía clarividencia, después de ejecutar al reo veía a los “espíritus” de los muertos, a veces los que fueron amigos y parientes, echarse sobre la sangre fresca del ejecutado y alimentarse de su aura y emanaciones. También es cierto que cuando en Europa, por ignorancia de los médicos, cundió la manía de beber sangre, muchos enloquecieron y otros se desmoralizaron³⁴.

El residuo astral del hombre no tiene juicio ni razón y va por donde sus instintos lo atraen o por donde lo llevan deseos no satisfechos.

Si deseáis que el “espectro” de un difunto acuda, atraedlo por la potencia del amor o del odio que tal o cual persona le inspiraba en vida. Dejad incumplida alguna promesa hecha al difunto, e instintivamente la forma astral del muerto vendrá en busca del cumplimiento, atraída por su deseo no satisfecho.

Si no advertimos la presencia de las formas astrales ni oímos su voz, es porque nuestros sentidos astrales están dormidos e inconscientes; pero su presencia puede causarnos inquietud mental y tal vez nos hablan en idioma que no entendemos. En los residuos elementarios permanece lo que constituía la naturaleza inferior del hombre, y si se les infunde temporalmente vida, manifestarán los caracteres inferiores del muerto, que no se hayan depurado lo bastante para unirse a su naturaleza superior. Si se dispone una caja de música para que toque determinada melodía, no tocará ninguna otra, aunque no tenga conciencia propia. Los residuos de las potencias emotivas y mentales que se hallan en los cascarones astrales se manifestarán en el lenguaje peculiar del hombre en vida.

El cadáver de una persona asesinada de repente, puede tomar apariencias de vida por medio de una batería galvánica. Del mismo modo, el cadáver astral de una persona puede vivificarse artificialmente por la infusión de parte del principio vital del médium. Si el cadáver es de una persona muy inteligente, puede hablar con discreción; y si es de un mentecato, dirá necedades. La acción intelectual se asemeja a la acción mecánica en que si una vez empieza a actuar, seguirá sin que la impulse continuamente la voluntad,

³⁴ Uno de los medios más a propósito para la materialización de cascarones astrales es el *aura seminalis* que intensifica en forma material los fantasmas, elementales y vampiros. En las sesiones de materialización se emplean muy extraños procedimientos que nos está vedado describir. Véase: *Vida y doctrina de Teofrasto Paracelso*.

hasta que se agote o se pare. Esto lo vemos todos los días. Hay quien tiene la costumbre de repetir algún cuento favorito que ha contado muchas veces y que recita a la menor oportunidad. Es de notar de cuando empieza a relatar el cuento, de nada vale advertirle que ya se conoce. Tiene que concluirlo a pesar de sí mismo.

Un orador o un predicador no ha de pensar ni razonar para dar expresión a cada palabra que pronuncia. Una vez que fluya la corriente de ideas, saldrán sin esfuerzo de voluntad. Si la fuerza vital de un médium anima el cerebro astral de un muerto, despertará en él las mismas ideas a que estaba acostumbrado en vida.

También razonamos soñando y hacemos conclusiones lógicas mientras dormimos; pero la razón está ausente, y aunque nuestros razonamientos parecen lógicos, al despertar, luego que la razón vuelve a la actividad, reconocemos su incongruencia.

El organismo mental del hombre se parece a la maquinaria de un reloj, que en cuanto empieza a funcionar continua hasta que se le acaba la cuerda; pero no hay maquinaria de reloj que tenga cuerda por sí misma, ni hay organismo mental capaz de pensar sin una fuerza que inicie el proceso intelectual.

Debemos llamar la atención hacia uno de los muchos peligros de las prácticas espiritistas.

El alma desencarnada sigue las atracciones del mal y del bien hasta que se separa finalmente la parte inferior de la superior. Puede obedecer a la atracción de los principios superiores de la naturaleza y convertirse hacia lo espiritual, o por mediumnidad caer de nuevo en contacto con la materia, tomando parte otra vez en el tumulto de la vida, aunque sea con órganos supletorios y seguir nuevamente la seducción de los sentidos hasta perder de vista el ego inmortal.

Así no sólo es peligroso evocar los “espíritus” de los muertos, sino que es para ellos muy perjudicial mientras no se hayan separado los principios superiores de los inferiores. La *necromancia* es un arte vil y abominable. Puede interrumpir los dichosos sueños del alma que aspira a una condición más elevada de existencia, y es como violento ataque que recibiera un santo en horas de meditación, obligándole a interesarse en los asuntos de la vida inferior, que no pueden servirle en sus esfuerzos para elevarse a una condición superior. Es un paso hacia la degradación; y como todo impulso tiende a repetirse, pueden surgir funestísimas consecuencias de lo que a primera vista parece diversión inocente.

Los cascarones astrales pueden ser utilizados por el mago negro y por las fuerzas elementales de la naturaleza, con el fin de hacer mal. Si son inconscientes, sirven de instrumento a los elementales; si conscientes, pueden cooperar en alianza con ellos.

El que entra en semejante trato *inespiritual*, puede aliarse consciente o inconscientemente con una persona mal dispuesta y algún habitante muy malévolo del plano astral cuya conciencia se haya concentrado en sus principios inferiores. Sabemos que muchos que poseen aptitudes de *magos negros* hacen el mal inconscientemente; es decir, si odian, no saben los efectos que produce su odio ni del modo con que tales fuerzas obran. La energía psíquica engendrada por su odio puede influir en el organismo de la persona odiada y causar enfermedades físicas, sin que la persona de quien sale este maligno poder sepa que su odio causó la enfermedad.

Los *magos negros* suministran inconscientemente elementos por cuyo medio obra su maligno espíritu. Si la voluntad del mago negro no es bastante poderosa para realizar su mala intención, la fuerza empleada reaccionará mortalmente contra él. Indudablemente se infiere de esto que el suicidio por un arrebatado de cólera o celos tiene por determinante la reacción producida por un anterior estado mental. La más segura protección contra la magia negra, consciente o inconsciente, es la firmeza de carácter, esto es, la fe en el divino poder del alma.

Al ennoblecerse el hombre elimina los elementos inferiores de su constitución, siendo reemplazados por los superiores, y de la misma manera se opera la transmutación opuesta si le degradan sus bajos pensamientos y acciones. El hombre sensual atrae del akâsa los elementos que necesita su sensualidad, porque los goces groseros sólo puede sentirlos la materia grosera. Un hombre de crecientes instintos brutales puede degradarse hasta llegar a ser un bruto en el carácter, si no en la forma; pero como la forma no es más que la expresión del carácter, puede tomar semejanza animal. Prueba de ello nos dan todos los días los hombres cuyos animales instintos delatan su aspecto. Nos encontramos con hombres cuyos rasgos fisonómicos son de cerdos, lobos y serpientes, y otros que llevan el sello del alcohol, no siendo necesarias las instrucciones que proporcionan los libros que tratan de la fisonomía para que sea fácil leer más o menos correctamente en su aspecto exterior el carácter de ciertas personas.

En el plano físico la inercia de la materia es mayor que en el astral, y por consiguiente sus cambios son lentos. La materia astral es más activa y puede cambiar de forma con más rapidez. El cuerpo astral de un hombre de carácter brutal, puede aparecerse al mago con aspecto de animal³⁵. La forma astral de un malvado puede tomar figura de bruto, si sus instintos se identifican en su imaginación con el animal que exprese tales instintos. También puede infundirse en un animal para obsesionarlo, o bien para protegerse contra la descomposición y la muerte.

Sería inútil relatar anécdotas ejemplares de estos casos. El lector ha de conocer la constitución esencial del hombre y la ley que actúa en todas las formas. Una vez comprendida la manera de actuar de la ley, poco le importará saber en qué casos especiales se manifiesta su acción. La descripción de fenómenos nunca equivaldría al conocimiento de la ley³⁶.

³⁵ E. Swedenborg: *El Cielo y el Infierno*.

³⁶ Se citan casos de esta índole en las obras siguientes:

Goerres: *Misticismo cristiano*.

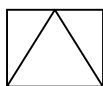
D'Assier: *La humanidad póstuma*.

Crowe: *El aspecto tenebroso de la naturaleza*.

Britten: *Historia del espiritismo*.

Blavatsky: *Isis sin velo*.

Perry: *Fenómenos místicos de la naturaleza*.



CAPITULO IV

LA VIDA

“SIEMPRE *he existido*, Y NO
DEJARÉ *de ser*”

BHAGAVAD GÎTÂ

El universo de formas puede compararse a un caleidoscopio en que las modalidades de la energía primaria aparecen, desaparecen y reaparecen en ilimitada variedad. Así como en el caleidoscopio los pedazos de vidrio coloreado no cambian de substancia, sino sólo de posición, y por medio de las ilusorias reflexiones de los espejos, a cada vuelta del instrumento prestan nuevas constelaciones y figuras, así la *Vida una* se manifiesta en infinito número de formas consciente o inconscientemente, sin inteligencia o con inteligencia, con voluntad o sin ella, desde el átomo cuyas auras y éteres se precipitan por un vórtice común³⁷, hasta los ardientes soles cuyas fotosferas se extienden a millones de kilómetros, y desde el microscópico ameba hasta el hombre perfecto, cuya inteligencia vence a los dioses.

Las formas son pensamientos materializados. Quien domina el pensamiento domina la vida y puede crear una forma; pero pocos son capaces de sostener un pensamiento ni siquiera durante un minuto, porque sus mentes son vacilantes y su voluntad anda dispersa. Una forma surge a la existencia en el plano físico y se desarrolla porque algo que ya existía en pensamiento se hace visible y material. Este algo es el carácter de la forma, y como cada carácter es una individualidad, su conjunto quedará expresado en todas las partes de la forma. Por ejemplo, un ser humano no tendrá cuerpo de hombre y cabeza de animal; pero su carácter humano se expresará en todas sus partes; y así como el carácter que constituye la humanidad está expresado en todo individuo humano, del mismo modo el carácter de un individuo está expresado en todas las partes de él. En esta verdad se basan la astrología, frenología, quiromancia, fisiognomía, etc., que cuando se comprenden bien resultan *necesariamente* verdaderas porque la Naturaleza es *Unidad*.

Un animal, una planta, un hombre son una unidad y están expresados en todas las partes de sus respectivas formas. Cabe demostrar científicamente que cada parte de un organismo es un microcosmos en que están representados sus principios componentes. Al examinar parte de una hoja, comprendemos que proviene de una planta; al observar alguna substancia animal, vemos que procede de un animal; y al poner en toque la más mínima parte de un mineral, sabremos que pertenece al reino mineral. De la misma manera podremos descubrir el carácter del hombre por medio del examen de sus manos, rostro, pies o cualquier otra parte del cuerpo, si sabemos examinarlo debidamente.

³⁷ Babbitt: *Principios de luz y color*.

En esta ley se basa la *psicometría*³⁸ que nos revela la verídica historia de acontecimientos pasados. El examen psicométrico de una piedra arrancada de una casa nos da exactos informes de sus habitantes anteriores o actuales; y un fósil suministra acabada descripción de acontecimientos antediluvianos y el modo de vivir de los hombres y animales prehistóricos.

Por la investigación psicométrica de una carta podemos obtener informes de la persona que la escribió y de la localidad en que fue escrita³⁹. Si este arte fuera reconocido y practicado universalmente, podría descubrirse a los criminales por el examen psicométrico de una parte de la pared, del piso o de los muebles del aposento donde se hubiera cometido el crimen. También serviría para evidenciar la inocencia de los injustamente inculcados e impedir la impunidad por falta de pruebas; porque las superiores facultades del investigador psicómetra le permitirán ver la escena del crimen con tanta claridad como si la hubiese presenciado.

Toda forma es expresión externa del carácter que representa, y así tiene ciertos atributos peculiares que la distinguen de otras formas. Al cambio de carácter sigue un cambio lento de forma. El individuo que se degrada moralmente delata con el tiempo su degradación en su aspecto, así como lo sujetos de aspecto y carácter distinto pueden parecerse con el tiempo según vayan armonizándose sus caracteres. Las formas de vida pertenecientes a la misma clase y especie se parecen unas a otras, y los individuos de la misma nacionalidad tienen comunes ciertos rasgos característicos. Un irlandés no se confunde fácilmente con un español, aunque ambos se vistan del mismo modo; pero si los dos emigran a América, sus hijos o nietos perderán poco a poco los rasgos étnicos de sus antepasados. El cambio de carácter cambia la forma; pero el cambio de forma no cambia necesariamente el carácter. Un hombre puede perder una pierna sin que cambie su carácter; un niño puede hacerse hombre y, sin embargo, quedar con carácter de niño, si no lo ha modificado la educación.

Esto demuestra irrefutablemente que el carácter es más esencial que la forma exterior. Si el carácter de un individuo dependiese de la forma heredada, los hijos de los mismos padres, educados en las mismas circunstancias, manifestarían las mismas características morales; pero sabido es que los hermanos difieren frecuentemente de carácter con ciertos rasgos que no poseen los padres.

Si, como a menudo sucede, los hijos tienen el mismo talento y capacidad intelectual que el padre, no prueba que los padres del cuerpo físico del niño sean también padres de su germen intelectual; pero se puede aceptar como prueba adicional de la *reencarnación*, porque la mónada espiritual del niño, al esforzarse en reencarnar, queda atraída naturalmente a los padres cuya constitución mental corresponda mejor a los talentos y aptitudes desarrollados durante una vida anterior.

“Carácter” equivale a “individualidad” y es lo que distingue a un individuo de otro. El verdadero carácter es el ser individual y no la forma corpórea, pues la individualidad persiste aún después de disgregado el cuerpo cuya expresión material fue. Esta individualidad, llamada alma, no es perceptible por la vista física ni durante la vida ni

³⁸ Denton: *El alma de las cosas*. Buchanan: *Manual de psicometría*.

³⁹ Por medio de una carta que, sin saber cómo, recibí de un Maestro del Tíbet y examiné psicométricamente una labriega alemana, tuve la exacta descripción de un templo tibetano y de ciertas personas con las que posteriormente trabé conocimiento.

después de la muerte de la forma. Cesa la vida del cuerpo; pero la vida de la individualidad es independiente de la vida de la forma o personalidad.

La individualidad puede pertenecer a una clase colectiva o a entidades separadas. En los reinos inferiores no hay diferenciación de carácter o alma, sino tan sólo de forma. Los seres de estos reinos tienen un alma colectiva; pero en los seres inteligentes corresponde distinta individualidad a cada forma, y todo ser consciente tiene su propia alma individual, en cuanto adquiere carácter individual, y su individualidad queda independiente de la existencia de la personalidad. Las formas perecen; pero la individualidad persiste inalterable después de muerta la forma.

Desde este punto de vista, la “muerte” es vida, porque durante el período de la muerte no cambia lo esencial; la vida es muerte, porque sólo durante la vida de la forma se cambia el carácter, y las viejas inclinaciones mueren y las reemplazan otras. Nuestras pasiones y vicios pueden morir mientras vivimos; si nos sobreviven, nacerán de nuevo. El carácter del roble existe antes de que germine la bellota; pero el creciente germen atrae de la tierra y del aire los elementos necesarios para producir el roble. El alma del niño existe antes de que su forma física nazca al mundo, y atrae de la atmósfera espiritual los elementos adecuados a sus aspiraciones y tendencias. La semilla crece mejor en el terreno más a propósito para su constitución. Al encarnar toda mónada humana en estado subjetivo, quedará atraída hacia los padres y familias cuyas condiciones proporcionen el terreno mejor adaptable a sus inclinaciones, y cuyos atributos morales y mentales se correspondan más armónicamente con los suyos. Los padres físicos no pueden ser los progenitores del germen espiritual del niño, porque este germen es producto de una evolución espiritual anterior, por la cual ha pasado en conexión con otras vidas objetivas. En la presente existencia de un ser, se prepara el carácter del que ha de sucederle.

Por lo tanto, bien puede decirse que todo hombre es su propio padre; porque es la encarnada consecuencia de la personalidad que formó en su última vida terrestre, y durante la vida actual está formando la personalidad con que aparecerá en su próximo paso por este globo.

El desarrollo de una planta culmina en el de la semilla; el desarrollo del cuerpo animal culmina en la capacidad de reproducir su forma; pero el desarrollo intelectual y espiritual de un hombre puede continuar después de adquirido el poder de reproducción, y quizá no haya alcanzado su punto culminante cuando el cuerpo físico decaiga y muera. La condición del cuerpo físico facilita indudablemente el desarrollo del carácter, como el buen terreno facilita el crecimiento del árbol; pero el mejor terreno no puede convertir el cardo en rosal, y vil o necio puede ser el hijo de un hombre honrado e inteligente.

Al manifestarse en formas la esencia primaria, desciende sucesivamente de su universal condición a estados generales, especiales e individuales. Al ascender de nuevo a lo arrúpico, se invierte la escala, y las unidades individuales se explayan para unirse nuevamente al todo. La vida en los mundos inferiores se manifiesta en condición indiferenciada. El aire no tiene forma estrictamente definida; una gota de agua en el océano participa de la existencia común a las demás gotas; un pedazo de arcilla es esencialmente lo mismo que cualquier otro. En los reinos vegetal y animal, el universal principio de vida se manifiesta en formas individuales; sin embargo, poca diferencia hay

entre vegetales, animales y hombres de una misma especie, individualmente considerados, pues cuando la forma desaparece cesar de existir los atributos que distinguen unas formas individuales de otras. Lo que distingue esencialmente a un individuo de otro es independiente de la forma. Las distinciones entre las formas son perecederas; las de los caracteres son permanentes. Los atributos que elevan eminentemente a quienes los poseen sobre el nivel común, despuntan cuando ya no prevalecen las apariencias. Sócrates era contrahecho, y sin embargo, sobresalió por su poderoso genio. La estatura de Napoleón no correspondía a la altura de su mente. La espiritualidad se cierne sobre la tumba de la forma, y la influencia de las mentes poderosas suele ser más decisiva al convertirse en polvo los cuerpos en que alentaron. La potencia de los entendimientos vigorosos trasciende la forma física durante la vida. No mueren al desaparecer la forma.

Todos los caracteres pueden reencarnar después de abandonar la forma; pero si un individuo no tiene carácter específico peculiar, sólo se infundirá en el nuevo cuerpo el carácter común a la especie o clase a que pertenezca. Si un individuo ha desarrollado carácter propio, que le distinga de sus semejantes, sobrevivirá individualmente a la disolución de su forma, porque la ley que rige en el todo o la clase, rige también en la parte. Una gota en una masa de agua se confunde en el conjunto del líquido, y aunque se evapore y de nuevo se condense ya no será la misma gota; mas si una gota de aceite volátil se mezcla con el agua y se evapora la masa en una retorta, al condensarse el vapor quedará la misma gota de aceite en el agua. Un carácter puede perder su individualidad durante la vida y confundirse en el nivel común; pero si se ha distinguido de los otros, su individualidad sobrevivirá a la muerte de la forma.

Para formar un carácter es necesaria una forma individual, y para crear una forma individual se requiere un carácter. Si queremos producir una forma, hemos de determinar primero su carácter. Un escultor que labrara una piedra sin haber pensado antes en la forma que ha de darle, no lograría resultado notable. La forma es para el carácter una escuela donde aprende las lecciones de la experiencia en la lucha por la vida. Cuanto más empeñada sea la lucha, más pronto se formará el carácter del individuo, pues una vida sin dificultades podría vigorizar la forma, pero debilitaría el carácter, al paso que la lucha penosa debilita la forma y vigoriza el espíritu. Si deseamos plasmar en arcilla una nueva forma, hemos de determinar antes su carácter, porque como la arcilla es pasiva, lo mismo podremos modelar en ella una forma hermosa que otra fea. De la propia suerte, si deseamos mejorar nuestro carácter durante la vida, debemos ante todo establecer un levantado propósito, un ideal de vida, y realizarlo en nuestro verdadero ser. Una vez fijada esta determinación, hemos de apartar de nosotros cuanto se oponga a la realización del ideal, pues bastará que protejamos la actuación de nuestro ser para que cumpla su obra sin nuestra activa cooperación. No necesitamos perseguir ni prender ni inventar ni elaborar nuestro ideal, sino dejar que el ya existente se realice en nosotros. No podemos determinar el crecimiento de un vegetal, sino tan sólo disponer las condiciones en que ha de crecer. Así tampoco podemos desenvolver un ideal, sino que por sí mismo irá desenvolviéndose con tal que le suministremos terreno adecuado; y este terreno es nuestra conducta.

Si nuestra alma ha de dilatar su conciencia más allá de los estrechos límites de este mundo y descubrir la gloria de la existencia universal, hemos de realizar en nosotros una elevada y universal idea. De nada vale pensar y hablar de un ideal si no lo alimentamos con nuestra conducta. La sabiduría, el poder, el amor, la verdad y la

justicia no son ni pueden ser objetos de especulación ni de investigación científica, sino que deben animar nuestra conducta y nutrirnos por la conformidad de nuestra vida con estos capitales principios, pues de lo contrario no podremos sobreponernos a las limitaciones de la forma que motivan la ilusión de la separada personalidad. De la ilusión de separatividad, derivada del predominio de la forma, surge la ilusión de la personalidad, y de ésta dimanarán otras muchas ilusiones, porque el sentimiento del yo despierta el egoísmo, la apetencia de vida material, la codicia, envidia, celos, avaricia, temor, duda, tristeza, sufrimiento y muerte, con toda la cohorte de penas que amargan la vida y no consienten dicha duradera. Para el infeliz que no sabe hallar la dicha en sí mismo, el más seguro y fácil camino de encontrarla es el olvido de la personalidad. El que vive con el corazón continuamente aislado, sólo cuida de sí mismo y pasa la vida suspirando por lo que no posee, y pierde con ello su energía espiritual, convirtiendo su existencia en vaporoso sueño.

De la propia suerte que el aislamiento extenua en el plano físico, así también se extenua el alma no nutrida con el espíritu de universal amor. Los organismos inferiores, los minerales por ejemplo, soportan el aislamiento. El pino silvestre medra en parajes desnudos de toda otra vegetación. Un idiota puede vivir aislado en una cueva sin experimentar angustia, porque carece de aspiraciones espirituales necesitadas de nutrición; pero quien anhele vida y energía espirituales ha de nutrirse del espíritu de universal amor.

También el aislamiento extenua en el plano astral. Un deseo encerrado en lo íntimo del corazón se alimenta a expensas de la vida de quien lo alberga. La cólera reconcentrada busca un objeto sobre qué descargar. Las pasiones no quedan nunca satisfechas y tanto más exigen cuanto más se les conceden. Las fuerzas del plano astral son conscientes, aunque no inteligentes, y se resisten a morir, pues claman siempre por vida y siguen las corrientes de las atracciones vitales. Así los elementos astrales de un borracho quedarán atraídos por otros borrachos; los del lascivo buscarán en los burdeles el goce sensual por medio de cuerpo ajeno; los de un avaro planearán sobre su escondido tesoro, hasta que se agote la fuerza de su pasión. Hay diversidad de *espectros, fantasmas, vampiros, incubos, súcubos y elementarios* sedientos de vida.

Un deseo aislado no muere, sino que se transmuta en pasión; y las pasiones se intensifican a expensas de su víctima cuando se las refrena, porque no es posible aniquilar la energía acumulada, y se han de transferir a otras formas o transmutarlas en otras modalidades de actuación, pues no pueden permanecer inactivas. Es inútil resistir una pasión que no podemos dominar. Si su acumulada energía no fluye por otros conductos, crecerá hasta prevalecer contra la voluntad y la razón. Para dominarla es preciso darle más elevadas aplicaciones.

Así, el amor a lo inferior puede transmutarse en amor a lo superior y el vicio en virtud con sólo mudar el punto de aplicación. La pasión es ciega y como va por donde se la conduce necesita la razón por guía. El amor a la forma se desvanece a la muerte de la forma; el amor a la individualidad persiste aunque desaparezca la personalidad.

Dijeron los antiguos que *la Naturaleza tiene horror al vacío*. No podemos aniquilar una pasión, pues si la reprimimos cambiará de aspecto; y así hemos de substituir lo inferior por lo superior, el vicio por la virtud y la superstición por el conocimiento.

Hay quien vive completamente aislado en el plano mental. Son los que se absorben en trabajos intelectuales, sin tiempo ni inclinación para atender a las necesidades de la individualidad. Vigorizan el cerebro y atrofian el corazón. Viven entre sueños e ilusiones científicas, en el humo de las especulaciones surgidas de sus vaporosos cerebros. Son como avaros que acumulan en la mente teorías, dogmas, hipótesis, suposiciones, inferencias, sofismas que diputan por imperecederos tesoros, sin dejar sitio al desenvolvimiento espiritual dimanante de la conciencia de su verdadero ser. Pues la mayor parte son materialistas, escépticos, racionalistas y eruditos que robustecen su cerebro a expensas del corazón. Discuten o niegan la inmortalidad en vez de esforzarse en lograrla, y no reparan en el crimen con tal de satisfacer su curiosidad científica. Sus restos astrales seguirán existiendo algún tiempo después de la muerte del cuerpo físico, hasta que se extinga su fuerza vital; pero como en la vida terrena no tuvieron aspiraciones espirituales, en cuanto se desvanezcan sus científicos tesoros quedarán en estado de idiotismo espiritual.

No puede haber aislamiento en el plano espiritual ni se concibe la soledad en Dios; porque si Dios existe por Sí mismo y a Sí mismo se basta en omnipotencia y sabiduría, Su vida y conocimiento han de contener necesariamente el todo con todas sus criaturas. Bien puede vivir satisfecho en una tumba quien ha logrado el conocimiento de su divino Yo; porque ¿qué otra compañía ha de apetecer quien goza de la presencia de Dios? ¿Qué consuelo necesita quien reposa en la divina paz? ¿Qué se le puede ofrecer a quien posee a Dios?

La vida es imperecedera; tan sólo perecen las formas cuando la vida cesa de manifestarse en ella.

La vida está universalmente presente en la Naturaleza y la contiene toda partícula de materia. Sólo cuando desaparece enteramente de ella la vida, muere la forma. Parece que en una piedra no hay vida; y no obstante, sin vida no habría cohesión de átomos. Si de un mineral elimináramos la vida, se disgregaría su forma. Una semilla sacada de la tumba de una momia egipcia germinó después de sembrada, por haber conservado el principio vital durante su sueño secular. Si de la misma manera se pudiera detener la actividad de la vida animal, un hombre o un animal podrían prolongar indefinidamente su existencia. Las piedras pueden vivir desde el principio al fin de un *manvântara* y algunas formas alcanzan una edad muy avanzada; pero una vez dado el impulso vital, es muy difícil, si no imposible, detenerlo sin destruir la forma⁴⁰.

La vida puede transferirse de una forma a otra por la potencia del amor; porque el amor, la voluntad y la vida son esencialmente aspectos del mismo poder, como el calor y la luz son modalidades del movimiento. El odio mata y el amor reaviva. El amor espiritual es más poderoso vitalizador que las drogas medicinales. Quien verdaderamente ama, sacrifica su vida por salvar la del ser amado. El poder del amor devuelve la salud a los enfermos.

De la fuente de este universal amor dimana también la vida de todas las cosas. Es la divina conciencia por cuya virtud se reconoce Dios en todas las cosas. Es la divina

⁴⁰ Si la vida del hombre pudiera suspenderse por medio de la detención de las actividades fisiológicas, no sería difícil conservar durante siglos a los políticos y estadistas para despertarlos únicamente cuando fuera necesario su consejo.

sabiduría, la *Luz*⁴¹ por doquiera presente y manifestada en todas las formas capaces de corresponder a sus vívidas vibraciones.

No la descubren la vivisección ni el análisis químico ni tampoco la ciencia moderna sabe nada de ella. Sin embargo, es un elemento por el cual y en el cual vivimos y tenemos nuestro ser, de modo que si nos privaran de él por un solo instante, quedaríamos aniquilados en el acto.

Cerrar los ojos a la universal presencia de esta Luz equivale a negar la evidente realidad de que las plantas, animales y hombres viven y crecen y que toda forma se esfuerza por alcanzar mayor grado con arreglo a la ley de evolución.

Sin cesar prosigue la construcción del *Templo de Salomón*. Los elementos de la naturaleza y los arquitectos del universo trabajan invisiblemente, sin que se oiga el martilleo. La Vida habita en una forma, y cuando ésta envejece, reúne aquella los elementos para edificarse otra nueva. Una roca expuesta a las erosiones del aire y del agua se disgrega en su superficie; pero los elementos se reúnen de nuevo y aparecen en nueva forma. Plantas y musgos minúsculos crecen en su superficie, viven, mueren y renacen, hasta que acumulándose el mantillo, brotan formas superiores. Pueden transcurrir siglos antes de que se complete esta labor; pero al fin aparecerá la hierba, y la vida adormecida en la roca se manifestará en formas capaces de ascender al reino animal. Un gusano puede nutrirse de una planta cuya vida llega a ser activa y consciente en el gusano. Un pájaro puede comerse el gusano cuya vida, encadenada hasta entonces a una forma que se arrastraba en la obscuridad y el fango, participa de los goces de un habitante del aire. En cada peldaño de la escala del progreso, la vida adquiere nuevos medios de manifestar su actividad, y la muerte de su primera forma le facilita entrar en otra superior. Pero llega una etapa de evolución en que la actividad de la vida es tan intensa y su esfera de acción tan dilatada, que ya no halla expresión adecuada de sus atributos en ningún organismo físico ni en forma alguna de las que podemos concebir. Entonces el marco mortal es demasiado insignificante para el genio inmortal, y la libre águila se cierne sobre la forma.

Las formas no son más que símbolos de vida, y cuánto más elevada sea la expresión de vida, tanto más elevada será la forma. Una bellota es muy insignificante comparada con el roble; pero tiene su carácter, y por la acción mágica de la vida puede convertirse en roble. El germen de su vida individual está encarnado en la bellota y forma el punto de atracción del universal principio de vida. Ya está formado su carácter, y al crecer sólo puede convertirse en roble. Sepultada en tierra, crece y pasa del estado inferior al superior por medio de la influencia suprema, porque el principio de vida está en él; pero por grande que sea su actitud de crecer, no germina sin la influencia de la fuente universal de vida, alcanzada por el sol, que no podría desarrollarla si el germen no contuviera el principio vital.

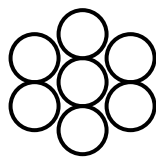
Los rayos del sol llegan a la tierra desde las etéreas regiones. Su luz no puede penetrar en el macizo suelo que protege a la tierna semilla vegetal de los ardientes rayos cuya actividad destruiría su inherente vitalidad.

⁴¹ En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. San Juan I-4.

Pero al recibir la semilla el calor que irradia de la tierra, manifiesta una especial modalidad de vida. Germina la semilla y el brote lucha en dirección al origen de la influencia que le da vida esforzándose en salir a la luz. Las raíces no desean luz, pues sólo buscan el alimento que encuentran en los oscuros senos de la materia. Penetran hondamente en la tierra, y aún pueden absorber la actividad de las partes superiores de la planta; pero si estas partes pertenecen a especies cuyo carácter es crecer hacia la luz, sus más nobles porciones entrarán en su esfera y al fin producirán flores y frutos.

El alma del hombre, sepultada en la materia, recibe la vitalizadora influencia del supremo sol espiritual, y al mismo tiempo se ve atraída por la materia. Si toda la atención del hombre se convierte a las exigencias del cuerpo y todos sus deseos y aspiraciones a la satisfacción de su naturaleza inferior, quedará ligado a la tierra, incapaz de conocer la existencia de la Luz; mas si busca la Luz y abre su alma al flujo divino, entrará en su esfera y llegará a tener conciencia de su existencia.

El verdadero *Elixir de Vida* sólo se halla en la eterna fuente de vida. Surge del séptimo principio, se manifiesta como potencia espiritual en el sexto y derrama su luz en el quinto para iluminar la mente. En el quinto se manifiesta como potencia mental del hombre e irradia hacia abajo sobre el cuarto, en el que suscita los deseos por la incitación de los instintos de la tríada inferior, a fin de que las formas puedan extraer del gran almacén de la Naturaleza los elementos necesarios. Eternamente llama a los hombres a la existencia con la voz de la verdad, cuyo eco es la intuición que clama en el desierto de nuestros corazones, bautizando a las almas con el agua de la verdad y señalándoles el verdadero camino de su inmortalidad.



CAPITULO V

ARMONÍA

“NO ENTRE AQUÍ NADIE QUE NO
ESTÉ MUY VERSADO EN
MATEMÁTICAS Y MÚSICA”

PITÁGORAS

“La música de las esferas” es una frase poética que expresa una gran verdad, porque el Universo rebosa armonía, y toda alma acorde con el alma del Universo puede escuchar y comprender la música de las esferas. El mundo y el hombre son como instrumentos musicales cuyas cuerdas deben estar en perfecto temple a fin de que no haya discordancia alguna. Podemos considerar la materia física en la vibración más lenta y el espíritu en la más rápida vibración de la vida. Entre estos dos polos están los principios intermediarios que completan la gran octava llamada hombre.

Dícese que Platón mandó inscribir sobre la puerta de su academia este letrero: “No entre aquí nadie que no esté muy versado en matemáticas”. A este letrero añadió más tarde Pitágoras: “y en música”, significando con ello la necesidad de que el alumno fuese capaz de mantener su alma en armonía con la divina ley de existencia y de sentir la belleza de la verdad; porque sin esta elevación de alma, sin espiritualidad, todo anhelo de conocer cuanto trasciende los dominios de la sensación será vano y como insana apetencia de satisfacer la curiosidad con resultado contrario al fin propuesto, pues tanto más se alejará el hombre del Uno que contiene al Todo, cuanto más se empeñe en investigarlo objetivamente, y más tardará en comprender la única, eterna, omnipotente e infinita verdad. La personalidad no puede abarcar lo impersonal. Si el hombre quiere conocer a Dios ha de substraerse a su naturaleza inferior y compenetrarse con la de Dios, lo cual equivale a suprimir las discordancias procedentes de la ilusión de separatividad, echando de ver la unidad del todo.

En la unidad está basado el universo. Dios es uno. Es la Ley que no necesita legislador, pues está siempre por doquiera presente en la naturaleza, por Sí mismo existente; suficiente y absoluto. En todas partes rige la Ley y todas las cosas existen en la Ley, pues nada hay que no esté sujeto a la ley de existencia.

Pero como por el acto de la creación y la consiguiente evolución surgen a la existencia variedad de formas con innumerables seres capaces de querer, pensar y obrar contrariamente a la divina sabiduría, de aquí las muchas discordancias en el que debiera ser armonioso conjunto. Así tenemos que aún cuando la ley siempre es la misma, se le puede dar torcida aplicación y perverso uso. A la ley está sujeto todo ser individual y cuanto más pronto reconozca el individuo la suprema y fundamental ley de su verdadera naturaleza, tanto más rápidamente se restablecerá la primitiva armonía.

El hombre es por sí mismo un resultado de la acción de la ley y la ley está en él como centro y manantial de su verdadero ser y él es expresión de la ley. El mismo es la ley y así lo reconocerá cuando conozca su verdadero ser. Todos los elementos del hombre que no reconozcan esta ley universal ni actúen de conformidad con ella no pertenecen a su naturaleza divina ni constituyen su verdadero ser, sino que producen la discordancia existente en el mundo. Tan sólo cuando todos los habitantes de su reino individual acaten la superioridad de la ley reinará en él perfecta armonía.

En todos los dominios de la Naturaleza todo efecto tiene su causa y cada causa produce efecto adecuado a sus condiciones de manifestación. Si conociéramos bien las causas, nos sería fácil calcular sus efectos. Cada pensamiento, palabra y obra crea una causa que actúa directamente en el plano a que pertenece, promoviendo en este plano nuevas causas que reaccionan sobre los otros planos.

Un motivo o pensamiento no expresado en acción, no tendrá resultado directo en el plano físico; pero puede causar gran emoción en el mental, y desde éste reaccionar en aquél. Las mejores intenciones no producirán efecto visible si no se convierten en acto; pero determinan ciertos estados mentales de que pueden derivar acciones futuras. Una acción producirá efecto, sea premeditada o no; pero una acción sin motivo no obrará directamente en el plano mental, pues resulta de la locura y entraña responsabilidad moral para su autor, aunque en el plano físico producirá efectos que pueden reaccionar en el mental.

De las causas creadas en los planos físico, astral y mental, dimanar innumerables combinaciones de efectos que crean nuevas causas también seguidas de efectos; y toda fuerza operante en un plano, continúa obrando hasta transmutarse en otra modalidad de acción, al mudar el tono de sus vibraciones y cesar los antecedentes efectos.

La trina acción de esta ley en sus aspectos de *pensamiento*, *voluntad* y *acción*, en los planos físico, emocional, mental y espiritual, determina numerosísimas condiciones que a su vez engendran un sin fin de variedades y modificaciones que de nuevo producen innumerables causas secundarias con sus correspondientes resultados, hasta que por último llega a ser tan intrincada la acción de la ley kármica que no es posible desmenuzar todos sus pormenores.

La kármica es ley de justicia y tiene por objeto el restablecimiento de la armonía, pues entraña compensación en forma de *premio* y *castigo*, sin que para nada intervenga la venganza ni reconozca influencias personales. Opera por sí misma según su propia naturaleza y no con arreglo a tales o cuales consideraciones. Por virtud de la ley kármica la suma de causas engendradas por el individuo en una encarnación producirán determinados efectos en la próxima, ocasionándole gozo o pena lo que consciente o inconscientemente creó el mismo. Todo ser de la naturaleza que haya alcanzado la individualidad tiene karma individual que determinará el curso de su futura evolución. Cada uno de los elementos individuales que constituyen el hombre tiene su propio karma y cuando el hombre se identifica con su naturaleza inferior participa del karma de los principios que la constituyen; pero así como Dios es superior a la naturaleza y por lo tanto no está sujeto a ella, así también el hombre que subyuga su naturaleza inferior y se sobrepone a ella, identificándose con la ley, quedará libre del karma propio de su naturaleza inferior. Eliminando su naturaleza inferior y sacrificándose enteramente a la ley del divino ser se le *perdonan* los pecados.

Las discordancias causadas en la naturaleza por la acción del ilusorio yo y de los pervertidos deseos de la personalidad no pueden cesar de otro modo que por el restablecimiento de la unión de la voluntad individual con la voluntad de la ley básica del todo. Esta unión existe, y el hombre no ha de crearla sino tan sólo reconocerla y si prácticamente la reconoce la realizará en sí mismo. El hombre personal no puede reconocerse en esta unión porque está dividido contra sí mismo y su yo es una ilusión y la ilusión impide el reconocimiento de la verdad. Una vez reconocida la verdad, cesa la ilusión.

Todos los números proceden de la unidad. En todos los números está contenido el uno y sin el uno por fundamento no podría existir ningún número. El uno permanece inalterable y no varía aunque se le divida o multiplique por sí mismo.

Todas las matemáticas se basan en la inmutabilidad del número uno. Sin embargo, no tenemos ninguna prueba positiva de su inmutabilidad, sino tan sólo la negativa prueba consistente en que nunca lo hemos visto variar. De la propia suerte es negativo nuestro conocimiento intelectual de Dios cuya eterna inmutabilidad no podemos demostrar con argumentos científicos. Creemos en Dios sin más prueba que la inmutabilidad de nuestra íntima conciencia una vez adquirida. Esta prueba es suficiente para el sabio, aunque de nada le vale al necio.

La *unidad* es el fundamento de la naturaleza, pero el número de sus manifestaciones es infinito. Sin embargo, todo en la naturaleza está recíprocamente relacionado por virtud de la *unidad* en que radica su existencia.

Todo está sujeto a peso, número y medida y nada hay en la Naturaleza que no esté regido por leyes matemáticas. Soles y plantas tienen sus revoluciones periódicas. Las moléculas de los cuerpos se combinan en proporciones definidas por la química, y en todos los sucesos, tanto en el plano físico como en el reino de las emociones, se ha observado cierta regularidad periódica. El día y la noche tienen determinadas horas; en intervalos fijos se suceden la primavera, el verano, el otoño y el invierno; el flujo y reflujo del mar y las mareas del alma.

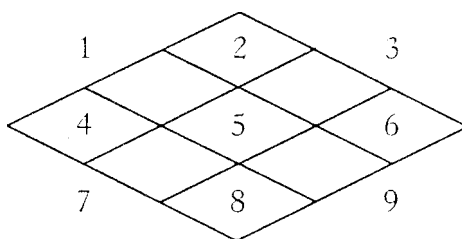
En períodos regulares ocurren los cambios fisiológicos y anatómicos de las formas animales, y aún los sucesos de la vida obedecen también a ciertas leyes ocultas; porque aunque parece ser libre la voluntad del hombre, sus acciones están condicionadas por ciertas circunstancias y aún el relativo albedrío de su voluntad es el resultado de la acción de su ley evolutiva.

Los discípulos de Pitágoras supusieron que toda operación de la Naturaleza está regulada por los números siguientes:

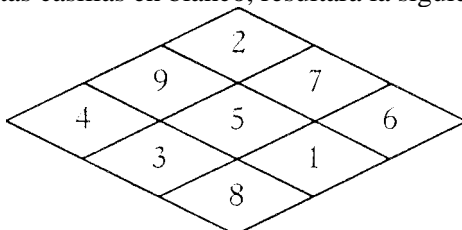
3	9	15	45
4	16	34	136
5	25	65	325
6	36	111	666
7	49	175	1225
8	64	260	2080
9	81	369	3321

Los números de esta tabla resultan de la construcción de los tetragramas o *cuadrados mágicos*, y creyeron los pitagóricos que por el uso de estos números podría calcularse cualquier efecto, conocido el número original correspondiente a la causa. Si todas las cosas tienen cierto número de vibraciones que aumentan o disminuyen con cierta proporción en períodos regulares, el conocimiento de estos números nos permitiría predecir un suceso⁴²

⁴² Los cuadrados mágicos de números impares se forman, según indican las figuras, escribiendo sucesivamente sus segundas potencias, separando su “corazón” y transponiendo a los lugares opuestos los números que se han dejado fuera. El siguiente cuadrado mágico es el del número 3 cuya segunda potencia es 9.



Vemos aquí los números 1, 3, 7, 9, dejados en la parte exterior del cuadrado. Si se colocan ordenadamente en las opuestas casillas en blanco, resultará la siguiente figura:



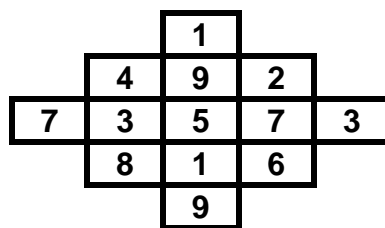
Sumados estos números en columnas inclinadas de tres dan 15 por suma constante, a saber:

$$2 + 7 + 6 = 15$$

$$9 + 5 + 1 = 15$$

$$4 + 3 + 8 = 15$$

La siguiente figura, que es la misma anterior; colocada en posición horizontal, dará más clara idea de como se han de inscribir los números en las casillas.



De conformidad con esta regla se forma el cuadrado mágico de cualquier otro número impar. He aquí ahora el tetragrama del número siete:

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
30	6	24	49	18	36	12
13	31	7	25	43	19	37
38	14	32	1	26	44	20

La periodicidad es una manifestación de la ley universal, y su estudio puede llevarnos a descubrimientos importantes. Hace tiempo que se conoció su acción en las vibraciones luminosas y acústicas, y posteriormente se ha reconocido en la química por experimentos comprobatorios de que los llamados elementos simples son variadas vibraciones de un elemento primordial que se manifiesta en siete modalidades de acción, cada una de las cuales puede subdividirse en otras siete. La diferencia entre las llamadas sustancias simples no es por lo tanto de sustancia o materia, sino sólo de función de materia, según su vibración atómica.

La periodicidad se advierte asimismo en el Macrocosmos. El flujo de la civilización crece y decrece con arreglo a ciertas leyes, por lo que a épocas de ignorancia espiritual

21	39	8	33	2	27	45
46	15	40	9	34	3	28

Sumando las columnas en sentido vertical u horizontal dan invariablemente 175.

Tetragrama del número nueve:

37		29		21		13		5
	38		30		22		14	
47		39		31		23		15
	48		40		32		24	
57		49		41		33		25
	58		50		42		34	
67		59		51		43		35
	68		60		52		44	
77		69		61		53		45

El estudiante podrá llenar debidamente las casillas vacías.

La construcción de tetragramas de números pares resulta más complicada: pero los siguientes ejemplos darán a entender los principios en que se funda.

Del número 6:

6	(32)	(3)	(34)	(35)	1
(7)	11	(27)	(28)	8	(30)
(24)	(14)	16	15	(23)	(19)
(13)	(20)	22	21	(17)	(18)
(25)	29	(10)	(9)	26	(12)
36	(5)	(33)	(4)	(2)	31
Suma 111.					

Del número 8:

8	(58)	(62)	(4)	(5)	(59)	(63)	1
(9)	15	(51)	(53)	(52)	(54)	10	(16)
(48)	(18)	22	(44)	(45)	19	(23)	(41)
(25)	(39)	(35)	29	28	(38)	(34)	(32)
(33)	(31)	(27)	37	36	(30)	(26)	(40)
(24)	(42)	46	(20)	(21)	43	(47)	(17)
(49)	55	(11)	(13)	(12)	(14)	50	(56)
64	(2)	(6)	(60)	(61)	(3)	(7)	57
Suma 260.							

sucedan otras de espiritual iluminación. Al yuga *Kali* seguirá el yuga *Satya* edad de sabiduría con tanta seguridad como a la noche sigue el día⁴³.

El número 7 representa la *Escala de Naturaleza*, pues está representado en toda ella, desde el radiante sol, cuya luz blanca se quiebra a través de una gota de rocío en los siete colores del iris, hasta el copo de nieve que cristaliza en estrellas de seis puntas alrededor del centro invisible. La ley septenaria opera en el desarrollo y crecimiento de los organismos vegetales y animales, en la constitución del universo y en la constitución del hombre. Siete es la regla a que se ajusta la totalidad de la existencia, pero Cinco es el número de la Armonía. Si la quinta nota de la escala musical consueña con la primera y la tercera, el resultado será un acorde perfecto. Hay otros acordes armónicos, pero el más perfecto está formado por la armonía de la primera, tercera y quinta notas. Dos sonidos pueden ser armoniosos, pero el acorde perfecto requiere la tercera nota. La misma ley rige la constitución del hombre. Si su cuerpo (el primer principio) está de acuerdo con sus instintos (tercero), puede experimentar sensaciones agradables; pero la completa armonía y felicidad sólo puede lograrla cuando el quinto principio (sabiduría) concuerda plenamente con los primero y tercero. Se pueden tomar otras analogías entre la escala musical y la escala de los principios humanos, para ver que ambas tienen sus respectivos acordes en gradación ascendente y descendente. La vida de cada hombre es una sinfonía, en la que prevalecen tonos armónicos o disonantes.

El amor es la fuerza productora de armonía. El amor produce unión y armonía; el odio, separación y discordancia. El amor es la potencia del mutuo reconocimiento; el reconocimiento es una manifestación de la conciencia; la conciencia es una manifestación de la vida. Vida, Amor, Conciencia y Armonía son esencialmente unas. Amor es el poder por el cual un ser existente en una forma se reconoce en la forma de otro ser. ¿Por qué unas notas que vibran a la vez producen armonía, si no porque sus elementos tienen una similitud de que es consciente nuestra mente? El mutuo reconocimiento de los amigos causa gozo y gozo significa armonía, felicidad y contento.

Si dos o más notas iguales suenan al mismo tiempo, no producirán armonía ni discordancia; sólo aumentarán su intensidad. Son ya unas en forma y espíritu; pero si suenan otras notas que cada una contenga un elemento de las otras, cada cual reconocerá su duplicado en el espejo de las otras, y este reconocimiento es gozo. Si escuchamos una hermosa música, nos parecerá que el aire está lleno de vida. Si el principio de la armonía existe en nosotros, lo reconoceremos en la música y se avivará en nuestra alma. Un ser discordante puede escuchar la música más sublime sin sentir goce alguno por falta de armonía en su alma.

Cada persona tiene cierto número que denota su carácter, y si conocemos este número podremos calcular, con auxilio del correspondiente cuadrado mágico, las variaciones periódicas de sus estados mental y emocional, que determinan análoga variación en sus condiciones externas. De este modo es posible calcular las más importantes fases de su vida.

⁴³ La periodicidad macrocósmica se establece como sigue:

Satya Yuga	4.800 años divinos		
Treta Yuga	3.600	“	“
Dwapara Yuga	2.400	“	“
Kali Yuga	1.200	“	“

El año divino equivale a 360 años ordinarios. (Véase: *Blavatsky, Glosario Teosófico*).

Si un principio llega a ser consciente de su propia existencia en otra forma y en ella reconoce su hermosura con toda su pureza, sin adulteración ni mezcla, el resultado será la armonía perfecta. Si dos o más cosas contienen el mismo elemento, se adaptarán recíprocamente y procurarán unirse, porque siendo de igual constitución vibran como si fuesen uno. Esta tendencia a la unidad es la *atracción* que se manifiesta en todos los planos de existencia. Los planetas están atraídos por el sol y también se atraen entre sí, porque todos contienen iguales elementos que procuran reunirse, y la fuerza de la *gravitación* no es más que la fuerza del amor. El hombre está atraído por la mujer y la mujer por el hombre, porque si los dos descubren uno en el otro los elementos de su más elevado ideal, se amarán y serán dichosos. Sólo pueden quererse verdaderamente el hombre y la mujer, cuando a los dos atrae consciente o inconscientemente el mismo ideal. Este ideal puede ser elevado o vulgar; pero cuanto más elevado sea tanto más durará y mayor será su mutua felicidad.

El hombre fue originariamente una unidad, un ser etéreo en quien se identificaban el pensamiento y la voluntad; pero extraviado por los halagos de la existencia sensual, empezó a soñar con olvido de su divina naturaleza, hasta convertirse en gusano de la tierra. Al abrir los ojos vio ante sí a la mujer. La originaria unidad se había dividido en dos, lo cual significa que la voluntad se había separado de la razón, discordantes una de otra, y ambas en inarmonía con la ley. El hombre representa la imaginación; la mujer la voluntad. Si se hubiesen separado de la ley, como se separaron uno de otro, la mujer no tendría entendimiento ni el hombre voluntad; pero afortunadamente, algo quedó en ellos de la prístina naturaleza constitutiva del hombre originario. Todavía son ambos, hasta cierto punto, encarnaciones de la ley, y para armonizarse de nuevo con la ley se han de unir la voluntad y el entendimiento en la sabiduría, la cabeza ha de unirse con el corazón y el verdadero hombre y la verdadera mujer han de constituir una sola entidad. Este es el celestial matrimonio del alma con el espíritu, de la belleza con la fuerza, de que los matrimonios externos no son más que símbolos y generalmente caricaturas.

La *humanidad* sólo es una, aunque ofrezca millones de variadas máscaras. Esta máscara es la *personalidad* de cada hombre, el instrumento por el cual actúa su humanidad llena de imperfecciones. Pero quien ha dado conciencia a su humanidad, ve en todo hombre no solamente un hermano, sino su propio Yo. El que daña a otro se daña a sí mismo, porque cada hombre es una fuerza actuante en la humanidad, y el bien o el mal que practica recae sobre él, porque todo cuanto ocurre en la humanidad ocurre en su propia naturaleza, ya que su verdadera naturaleza es la de la humanidad a cuyo cuerpo pertenece.

Amor es reconocimiento. Nadie puede amar una cosa ni reconocerse en ella, a menos que esté relacionado con ella. No podrá amar a la humanidad quien no tenga vivo en sí el principio de humanidad. No seremos capaces de amar a Dios si continuamos siendo el Fulano o Mengano de la vida mundana, pues sólo Dios puede amar a Dios, y así para amar a Dios debemos progresar hasta llegar a ser verdaderamente divinos. Quien se jacta de amar a Dios sin tener espiritual conocimiento de El es hipócrita o mentecato.

Amor es el conocimiento de la interna divinidad. Es un principio espiritual existente y suficiente por sí mismo, que para existir le basta su propio ser, aunque para manifestarse necesita un objeto de cuya calidad depende la calidad de su manifestación. Quien se ama a sí mismo no ama. El amor actúa elevadamente en lo alto, bajamente en lo abyecto. Cuanto más universal sea el objeto, mayor será la expansión que el amor dé a

la mente; mas para que la mente se dilate de este modo ha de ser robusta, porque una mente débil no tiene poder alguno.

El amor vivo ha de ser puro, inteligente y sin miramientos egoístas. Si amamos algo porque nos es útil, en verdad no lo amamos, sino a nosotros mismos. El amor puro sólo atiende al bien del objeto amado, no calcula el provecho ni teme los perjuicios. La inteligencia calcula, pero el amor es ley de sí mismo.

El amor impuro es débil y no penetra en su objeto. Acaso rozará el alma de otra persona, pero no llegará al centro. El amor puro sí llega y es irresistible. El más eficaz filtro de amor que uno puede dar a otro es amarle inegoístamente.

Si queréis progresar en el camino de perfección, aprended a amar. Aprended a amar lo superior y os atraerá. Amad en el hombre su humanidad, no su persona. Si murmuráis de otro, recaerá en vosotros la maledicencia, porque quien claramente advierte las faltas ajenas, ha de tener en sí mismo los elementos de estas faltas. La vanidad de uno vitupera la vanidad de otro; el embustero pretende que todos digan la verdad; el ladrón no tolera que le roben.

Cada hombre es un espejo en el que los demás pueden ver reflejada su imagen tal como es o como será, porque toda alma humana tiene los mismos elementos en varios grados de evolución, con frecuencia dependientes de condiciones exteriores que el hombre no acierta a gobernar.

El amor es el elemento más necesario para la continuación de la vida. No hay vida sin amor, y si el hombre cesara de amar, la vida cesaría de vivir. El amor a más alta vida pondrá al hombre en condiciones superiores; el amor a lo inferior le llevará a la vulgaridad. A menudo sucede que si el amor de una persona por un ideal no halla el objeto de su anhelo, lo convierte a un objeto inferior. Las viejas sin hijos ponen frecuentemente su amor en un gato o perro favorito, y hombres hay que compran apariencias del amor cuando no logran el amor genuino.

Siempre que una vibración inferior no esté del todo discorde con otra superior, ésta puede acelerar la acción de la inferior y atraerla a su nivel, de la propia manera que en una varilla de hierro, rodeada de un alambre eléctrico aislado, se puede inducir la electricidad. Por medio de la poderosa y duradera acción de las vibraciones superiores sobre las inferiores pueden sujetarse a la voluntad del individuo los movimientos orgánicos, aunque sean reflejos, como los latidos del corazón. Dos cuerdas musicales, no enteramente destempladas, pueden vibrar armónicamente después de tañerlas juntas durante algún tiempo. Así también el que vive en una sociedad algo superior a él intelectual y moralmente, afinará más sus cualidades. Los criados imitan a los amos; los animales toman algo de las características inferiores de quien los cuida; y los amigos o los esposos, por su continuo trato, llegan a parecerse hasta cierto punto.

Si los respectivos grados de vibración de dos sustancias son enteramente discordantes, pueden rechazarse, ocasionando una actividad o agitación anormal. Por ejemplo, el cuerpo animal puede estar expuesto, sin peligro, a un calor relativamente alto, si la temperatura se eleva gradualmente; mientras que un grado inferior puede perjudicarle si se le somete de repente a él. No sin razón se abstiene el ocultista de alcohol y de alimentos animales.

“Lo que alimenta a un hombre envenena a otro”, tanto en el orden físico como en el emotivo. Las complexiones robustas soportan alimentos fuertes; las mentes débiles se asustan de verdades que no comprenden. Nadie ha llegado a ser adepto tan solo por vivir de legumbres; pero el régimen vegetariano es preferible de mucho al carnívoro, por varias razones, pues además de ser contrario a la teosofía y opuesto también a la divina ley de justicia, quien aspire a más alta vida no debe destruir la vida animal ni tolerar que los otros la destruyan para satisfacer su apetito.

Quienes anhelan espiritualizarse y refinarse, no deben nutrir sus cuerpos con groserías; y los que traten de dominar sus pasiones no deben alimentarse de sustancias que contengan elementos pasionales.

Una gran variedad de manjares ensucia la sangre y provoca un entrechoque de diversas auras de que resultan agitación, fiebre y enfermedades. Esta misma ley explica el origen de las enfermedades venéreas y cutáneas; y múltiples emociones despertadas en el plano astral en poco tiempo, pueden ocasionar la locura.

Se sabe que muchos casos de enfermedades crónicas graves se han curado por ayunos voluntarios u obligados. El hombre, realmente, necesita de poco alimento. La glotonería es una costumbre, no una necesidad.

Si se encuentran dos fuerzas de distinta índole producirán discordancia; y como cada cual tiene sus emanaciones y auras que transmite a los demás, todos recibimos las auras magnéticas de otros o del lugar en que se hallen, y como estas emanaciones pueden ser sanas o pestíferas, cada uno puede curar o envenenarse con sus emanaciones, y por lo tanto conviene seguir el consejo que Gautama dio a sus discípulos de comer y dormir solos.

Muchos cuidan escrupulosamente de tener comida bien preparada para no ingerir alimentos perniciosos, mientras que no reparan en la índole de los pensamientos invaden su mente, sin advertir que la pureza de pensamientos y emociones es muchísimo más importante que la de los alimentos.

No sólo el cuerpo sino también la mente y la voluntad del hombre pueden envenenarse. El alimento que requiere la mente llega de los planos superiores del pensamiento; el alimento del alma viene de la luz de la sabiduría divina. Únicamente lo que desciende del cielo puede ascender al cielo.

No hay “pecado” en el sentido vulgar de esta palabra ni tampoco hay castigo por él, pues nuestros yerros son nuestros maestros, nuestros vicios suelen ser la base de nuestras virtudes y nuestras pasiones los peldaños con que disponemos la escala para subir al cielo. El vicio y la virtud son manifestaciones de una energía que podemos emplear según nuestro grado de saber; pero quien no tenga poder para el mal tampoco lo tendrá para el bien. Podemos gastar en altos o bajos objetos el tesoro que nos confió la naturaleza, pues cosa es de nuestra incumbencia; pero no podremos gastarlo dos veces. La vida puramente animal dará contento al que con ella se satisfaga. Quien no tenga mira más elevada que comer, beber, dormir y propagar la especie, podrá ser por ello feliz, pues nada de malo entraña, pero el que aspira a la inmortalidad no ha de malgastar su energía.

Sólo lo puro puede ser armónico.

La sencillez de propósito purifica el motivo; pero la doblez engendra impureza. Si alguien se dedica a cierto género de vida porque todos sus deseos propenden a este fin, su motivo será puro; pero si lleva segundas intenciones, su motivo será impuro y puede desbaratar su propósito.

Continuamente se tergiversa el sentido de la palabra “ascetismo”. El hombre que vive en un convento o eremíticamente en el desierto, no es “asceta” si no apetece la vida mundana, porque no es abnegación evitar lo que no se desea. Ascetismo equivale a disciplina, y el disgusto del mundo se disciplina mucho más si, en lugar de huir de él, vive en su ambiente, alejándose de donde puede gozar de paz. El verdadero “asceta” es, por lo tanto, quien vive en medio de la sociedad cuyas costumbres le enojan y cuyos gustos son contrarios a los suyos, manteniendo siempre su integridad de carácter a despecho de cuantas tentaciones le rodean.

La fuerza sólo aumenta por medio de la resistencia. Nuestros enemigos son nuestros amigos si sabemos utilizarlos. Un ermitaño que vive en el bosque, libre de tentaciones, no adquiere fuerzas. El aislamiento sólo es conveniente para el adepto; el neófito ha de pasar por las pruebas de la vida.

El tigre no peca cuando devora a un hombre; tan solo obedece a la ley de su naturaleza. Quien sigue los dictados de su naturaleza no delinque; pero lo que es virtud en el animal puede ser vicio en el hombre, porque tiene dos naturalezas: animal y espiritual. Si conoce su naturaleza superior la obedecerá y para conocerla ha de pecar y sufrir las consecuencias. El verdadero pecado es la obstinada repugnancia de la manifestación de la verdad divina.

Dice el santo *Eckhart*:

Dios hizo grandes pecadores de quienes habían de cumplir grandes obras, de modo que pudieron alcanzar superior sabiduría por medio de su amor. Si Dios creyera necesario que yo hubiese de pecar y sufrir con objeto de adquirir experiencia, no rehuiría yo pecar ni me pesaría de haber pecado, porque Su voluntad se ha de cumplir así en la tierra como en el cielo. Un hombre verdaderamente honrado tampoco hubiera querido eludir el pecado porque sin pecar no lo venciera. No hay victoria sin batalla ni verdadero conocimiento del bien sin experiencia del mal.

El sufrimiento es absolutamente necesario para el hombre mientras no alcance la perfección; tan necesario para su naturaleza material como para la espiritual es convencerse de la presencia de Dios. No hay otro Redentor del género humano que el interno conocimiento adquirido por la experiencia. Si de pronto se aboliese artificiosamente la pobreza en el mundo entero, perecerían los hombres en la indolencia. No puede verdaderamente disfrutarse lo que no ha costado el propio esfuerzo. Si hubiese un maestro a quien supusiéramos infalible cuyas decisiones obligaran a todo el mundo, nadie sentiría estímulos de buscar la verdad por sí mismo, pues todos aceptarían satisfechos las enseñanzas del infalible maestro. Es como si mantuviéramos a un mendigo haragán en la ociosidad robándole las ocasiones de ganar por experiencia el conocimiento que tiene derecho a reclamar.

El fuego purifica los metales, y el sufrimiento acrecienta los conocimientos del corazón. Los deseos inferiores han de perecer inanes para nutrir los superiores y las pasiones animales han de morir crucificadas; pero el Angel de Amor removerá la piedra del

sepulcro y libertará las energías superiores, separándolas de la esfera de egoísmo y tinieblas, y entonces las resucitadas virtudes vivirán activamente en un nuevo mundo de luz y de armonía.

Para mejor comprender el proceso de purificación espiritual, hemos de tener en cuenta que cada uno de nosotros es un mundo creado por un sueño, lleno con el producto de la imaginación de la naturaleza y desordenado por ausencia de la luz de sabiduría divina, o sea el reconocimiento de la divina ley, la verdadera conciencia íntima que no poseemos. Somos comparables a una vacía nonada, a una desvaneciente pompa de jabón sobre cuya lustrosa superficie juegan diversos colores, pero en la que no hay verdadera vida ni substancia hasta que la verdad llega a ser una fuerza viva en nosotros. En este mundo se refleja perpetuamente como en un espejo, la invisible imagen del divino *Adonai* cuyo poder late en nosotros. Si por virtud de la obediencia y el conocimiento ya recibido podemos subyugar los turbulentos elementos de nuestro mundo y restaurar el orden en el caos, cesando de vivir entre deseos e ilusiones, entonces aparecerá visible en nosotros la imagen del Señor de todas las cosas que está en todas partes, y su poder despertará en nuestro interior.

En este principio, la voluntad, el pensamiento y la ley son uno sin división. Si conocemos la ley nos conducirá a la unidad y al restablecimiento de la armonía; el divino ideal quedará realizado en nuestro interior y entonces reconoceremos que es nuestro Yo inmortal.

Huesos, músculos, nervios, etc., son los elementos de la constitución física del hombre; ilusiones, errores, sueños, teorías, opiniones y dogmas son los habitantes de su mente; verdad, amor, justicia, pureza, conocimiento íntimo, libertad, armonía y felicidad son los elementos y atributos de su organismo espiritual; y cuanto mayor universalidad manifiesten estos principios en él, tanto más se aproximará al estado divino.

Al reconocer la divinidad en la humanidad nos divinizamos. Contemplar la realización del supremo ideal en nuestra alma es adoración divina.

No desear la posesión de criatura alguna, sino adorar al Creador en todas ellas, incluyendo uno mismo, es culto. Reconocer y gozar las armonías del universo manifestado en la naturaleza es divina alabanza. Restaurar en nuestra alma la unidad de voluntad, pensamiento y ley es verdadera meditación. Alzarnos sobre la ilusión del yo y sacrificarse al Dios de todas las cosas es verdadera oración. Reconocer la verdad en nuestro propio corazón es disipar las tinieblas del error. Anonadarse uno mismo es entrar en la conciencia superior que constituye el divino estado del hombre.

No hay en la historia ni un solo ejemplo contrario a la eficacia de la verdadera oración. Si alguien no recibió lo pedido, prueba de que no supo orar. La verdadera oración no consiste en palabras, sino en acciones, y los dioses ayudan a quien se ayuda a sí mismo; pero el que espera que los dioses cumplan lo que él debe cumplir, no sabe como orar y se desalienta. La oración significa elevar el pensamiento y la aspiración hacia el supremo ideal, y si así no lo hacemos, no oramos. Esperar a que nuestro supremo ideal descienda a nosotros, es un absurdo imposible.

Para alcanzar lo supremo, el espíritu ha de ser dueño y las pasiones siervas.

Un lisiado desvalido es esclavo de su criado; el que pone en manos de sirvientes ignorantes las tareas que él mismo puede llevar a cabo, ha de sufrir sus caprichos y torpezas, y aunque cambie de criados, no mudará de situación. Quien tenga deseos y gustos vulgares será esclavo de ellos, y tiene que esforzarse en satisfacer sus exigencias; pero libre es quien no tiene innobles deseos a que servir. Ha triunfado del mundo que él mismo creó y que le pertenece, y por lo tanto cesa de luchar con los elementos astrales. Para él ya no hay discordia, y descansando con su corazón en el centro, es el sol que ilumina su mundo y goza de las armonías que creó en su divina naturaleza.



CAPITULO VI

ILUSIONES

LA RAZÓN DESVANECE LAS ILUSIONES
E INTERPRETACIONES VISIONARIAS
DE LAS COSAS EN QUE
SE ATROPELLA LA FANTASÍA.

DR. CAIRD.

La primera potencia que encontramos en el umbral de los dominios del alma es la imaginación, la potencia plástica y creadora de la mente. El hombre tiene conciencia de su capacidad para recibir ideas y revestirlas de forma. No vive enteramente en el mundo objetivo, sino que es dueño de un mundo interior. En su mano está ser el autócrata de ese mundo, el director de todas sus creaciones y el señor de todo cuanto contiene. Puede gobernar allí por el poder supremo de su voluntad, y si penetran ideas sin legítimo derecho de existir en él, libre es de expulsarlas o consentir que permanezcan y medren. Su razón es el gobernador supremo de ese mundo, y sus ministros son las emociones. Si la razón del hombre, extraviada por los arteros consejos de las emociones, consiente que medren malos pensamientos, llegarán a ser lo bastante poderosos para destronarla.

Este mundo interior, semejante al exterior, es un mundo propio del hombre. A veces está oscuro y a veces iluminado. Su espacio y las cosas en él contenidas son tan reales para sus habitantes como lo es el mundo físico para los sentidos corporales. Su horizonte puede ser amplio o estrecho, limitado en unos y sin límites en otros. Tiene hermosos escenarios y lugares tristes; luz solar y tormentas; formas bellas y figuras horribles. El hombre tiene el privilegio de retirarse a este mundo siempre que quiera, pues los enemigos físicos no le perseguirán allí, donde no puede entrar el dolor del cuerpo. Las molestias de la vida material quedan fuera: sólo entra en él lo que mueve su alma.

En este reino interior está el *Templo del Hombre*; puede cerrar las puertas a las emociones sensuales. En la entrada de este templo están los *Moradores del Umbral*, formados por los deseos y pasiones que hemos creado y nos es preciso vencer antes de entrar. Dentro de este templo hay un mundo tan vasto y espacioso como el universo sin límites.

En este reino interior está el Dios cuyo espíritu flota sobre las aguas del abismo y cuyo *fiat* da la existencia a las criaturas que pueblan el reino de la mente.

En el ambiente que rodea el centro de ese mundo interior está el campo de batalla de los dioses. Allí los dioses del amor y del odio, los demonios de la lujuria, soberbia e ira, los

diablos de la malicia, crueldad, venganza, vanidad, envidia y celos celebran su mascarada, revuelven las emociones, y si no los subyuga la razón, pueden fortalecerse lo bastante para destronarla. La razón se apoya en el reconocimiento de la verdad. Cuando se desdeña la verdad aparecen las ilusiones. Si perdemos de vista lo supremo aparece lo inferior y nace una ilusión. *Uno* es el número de la verdad y *Seis* el de la ilusión; pues el seis no puede existir sin el siete, y por esto el seis son los productos visibles del Uno que se manifiesta como seis alrededor de un centro visible. Doquiera haya seis, ha de haber el siete. El seis no puede conocer al siete si el siete no se manifiesta. Dios se conoce a Sí mismo; pero nosotros no podemos conocer Su presencia, a menos que esta presencia se manifieste en nosotros. Uno es el número de vida, y seis el de las sombras sin vida propia.

Las formas sin vida son ilusiones y aquel que toma la forma por la vida o principio que aquella expresa, es víctima de una ilusión. Las formas perecen, pero el principio que origina su existencia, perdura. El objeto de las formas es representar los principios, y mientras una forma sea fiel representación de un principio, la vivificará; pero si a una forma se la fuerza a servir a otro principio distinto de aquel que le dio existencia, quedará degradada.

Las formas irracionales producidas por la naturaleza son perfectas expresiones de los principios que representan; únicamente los seres racionales son hipócritas. Todo animal es fiel expresión del carácter representado por su forma; pero en cuanto apunta la intelectualidad empieza el engaño.

Cada forma animal es un símbolo del estado mental que caracteriza su alma, porque no es de por sí el arbitrario originador de su forma; pero como el hombre racional tiene poder creador, si prostituye un principio en una forma por otra, gradualmente adoptará ésta la configuración característica del principio prostituido para llegar a ser con el tiempo su fiel expresión.

Así vemos que si un hombre de noble apariencia se vuelve avaro, gradualmente toma el vil aspecto y el andar furtivo de un animal de rapiña; el lascivo puede adquirir las costumbres y tal vez la apariencia de un mono o de un chivo; el marrullero toma aires de zorro y el presumido de asno.

Si nuestros cuerpos estuvieran formados de materia más etérea y plástica que la de los músculos y huesos, cada cambio de nuestro carácter produciría enseguida un cambio correspondiente en nuestra forma; pero la materia densa es perezosa y obedece muy lentamente las impresiones recibidas del alma. La materia de las formas astrales es más plástica, y el alma de una persona malévola puede compararse a un estanque lleno de víboras y escorpiones, símbolo de las características morales reflejadas en su mente. Una generación de santos produciría con el tiempo una nación de Apolos y Dianas; una generación de gentes ruines produciría monstruos y enanos. Para conservar la hermosura original de la forma, debe mantenerse el principio puro y sin alteración.

Un color fundamental del espectro solar es de por sí tan puro como otro cualquiera; un elemento es puro si no está mezclado con otro. el cobre de por sí es tan puro como el oro sin liga; las emociones son puras si están libres de extraños elementos. Las formas son puras cuando representan sus principios en toda su pureza. Un malvado que se muestra como tal, es puro y fiel a su índole; un santo que finge es impuro y falso. Las

modas expresan los estados mentales de un país, y si degenera el carácter de las gentes, las modas serán extravagantes.

Causa de sufrimiento es no poder discernir entre lo verdadero y lo ilusorio, entre la forma y el principio, con el subsiguiente error de tomar lo bajo por lo elevado. Generalmente se consideran los intereses materiales del hombre como de suprema importancia, y se olvidan los intereses de los superiores elementos de su constitución. Las fuerzas que debieran emplearse en alimentar lo alto se consumen en lo bajo. En vez de servir lo inferior a lo superior, lo superior sirve a lo inferior, y en vez de utilizar la forma como instrumento de acción de un principio elevado, se substituye el superior por el inferior, al objeto de servir a la forma.

La prostitución del principio en favor de la forma se encuentra en todas las esferas de la vida social, en ricos y pobres, letrados e ignorantes, en los tribunales, en la prensa, en el púlpito, no menos que en las lonjas de los comerciantes y en el trato de la vida diaria. La prostitución del principio es peor que la del cuerpo, y así el que emplea sus facultades inteligentes en intentos egoístas con miras viles, merece más compasión que la mujer que para mantenerse vende su cuerpo.

La prostitución de los derechos universales de la humanidad en beneficio de unos cuántos individuos es la forma más peligrosa de prostitución⁴⁴.

Aplicar las facultades intelectuales a fines egoístas es el comienzo de la prostitución intelectual. Benditos los capaces de ganarse la vida con honradas manos, porque una ocupación que demande poco esfuerzo intelectual le permitirá emplear sus potencias en el desarrollo espiritual; mientras que quienes consumen toda su energía mental en los planos inferiores venden su inmortal primogenitura por un plato de lentejas que nutre su mente inferior mientras que desfallece el alma.

No menos que el cuerpo necesita alimento el alma. El corazón se extenua cuando el cerebro se harta. El alimento del alma proviene de la acción del espíritu en el cuerpo y tan “material” necesario le es este alimento como los manjares al cuerpo. Las emociones no alimentan al alma porque pertenecen al cuerpo astral. El alimento del alma proviene del cuerpo material por el poder de la divina luz del espíritu que arde en el corazón.

La mayor ilusión es la del “yo”. El hombre material se considera independiente de toda otra existencia. Su forma le forja la ilusión de ser una parte separada del todo. Sin embargo, no hay un solo elemento en su cuerpo, en la constitución de su alma, o en el mecanismo de su inteligencia, que no se elimine y sea reemplazado por otros. Lo que hoy le pertenece perteneció ayer a otro hombre y pertenecerá mañana a otro. su forma física está cambiando continuamente. En el cuerpo de los seres organizados, los tejidos desaparecen pronta o lentamente, según la naturaleza de sus afinidades, y otros le suceden para ser a su vez reemplazados. El cuerpo cambia de tamaño, configuración y densidad al avanzar la edad, presentándose sucesivamente las características de pujante

⁴⁴ La grosera prostitución del cuerpo y la refinada prostitución de las facultades intelectuales con fines egoístas, se diferencian solamente en que la primera abusa de las más groseras partes del organismo humano, mientras que la segunda abusa de los más nobles y superiores elementos. Pocas mujeres se prostituyen por natural inclinación, pues en la mayoría de los casos son víctimas de circunstancias a que no pudieron sobreponerse; pero los prostitutos intelectuales pertenecen por lo general a las clases altas de la sociedad que desconocen la miseria y la pobreza.

salud en la mocedad, la vigorosa constitución de la edad viril o la gracia y la hermosura femenina, hasta que los atributos de la vejez predicen el decaimiento y paralización de la actividad en aquella forma individual. No menor es el cambio de la mente. Los deseos y sensaciones cambian, la conciencia se altera, la memoria se debilita. Nadie conserva las opiniones de su niñez; el conocimiento aumenta, la inteligencia se debilita, y tanto en el plano mental como en el físico, cesa la actividad especial cuando la energía acumulada se agota por haberse transformado en otras modalidades de acción o haberse transferido a otras formas.

Los inferiores elementos materiales de la constitución del hombre cambian rápidamente y los superiores lentamente. Sólo perduran los supremos. Se puede decir que nada pertenece esencialmente al hombre más que su carácter. Quien mucho atiende a sus elementos inferiores, atiende a lo que no es suyo, pues se lo prestó la naturaleza. Mientras se goza en ellos, se forja la ilusión de que son parte esencial de sí mismo; y sin embargo, no son más suyos que la ropa que lleva. Su verdadero Yo es su carácter, y el que pierde la pureza y vigor de su carácter, pierde cuanto posee.

Uno de los reyes de la ilusión es el *dinero*, soberano del mundo. El dinero representa el principio de equidad y debe servir para que cada cual reciba la justa equivalencia de su trabajo. Si deseamos más dinero del que nos corresponde, deseamos lo que pertenece a otro, y si nos aprovechamos de un trabajo no retribuido equivalentemente, cometemos una injusticia y agraviamos a la verdad con mayor pérdida para nosotros que el dinero defraudado.

El dinero de por sí es un símbolo del principio que representa. Tan sólo este principio tiene existencia real, y sin embargo, vemos al mundo postrado a los pies de la ilusión. Los pobres lo codician, los ricos lo acumulan, y en general, todos apetecen la mayor retribución con el menor equivalente posible. Hay sacerdotes que salvan almas y médicos que curan cuerpos, por dinero; la ley se vende a quien la paga; por dinero se obtienen fama, reputación y remedos de amor; y la valía de un hombre se estima por la suma de monedas que llama tuyas. El hambre amenaza a los pobres, y las consecuencias de la superabundancia a los ricos que se aprovechan de la miseria de los pobres para acrecentar su riqueza. La ciencia se esfuerza en aumentar las comodidades materiales del hombre, vence los obstáculos opuestos por el tiempo y el espacio, y convierte la noche en día. Se inventan nuevas máquinas y el trabajo que en otra época necesitaba mil brazos lo lleva a cabo ahora un niño, ahorrando así muchísima fatiga y trabajo personal; pero al aumentar los medios de satisfacer el ansia de bienestar, se despiertan nuevas ansias, y lo que antes se consideraba superfluo es ahora necesario. Las ilusiones engendran ilusiones, y de unos deseos nacen otros. Se olvida el principio, y se pone en su lugar el becerro de oro. Sobreabunda la producción, la oferta excede a la demanda, los jornales descienden a tipos ínfimos y del podrido suelo brotan los hongos del monopolio. Cuanto mayores facilidades hay de sostenerla, más empeñada es la batalla de la vida. La inteligencia, cuyo destino es servir de sólida base al supremo conocimiento espiritual del hombre, se ve forzada a emplearse en la satisfacción de los instintos animales. El cuerpo prospera mientras el espíritu desmaya como mendigo en el reino de la verdad.

Del amor propio nace el deseo de posesión, la monstruosa hidra de ansias nunca satisfecha, junto a la ilusión del yo está la ilusión del llamado amor que cuando verdadero no es ilusión, sino la fuerza que une los mundos y un atributo del espíritu

cuya sombra es la ilusión del amor. El verdadero amor anhela la felicidad del objeto amado; pero el amor animal se complace en sí mismo y sólo apetece goces. El verdadero amor sobrevive a la forma amada; el amor ilusorio muere al morir la forma amada.

La mujer ideal es corona de la creación y tiene derecho a que el hombre la ame. El hombre que no ama la belleza no tiene en sí el elemento de belleza.

El hombre ama la belleza y la mujer la fuerza. El esclavo de sus deseos es débil y no puede obtener el respeto de la mujer, que si le ve agitado por instintos animales le mirará como un animal y no como su protector y dios.

El amor conyugal es ley de la naturaleza y una necesidad para la propagación de la especie; pero por muy delicadas que sean las relaciones entre los cónyuges, el comercio sexual pertenece a la inferior y no a la superior naturaleza del hombre. La mutua atracción de los animales no es menos hermosa y a menudo más pura que la de entre la especie humana, pues las aves del aire no se aparejan con la mira puesta en el dote y algunas veces sucumbe uno de ellos de pena por la muerte de su compañero. Quien no haya trascendido todavía su naturaleza terrena suspirará por amor mundano. El celibato forzoso es un crimen de esa naturaleza y el motivado por las circunstancias un infortunio: mas como para el alma espiritualmente desarrollada hay otro atractivo mayor, el verdadero sacerdote no necesita que la disciplina le someta al celibato, pues ya es de por sí un célibe natural, un habitante del reino celeste donde no existe el matrimonio mundano.

Otra ilusión es el deseo de vida física, y está bien que la desee quien carece de carácter propio, por haberlo perdido, y al perder la vida pierde cuanto tiene. Los individuos se apegan a la ilusión de la vida porque no saben qué es. Prefieren la infamia, la deshonra y el sufrimiento a la muerte. La vida es un medio que conduce a un fin y por esto tiene valor; pero ¿por qué ha de ser la vida tan deseable, que se prefiera sacrificar el carácter a perderla? La vida es condición temporal entre miles de otras semejantes por las cuales pasa la individualidad humana en sus viajes por el sendero de perfección, y el permanecer más o menos tiempo en una estación no debiera importarle gran cosa.

El hombre no puede hacer mejor uso de su vida que sacrificarla, si es necesario, en bien del prójimo, porque esta acción vigoriza su individualidad dándole la energía necesaria para renacer en nueva forma.

Por otra parte, quien deserta por egoísmo o por temor de las batallas de la vida, no escapará a la lucha. Puede destruir su cuerpo, pero no engañar a la ley. La vida permanecerá en él hasta el término natural de sus días. No puede destruirla; sólo puede privarse del instrumento de actuación. Se parece al hombre que ha de hacer cierto trabajo y echa a perder el instrumento que le hubiera facilitado hacerlo. Su arrepentimiento será vano.

Otra ilusión es buena parte de la llamada “ciencia”. El verdadero conocimiento liberta al hombre; pero la falsa ciencia le esclaviza a las opiniones ajenas. Muchos hombres malgastan la vida en aprender fruslerías y desdeñan lo verdadero tomando lo ilusorio y perecedero por lo eterno. Generalmente el estudio no es fin sino medio de que el estudiante se vale para lograr riquezas, posición y nombradía o satisfacer su ambiciosa

curiosidad. La verdadera riqueza de un hombre o de una nación no consiste en opiniones discutibles, sino en permanentes prendas espirituales.

Nada más ocasionado al refinamiento del egoísmo, que la muy potente intelectualidad sin la correspondiente espiritualidad. Un alto grado de intelectualidad capacita para oprimir a los lerdos, por lo que se necesita mucha fuerza moral contra la tentación. Los más célebres criminales y bellacos fueron gentes de talento. Los colegios no enseñan lo que verdaderamente necesita saber el hombre y sin lo que no conocerá su real e imperecedera naturaleza. El estudiante más afortunado es aquel a quien Dios enseña.

“Bienaventurado aquel a quien le enseña la sabiduría, no por símbolos y palabras perecederas, sino por su inherente poder; no por lo que parece ser, sino por lo que es”⁴⁵.

Ilusión es también el deseo de fama y poderío. El verdadero poder es atributo del espíritu. Si me obedecen porque soy rico, no soy yo el que obtengo obediencia, sino mis riquezas. Si me llaman poderoso porque ejerzo autoridad, no soy yo el poderoso, sino la autoridad de que estoy investido. Las riqueza y la autoridad son ilusiones que rodean a los hombres y que a menudo desaparecen apenas forjadas. A veces cobra fama quien no la merece. El hombre más honrado es el que tiene motivo para respetarse a sí mismo.

El lugar de nacimiento y las condiciones de vida no son, por lo general, de nuestra elección, y nadie tiene derecho a menospreciar a otro por su nacionalidad, religión, raza o posición que ocupe en el mundo. Cuando un actor desempeña el papel de rey o de criado, no se le debe menospreciar con tal que lo desempeñe bien.

Como dice Pope:

“El honor y la deshonra no dependen de las condiciones en que nos veamos. La honra está en cumplir debidamente nuestro oficio.

Una de las mayores ilusiones es mucho de lo que se conoce con el nombre de religión; no la religión en sí misma sino su máscara en las diversas figuras de clericalismo, superstición y ortodoxia. Cada sistema religioso es una expresión de la verdad; mas para descubrir en él la verdad es necesario poseerla. Así como el espíritu del hombre sólo puede existir y manifestarse en este mundo por medio del cuerpo, así toda iglesia, por espiritual que sea su alma, tiene un organismo externo, físico, animal y mental, compuesto por la comunidad religiosa y sus doctrinas, credos, teorías y especulaciones, sin que pueda separarse el organismo espiritual de los principios inferiores, pues tal separación causaría la muerte de la iglesia visible. Por lo tanto, el yo inferior de la iglesia lucha por la vida y se basa en el egoísmo, mientras que su cúspide penetra en los cielos. A lo sumo cabe esperar que la espiritualidad de la cima llegue a la base y que todo fiel halle la verdad contenida en su sistema religioso por su propia luz y no por la prestada de absurdas creencias y desvariadas especulaciones, porque la verdad no necesita otra luz que ella misma.

Hay otras ilusiones que sobrevienen espontáneamente y persisten aún cuando nos moleste su presencia. Son los enojosos visitantes llamados temor, duda y remordimiento, hijos del egoísmo y de la cobardía, nacidos en el reino de tinieblas. Su materia substancial es la ignorancia que sólo puede disipar la magia del verdadero

⁴⁵ Tomás de Kempis.

conocimiento y así viven los hombres temerosos de una ilusoria potestad vengativa y mueren por temor a males imaginarios. Temen los efectos de causas que no obstante siguen creando, y sin valor para arrostrar sus naturales consecuencias tratan de eludirlas. Toda acción crea una causa seguida de un efecto que recae en el creador de la causa, ya en esta vida ya en otra. Para neutralizar el efecto de la causa creada, debe transformarse en otro hombre. Si sus principios inferiores le indujeron a error, sufrirá por ellos; pero si logra vivir en su naturaleza superior se transmutará en otro ser superior. Tan sólo en este sentido es Cristo en todo hombre el “Cordero” que toma sobre sí los pecados del mundo. El cordero es símbolo de la obediencia a la divina ley; la obediencia es sabiduría; la sabiduría es conocimiento de sí mismo que a su vez es divinidad, y quien alcanza la divinidad se identifica con la ley y no peca más. Esta es la única filosofía racional del “perdón de los pecados”, y los sacerdotes podrían perdonar los pecados si fueran capaces de convertir al pecador en santo. Sin embargo, esto sólo puede lograrse por los esfuerzos individuales del “pecador” aleccionado por un sabio. Para ser lo suficientemente sabio y enseñar a otro lo referente a las leyes de su naturaleza, es de suma importancia que el instructor conozca estas leyes y la verdadera constitución del hombre.

La verdad es el salvador del hombre; la ignorancia es su perdición. La razón es la facultad mental que reconoce la verdad, cuya luz disipa las sombras de la duda, temor y remordimiento.

El verdadero conocimiento desvanece las ilusiones. Cuando la voluntad está suspensa, la imaginación es pasiva y la mente refleja sin discernimiento las imágenes almacenadas en la luz astral. Cuando la razón no guía a la imaginación, la mente forja desordenadas fantasías y alucinaciones. El vidente pasivo sueña despierto y toma por realidades los sueños producidos por extrañas ideas que invaden las mentes débiles y según su origen pueden ser verdaderas o falsas. Se han empleado varios medios para suspender la facultad discerniente de la razón, de suerte que la imaginación se vuelva anormalmente pasiva; mas todas estas prácticas son tanto más dañosas cuanto más eficaces. Las antiguas pitonisas procuraban acrecentar su ya anormal capacidad receptiva por la aspiración de vapores nocivos y algunas danzaban hasta que las funciones de la razón se suspendían temporalmente; otros usaban opio, cáñamo indio y demás narcóticos que anublan la mente y forjan morbosas quimeras e ilusiones⁴⁶.

⁴⁶ Las fumigaciones empleadas en la antigüedad con propósito de paralizar la razón, de modo que los frutos de la pasiva imaginación tomaran estado objetivo, se confeccionaban generalmente con narcóticos. La sangre se usaba sólo para nutrir a los elementales y volver sus cuerpos más densos y visibles.

Cornelio Agrippa da la siguiente receta: Hágase un polvo de esperma de ballena, madera de áloe, almizcle, azafrán y tomillo, rociándola con la sangre de una abubilla. Si este polvo se quema sobre una tumba, la forma etérea del muerto quedará atraída hasta el punto de hacerse visible.

Eckartshausen experimentó con buen resultado esta otra receta: Mézclese incienso en polvo y harina con un huevo; se añade leche, miel y agua rosada, se hace una pasta y se echa una parte de ella en las brasas.

Otra receta dada por el mismo autor, consiste en cicuta, azafrán, áloe, opio, mandrágora, beleño, amapolas y algunas otras plantas venenosas. Después de ciertas preparaciones que describe, hizo el experimento y vio el espectro de la persona que deseaba ver; pero poco le faltó para envenenarse. El *Dr. Horst* repitió el experimento con el mismo resultado favorable, y durante muchos años después, siempre que miraba hacia algún objeto oscuro, veía de nuevo la aparición.

Los adivinos y clarividentes emplean varios medios para fijar la atención, suspender el pensamiento y hacer pasivas sus mentes; otros se miran al espejo, en un cristal, agua o tinta⁴⁷; pero el iluminado hace su imaginación pasiva por medio de una completa tranquilidad mental en toda circunstancia. La superficie de un lago turbulento refleja quebradas las imágenes que recibe, y si los elementos del mundo interior están confusos, si las emociones luchan entre sí y la agitación de las pasiones molesta a la mente, si el cielo del alma está nublado con ideas preconcebidas, obscurecido por la ignorancia, alucinado por locos deseos, se verán torcidas las verdaderas representaciones de las cosas. El principio divino en el hombre permanece inalterable como la imagen de una estrella reflejada en el agua; pero si su morada no es clara y transparente, no podrá emitir sus rayos a través de los muros circundantes. Cuanto más braman las emociones, más se perturba la mente, y el espíritu se encierra en su cárcel interior; o si pierde del todo su influencia sobre la mente, pueden ahuyentarlo las mismas fuerzas que no alcanza a gobernar, y rompiendo la puerta de su cárcel vuelve a su origen⁴⁸.

Pero mientras el Cristo sea uno de los pasajeros del bote zarandeado por las olas de la vida interior, estará siempre dispuesto a salir, extender su mano (manifestar su poder) y sosegar las aguas. entonces cesará de rugir la tormenta y recobrá el alma su tranquilidad.

Quien deja que la razón pierda el dominio sobre la imaginación, abusa de una de sus mayores prerrogativas. La verdadera meditación no consiste en hacer la mente pasiva a influjo del plano astral, ni tampoco en los sueños. Es un estado en que la mente no vaga por los reinos de la imaginación, sino que el alma la mantiene tranquila para recibir la luz del espíritu.

Dice el *Patanjali*:

Yoga es el ejercicio de la facultad de mantener suspensas las transformaciones del principio pensante.

Y añade el *Bhagavad Gîtâ*:

La química ha adelantado desde aquella época, y quienes deseen hacer estos experimentos con riesgo de su salud, disponen ahora de la inhalación de algunos de los gases narcóticos conocidos de la química.

⁴⁷ Hay varias recetas para la preparación de espejos mágicos; pero el mejor de nada le servirá a quien no sea clarividente y pueda poner en acción esta facultad concentrando su mente en determinado punto: un vaso de agua, tinta, cristal o cualquier otra cosa; porque estas cosas no se ven en el espejo sino en la mente. El espejo sólo sirve para favorecer la clarividencia. El mejor espejo mágico es el alma humana, que debe mantenerse siempre pura, protegiéndola contra el polvo, la humedad y el moho, para que no se manche y permanezca perfectamente limpia, capaz de reflejar la luz del espíritu divino en su original pureza.

⁴⁸ Véase Blavatsky: *Isis sin velo*. Dice la autora: “Semejante catástrofe puede ocurrir mucho antes de la final separación del cuerpo del principio vital. Cuando llega la muerte, su férrea y a la par viscosa garra hace presa en la vida como de ordinario; pero ya no hay allí alma que liberar, pues toda su esencia ha quedado absorbida por el sistema vital del hombre físico. La muerte sólo libera un cadáver espiritual; a lo mejor un idiota. Incapaz de remontarse a las alturas ni despertar del letargo, más tarde se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre”.